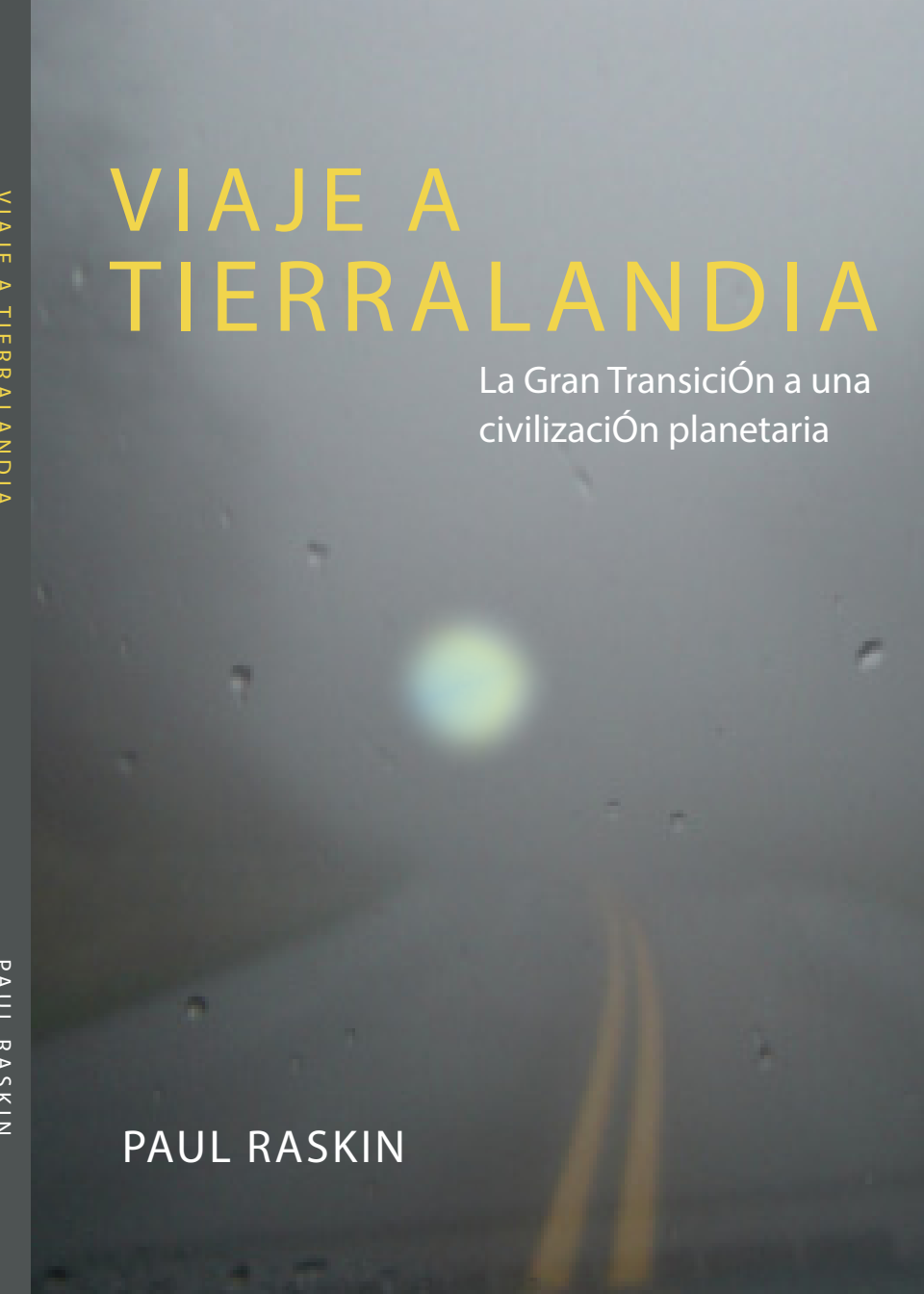
Hemos entrado en la Fase Planetaria de la Civilización. Cadenas de interdependencia enlazan a la humanidad y la Tierra en una sola comunidad de destino, el protopaís total que en este texto recibe el nombre de Tierralandia. En este inestable siglo XXI, el drama de la evolución social se desplegará sobre un escenario mundial plagado de riesgos y oscuras premoniciones demasiado plausibles.

Aun así, una Gran Transición a una civilización planetaria con vidas más plenas y un planeta sano sigue siendo posible. ¿Pero cómo lograrla? ¿Qué formas de acción colectiva pueden reorientarnos hacia ese futuro? ¿Quién pilotará el cambio? ¿Cómo sería ese mundo?

Viaje a Tierralandia ofrece algunas respuestas. Clarifica el reto histórico de alcance mundial, explica la importancia crítica de un movimiento ciudadano mundial capaz de impulsar la transformación social y ofrece una descripción del tipo de civilización próspera a la que podría dar paso una Gran Transición.

En este momento decisivo, la odisea que nos conduce hacia un mundo distinto ya se ha iniciado pero el destino último depende de decisiones y luchas aún por venir. Lo primero que debemos hacer es actuar para evitar los futuros que tememos, pero nuestra tarea más amplia ha de ser contribuir a hacer realidad ese Tierralandia más perfecto que todas y todos y nuestros descendientes nos merecemos.

VIAJE A TIERRALANDIA


VIAJE A TIERRALANDIA
La Gran TransiciÓn a una civilizaciÓn planetaria
PAUL RASKIN
VIAJE A TIERRALANDIA
PAUL RASKIN

VIAJE A TIERRALANDIA

La Gran Transición a una civilización planetaria

PAUL RASKIN

Traducción de Mireia Bofill Abelló

Tellus Institute
11 Arlington Street
Boston, Massachusetts 02116
www.tellus.org

Copyright © 2018 by Paul Raskin

Traducción de *Jouney to Earthland: The Great Transition to Planetary Civilization*. Boston: Tellus Institute, 2016.

ISBN: 978-0-9978376-3-6

A los visionarios, los pioneros de ayer que abrieron el camino hacia un mundo integrado, las multitudes de hoy que impulsan el proyecto y los viajeros de mañana que tal vez puedan llegar a avistar el destino.

ÍNDICE

Prefacio del Autor i

Prólogo: Estrechamente unidos 1

Primera Parte: Punto de partida: Rumbo a la vorágine 7

El largo preludio 7

Nacidos del cosmos 7

El segundo Big Bang 10

Macrotransiciones 13

La Fase Planetaria 16

Una formación unitaria 16

Premoniciones 19

Una época turbulenta 25

Los países del futuro 29

Escenarios divergentes 29

Personajes principales 34

¿Quién intercederá a favor de Tierralandia? 37

Segunda Parte: Itinerario: Un tránsito seguro 41

El peligro de seguir la corriente 41

Tríadas transformadoras 54

Trayectorias posibles 60

El despertar 69
Una ciudadanía sin fronteras 69
Dimensiones de la acción colectiva 76
Imagina a todo el mundo 79
Tercera Parte: El destino: Escenas de un futuro civilizado 85
Cien años que estremecieron el mundo 86
Lo que cuenta 90
Un Solo Mundo 93
Múltiples lugares 95
Gobernanza: el principio del pluralismo restringido 100
La economía 105
El comercio mundial 110
Cómo somos 112
La población 112
El tiempo 115
La educación 118
Espiritualidad 120
Justicia Social 124
El medio ambiente 125
Elogio de las generaciones pasadas 128
Epílogo: Viajeros agonistas 131
Notas 137
Agradecimientos 143
Sobre el autor 145

◇◇◇◇◇◇◇

PREFACIO DEL AUTOR

Parafraseando a Ray Bradbury, no escribo para describir el futuro, sino para impedir que suceda. Puede que cada uno de nosotros vislumbre mundos distintos en su bola de cristal, pero sin duda todos coincidiremos al menos en un aspecto: son muchas las cosas que deberíamos impedir. Cualquier examen honesto de las perspectivas globales para el presente siglo nos muestra, entre otros presagios, el cambio climático, la polarización cultural, la volatilidad económica, el agotamiento de los recursos y la disparidad social. Tanto si estas amenazas simplemente nos inquietan como si nos hacen sentir atrapados en un polvorín a punto de estallar, el futuro es un tema que exige respuestas.

Algunos de los relatos más importantes de todas las épocas no se han llegado a escribir: son todos esos futuros evitados que podrían haber acabado siendo realidad. A lo largo de mi vida, el mundo ha esquivado megatones de proyectiles y baladronadas colosales. En muchos aspectos, han sido años trágicos, de crueldad genocida, de coqueteo con la aniquilación durante la guerra fría y marcha a pasos forzados hasta el borde del ecocidio. Y, sin embargo, podría haber sido mucho peor si hubiera triunfado el fascismo, o si hubiera estallado una guerra nuclear, o si un movimiento ecologista no hubiera frenado

las riadas de venenos. La civilización ha sobrevivido y sigue avanzando a trompicones, ¿hacia dónde?

Con el propósito de participar en la respuesta, en la década de 1970 dejé la carrera académica y, con un pequeño grupo de colegas animados por el mismo propósito, pusimos en marcha un instituto consagrado a impulsar una investigación rigurosa al servicio de un cambio social progresista. Tellus Institute desarrolló millares de proyectos en todo el mundo sobre una completa gama de cuestiones medioambientales, en materia de recursos y de carácter social. Mi propio trabajo fue evolucionando a la par con la agenda rápidamente cambiante de un mundo en transición: desde la energía, pasando por el agua, el cambio climático, los ecosistemas, la sostenibilidad y la globalización, hasta posibles escenarios futuros.

A medida que me debatía con problemas de creciente complejidad e interconexión, mi perspectiva se fue ampliando y profundizando, y empecé a ver los asombrosos acontecimientos de las pasadas décadas como capítulos de un relato global, indicadores discretos de una transformación única en el modo de funcionamiento del mundo y del planeta. Los observadores, asomados a estrechas mirillas, centraban la atención en dimensiones aisladas de este cambio holístico: la globalización económica, el cambio climático, la revolución de la información, el terrorismo transnacional, la cultura metropolitana, entre otras. El mundo, inundado de informes especializados, estaba sediento de exámenes sistémicos y de una previsión panóptica.

En 1990, acicateado por la ausencia de marcos conceptuales de conjunto, organicé el PoleStar Project (proyecto Estrella Polar) con el fin de imaginar y comparar posibles modelos del futuro del sistema

ecológico-social global a largo plazo. Este trabajo culminó en 1995 con la creación del Global Scenario Group (Grupo de Escenarios Globales), un grupo interdisciplinar internacional, en la cual participé como coorganizador, y la puesta en marcha de un programa plurianual de investigación que reafirmó mi convicción de que estaba en marcha una transformación histórica de alcance mundial. La esencia de esta Fase Planetaria de la Civilización (así denominamos a esta era emergente) es la profunda interdependencia que vincula a la humanidad y al planeta Tierra en una sola comunidad de destino. A medida que vaya avanzando el presente siglo, se irá desplegando sobre un escenario global el drama de la evolución socioecológica en forma de una esfera envolvente de crisis y luchas.

El documento final del Global Scenario Group, *La Gran Transición: la promesa y la atracción del futuro* (*Great Transition: The Promise and Lure of the Times Ahead*, su título original en inglés), de 2002, resumía estas ideas y propugnaba un cambio fundamental en el paradigma del desarrollo y, de hecho, en el sentido mismo de lo que entendemos por progreso humano. Una Gran Transición que situaría la solidaridad, la satisfacción y la adaptabilidad en el centro del esfuerzo humano, como su corazón y su alma. Durante los tumultuosos años transcurridos desde su publicación, el conocimiento científico se ha expandido y han ocurrido fenómenos asombrosos y también terribles. ¿Quién podía prever que dispondríamos de potentes ordenadores de bolsillo y *Big Data* en la sala de estar, que veríamos ciudades aterrorizadas y guerras atroces, que experimentaríamos burbujas financieras y grandes recesiones, las primaveras árabes y su amargo desplome, e impactos climáticos próximos al límite del margen de incertidumbre?

Aun así, las principales aportaciones de *La Gran Transición* siguen en pie: el concepto de la Fase Planetaria, el peligro creciente que supone seguir avanzando por la senda convencional, el riesgo real y progresivo de Barbarización, y la posibilidad, a pesar de todo, de un cambio de rumbo para encaminarnos hacia un futuro de vidas más satisfactorias en un planeta sano. Porque ahora sabemos mucho más que en 2002 –entre otras cosas también que cada vez es más necesario y urgente un cambio sistémico–, ha llegado el momento de escribir esta continuación .

Viaje a Tierralandia reexamina y actualiza el marco conceptual de *La Gran Transición* para desarrollar tres aspectos centrales, a partir de lo que he ido exponiendo en mis publicaciones y presentaciones durante el último decenio. En primer lugar, el ensayo aclara el significado de la coyuntura histórica e introduce la idea de un "Tierralandia" para caracterizar la comunidad supranacional naciente que comienza a dar señales de vida. En segundo lugar, centra la atención en la cuestión crítica de la acción colectiva, mediante la cual un vasto movimiento plural de "ciudadanos globales" pasa a ser el actor social fundamental para impulsar la transformación. Finalmente, en tercer lugar, ofrece la perspectiva de una civilización resiliente, un mundo en potencia situado al final de la Gran Transición… si todas y todos juntos somos capaces de coger el timón y completar sabiamente la travesía de un siglo turbulento.

He tenido la gran suerte de que mi trabajo me haya exigido reflexionar sobre el sentido más amplio de este siglo crucial. De estas reflexiones nació el presente texto, ensayo, relato y manifiesto a la vez, que combina estos géneros en un intento de persuadir al intelecto crítico, estimular la imaginación social e inspirar la acción colectiva.

Ofrezco estas cavilaciones en un momento crítico: la odisea de la transición planetaria ya se ha iniciado pero el destino último todavía depende de las decisiones humanas y de futuras luchas. Actuar para evitar los futuros que tememos es lo primero que tenemos que hacer. Pero con la supervivencia no basta: la tarea más amplia que tenemos por delante es la de impulsar y hacer posible esa Tierralandia mejor y más hermosa que todas y todos nosotros y nuestros descendientes nos merecemos.

◇◇◇◇◇◇◇

PRÓLOGO
ESTRECHAMENTE UNIDOS

Navegamos estrechamente unidos en una precaria travesía hacia una tierra desconocida y sin nombre. Hasta un perro vagabundo, como señaló en una ocasión Hannah Arendt, tiene mayores posibilidades de sobrevivir si alguien le da un nombre. Igualmente, el futuro mundial –ese lugar hacia el cual nos dirigimos– necesita tener una identidad que nos anime a hacérnoslo nuestro y a velar por él. Una propuesta adecuada debería evocar las características de la Bestia: una comunidad sin fronteras donde se entrelazan los destinos de todas las criaturas de la Tierra, vivientes y por nacer. Como un superpaís, esta formación incipiente engloba a todos los países existentes en una esfera integral que abarca tierra, mar y aire. Propongo que la llamemos Tierralandia.

Sin un plan de vuelo ni un destino claro, vamos avanzando a través de una tormenta de incertezas rumbo a ese mundo distinto. Aun no se vislumbra el perfil del nuevo orden más allá de la proa, mientras que el orden antiguo, con sus decepciones y consuelos familiares, se va desvaneciendo por la popa. Persiste la añoranza de

la tierra firme del pasado, pero ya no hay vuelta atrás ni posibilidad de desembarcar de una aeronave equipada solo con marchas adelante y señales luminosas sobre las puertas que indican «NO HAY SALIDA».

A bordo, pasajeros con los puños agarrotados comienzan a tomar conciencia de su conflicto existencial. Preguntan con voz trémula dónde se encuentran y hacia dónde se dirigen, pero el personal de cabina desorientado solo puede ofrecer información inconexa y comentarios tranquilizadores que resultan poco convincentes. En la cabina de mando, pilotos despreocupados lanzan de vez en cuando miradas de reojo a las pantallas de control o dormitan, mientras aguardan instrucciones de navegadores perplejos.

Estas enervantes circunstancias suscitan todo el arsenal de respuestas psicológicas: descartar los riesgos entregándose a una consoladora negación, intentar distraerse con pasatiempos y fruslerías fugaces, o buscar socorro en las falsas panaceas del libre mercado, el arrebato religioso o la beatitud individual. Algunos espíritus pesimistas se enfrentan a su suerte con los ojos bien abiertos, pero al no ver salida alguna, apartan la mirada con fatalista desespero. La mayoría solo intenta ir tirando, mientras agacha la cabeza con la esperanza de que todo salga bien.

Son reacciones naturales, muy humanas, ante el hecho de tener que vivir un tiempo inquietante y desconcertante. Sin embargo, la negación, la distracción y la desesperación –las tres respuestas de una cultura angustiada– no pueden ofrecer ni una mayor comprensión ni tampoco soluciones. Lanzados a la carrera hacia un futuro dudoso, no podemos permitirnos el lujo de dejarnos llevar. Si solo fuéramos pasajeros embarcados en esta expedición, el desenlace, bárbaro o

ilustrado, merecería únicamente ser objeto de interés especulativo. El viaje acabaría y podríamos desembarcar. Pero somos algo más: nuestras maneras de ser y de actuar marcan el rumbo e influyen en el resultado final sobre este planeta, nuestro único hogar.

Durante el camino, la indiferencia y la aquiescencia son elecciones tan claras como la toma de conciencia y la acción, elecciones que contribuirán todas a configurar el destino. La importancia de lo que está en juego exige atención urgente y, por consiguiente, va en aumento el número de quienes empezamos a estar alerta y a querer indagar. No existe una respuesta concluyente para la pregunta pasiva del pasajero que inquiere: «¿Hacia dónde vamos?» Por nuestra parte, nos formulamos las preguntas esenciales del viajero, relativas a las aspiraciones y la intención: ¿Hacia dónde nos queremos dirigir? ¿Cómo podemos llegar hasta allí?

La búsqueda de significado y de esperanza en el destino humano es un aspecto fundamental de la experiencia humana, el *sine qua non* de una especie que tiene memoria e imaginación, sueños y temores. Las fábulas sobre la providencia han impregnado la mitología de todas las culturas, como expresión de un anhelo trascendente de orientación y redención. La mentalidad moderna somete la imaginación profética a los rigores del conocimiento laico, pero aun así pervive el anhelo de relatos convincentes sobre quiénes somos y qué podemos llegar a ser.

A todo aquello que hasta el momento puede habernos animado a hacer conjeturas sobre el futuro –curiosidad, afán de lucro, angustia, búsqueda de sentido– podemos sumar ahora una preocupación absolutamente contemporánea: dejar un mundo no menoscabado

para la posteridad. Las alteraciones que las generaciones recientes y la actual han puesto en marcha en la biosfera son difícilmente reversibles cuando superan unos umbrales críticos. Los antagonismos sociales que se han encendidos pueden quedar indeleblemente grabados en la memoria institucional y cultural. Las crisis se manifiestan de manera gradual o de improviso, y luego persisten durante mucho tiempo. Si prestamos atención, podremos escuchar débiles suplicas para que las atemperemos, procedentes de todas y todos los que no tienen voz: de los nietos y nietas nonatos a las abuelas y abuelos en ciernes, de los excluidos y empobrecidos a los bien acomodados y privilegiados, así como de todas las demás criaturas amenazadas por la especie humana.

El sueño de una comunidad mundial bien avenida ha estimulado desde antiguo la imaginación social, pero a lo largo de nuestra historia fracturada y sangrienta no ha pasado de ser una abstracción utópica. Quienes aspiraban a ella han sido incapaces de esbozar un proyecto práctico de evolución social y cultural capaz de asentar sobre tierra firme ese castillo en el aire –hasta ahora. En este siglo XXI interdependiente, esa visión cosmopolita se nos presenta, no como un ideal inalcanzable, sino como un imperativo histórico, y como una oportunidad sin precedentes.

Inmersos en las turbulencias de un mundo en transición, tenemos dificultades para discernir el patrón más general que unifica y confiere sentido a los cambios extraordinarios que están teniendo lugar a nuestro alrededor, a semejanza de las criaturas marinas que son incapaces de percibir el vasto océano turbulento en el que flotan. Por suerte, no somos peces (aunque sea una desgracia para ellos). Podemos

usar nuestro intelecto y nuestra imaginación para evaluar la situación y marcar el rumbo. La travesía hacia Tierralandia ya se ha iniciado, interrumpiendo la continuidad histórica, debilitando las antiguas estructuras sociales, relajando nuestras restricciones culturales, y ampliando así las posibilidades de elección y de libertad humana.

En este momento clave, la acción colectiva puede marcar una diferencia revolucionaria en el esfuerzo por alcanzar una civilización planetaria convivencial y resiliente. Frente a nosotros, en algún lugar, apenas discernible más allá de la bruma y el tumulto, se extiende un país con siete océanos, siete continentes, siete mil millones de habitantes, y siete maravillas a la vuelta de cada esquina, un lugar de vidas plenas y naturaleza ubérrima. Ahora que ya nos deslizamos hacia el abismo, todavía estamos a tiempo de dar la vuelta, con la promesa de ese mundo por ganar.

◇◇◇◇◇◇◇

PRIMERA PARTE

PUNTO DE PARTIDA: RUMBO A LA VORÁGINE

El viaje empieza con una inquietante sensación de estar viviendo tiempos peligrosos y decisivos que impregna el ambiente. Todas las convulsiones y descalabros a los que tenemos que hacer frente son los dolores del parto del ente global que hemos bautizado como Tierralandia. Podemos observar su figura embriónica y especular sobre la forma que acabará adoptando, pero no podemos vaticinar qué clase de criatura va a nacer, solo que aún queda por delante un largo calvario de dolores cada vez más intensos. Una gran parte depende de nosotros, custodios y custodias de su futuro, que tenemos el deber de encontrar nuevas respuestas para algunas preguntas fundamentales: ¿Quiénes somos? ¿Cómo viviremos? ¿Cómo será ese Tierralandia?

El largo preludio

Nacidos del cosmos

El presente texto centra sobre todo la atención en el significado del presente y en la anatomía del futuro, y no en el análisis del pasado. Aun así, para valorar mejor dónde nos encontramos y hacia dónde podríamos dirigirnos, valdrá la pena detenernos de entrada un instante

para recordar por dónde hemos pasado. En fin de cuentas, Jano, el dios de la transición, mira simultáneamente hacia atrás y hacia delante. Debemos tener presente, por lo tanto, que el día de hoy es un umbral móvil donde el ayer se reúne con el mañana.

La perspectiva más amplia posible puede identificar el cambio actualmente en marcha sobre el planeta Tierra como la escena más reciente de un dilatado espectáculo de emergencia cósmica. Una panorámica cosmológica nos traslada fuera del ámbito de la vida cotidiana e incluso más allá del territorio más extenso de la historia humana y nos ofrece un mirador privilegiado desde el cual poder considerar la difícil situación contemporánea. Este vasto panorama –un recordatorio de dónde nos encontramos situados en medio de la inmensidad del espacio, de los eones del tiempo y de la majestuosa evolución de la existencia– fomenta un sentimiento de reverencia y humildad que aviva la determinación de renovar la vitalidad de nuestra preciosa isla de vida. Estas reflexiones perfilan un reto trascendente: pilotar la travesía hacia un nuevo orden de complejidad en nuestro rincón del universo, una sociedad global próspera y resiliente.[1]

La historia del cosmos se inició hace casi catorce mil millones de años con la colosal erupción de energía del *Big Bang*. A partir del caos primigenio de ese suceso portentoso se fueron consolidando en fases diferenciadas estructuras progresivamente más complejas como parte del grandioso devenir del ser: a partir del hervidero de energía radiante, en la primera fracción de segundo se formaron quarks y partículas; al cabo de unos 300.000 años, se estabilizaron los átomos simples con el progresivo enfriamiento del universo; la materia se distribuyó en galaxias agrupadas asimétricamente al azar, que acabaron

dando a luz estrellas y planetas; y hace unos 3.800 millones de años apareció la vida sobre la Tierra y se abrió un nuevo capítulo en la historia del universo.

La evolución biológica ha sido una prodigiosa aventura marcada por la tenacidad y la inventiva a través de episodios titánicos de extinción y proliferación. En el momento de plenitud del tiempo evolutivo aparecieron criaturas con cerebro, dotadas de una mayor capacidad para conjurar los peligros y asegurarse el sustento. Con el tiempo, entraron en escena nuestros diminutos antecesores mamíferos, personajes secundarios que se escabullían sigilosamente entre sus contemporáneos mesozoicos más grandes y más avispados. De algún modo lograron encontrar nichos durante el transcurso de los largos reinados de los trilobites, los peces y los reptiles. La probabilidad realista de supervivencia de esos primeros mamíferos no pudo ser buena y la posibilidad de sacar el gordo en la lotería de la evolución era ciertamente remota.

Todo cambió hace unos 65 millones de años cuando la Tierra chocó con un enorme asteroide, en la jornada más cataclísmica vivida en este planeta. Ese *deus ex machina* de 10 kilómetros de largo procedente del espacio exterior impactó con la fuerza de mil millones de bombas como la de Hiroshima y trastocó bruscamente el escenario, el argumento y el elenco de personajes en el teatro de la historia natural. El impacto levantó inmensas nubes de polvo que ocultaron la luz del sol y destruyeron la vida vegetal. Fue el toque de difuntos para los prepotentes dinosaurios (y tres cuartas partes de las especies entonces existentes) y el anuncio de una oportunidad para nuestros peludos antepasados, que pudieron vivir ricamente de los insectos y

caracoles que proliferaron sobre los vastos detritus de los campos de exterminio globales.

En los albores de la era cenozoica, ser mamífero y de pequeño tamaño eran características sumamente adaptativas y esos seres se multiplicaron y diversificaron, poblando la clase de los mamíferos con innumerables variedades de animales de sangre caliente y respiración pulmonar. La magnitud de esa diversidad de diseños, desde ballenas del tamaño de una goleta hasta murciélagos moscardón del tamaño de un dedo meñique, sigue siendo visible en las aproximadamente 5.000 especies existentes de mamíferos que continúan aferradas a sus hábitats menguantes en el planeta ecológicamente empobrecido de hoy.

El segundo Big Bang

Un linaje desusadamente diestro –los primates– acabó siendo especialmente significativo al dar origen a los homínidos, los primeros mamíferos bípedos que diseñaron herramientas. Esas sesudas criaturas sociales enfilaron la vía rápida de la evolución y ya no volvieron la mirada atrás. El advenimiento de la conciencia humana marca a la vez una culminación y un inicio: fue el colofón de la evolución biológica y la piedra angular de la evolución social.

La aparición de la cultura humana desencadenó un segundo *Big Bang* con la generación de nuevas formas de existencia en el universo conocido. La evolución cultural (incluida la tecnología, las estructuras sociales, los rituales y los símbolos) entró en interacción mutua con la evolución física y cognitiva. La selección de los más aptos para la fabricación de herramientas, el uso del lenguaje y la

cooperación social generó seres dotados de un ingenio y una adaptabilidad sin precedentes. En cada momento, el legado acumulativo de ideas, instituciones, inventos y artefactos constituyó la plataforma para un cambio social acelerado, que fue dejando en la cuneta los procesos más graduales de evolución biológica y geofísica. La capacidad de la cultura para moldear y controlar el medio ambiente liberó a la humanidad de la dependencia de unos nichos ecológicos restringidos, permitió que los modos de comportamiento preprogramados congénitamente dieran paso a formas más maleables de conducta y de asociación construidas históricamente.

En tres millones de años, apenas un instante para el reloj geológico, la capacidad primitiva de sentir de los primeros humanos evolucionó hasta alcanzar, hace unos 200.000 años, los niveles superiores de conciencia de nuestros ancestros anatómicamente modernos. Había nacido una criatura dotada del enorme poder –junto con la pesada responsabilidad– de la introspección y el razonamiento. Fue un momento luminoso y decisivo en la larga saga de la emanación cósmica; el universo se iluminó cuando engendró un primate capaz de contemplar el misterio de la existencia.

La llegada de los humanos modernos, los últimos homínidos supervivientes, introdujo el nuevo fenómeno de la historia humana en el escenario del devenir y, con él, un tipo de transición cualitativamente distinta: el paso de una época histórica a otra. De todos estos cambios sociales, los más trascendentales fueron las «grandes transiciones» que alteraron toda la matriz sociocultural y generaron nuevas relaciones entre las personas, y entre la sociedad y la naturaleza. En esos momentos cruciales, procesos de cambio que se reforzaban mutuamente surcaron

múltiples dimensiones –en el plano de la tecnología, de la conciencia y de las instituciones– y debilitaron las estructuras normativas y las normas sociales existentes.

Evidentemente, las sociedades no siempre sobrevivieron a esas rupturas sistémicas; de hecho, la mayoría de civilizaciones del pasado se desmoronaron y desaparecieron, espectáculos de colapso que vuelven a deslumbrarnos en nuestro propio tiempo de vulnerabilidad. Pero cuando no se derrumbaron, un orden se fue desvaneciendo a la vez que gestaba una sociedad sucesora, poniendo en marcha una dinámica renovada de evolución social. A través de mecanismos de conquista y asimilación, el cambio se fue propagando a partir de los centros de innovación, aunque épocas anteriores pudieron sobrevivir largo tiempo en lugares físicamente remotos y culturalmente aislados. El mundo de hoy, con su multiplicidad de capas, superpone una dinámica globalizada a un mosaico de culturas modernas, premodernas e incluso remanentes de la Edad de Piedra.

Desde luego, el curso de la historia no puede ser tan ordenado como las cronologías de los libros de texto, con indicadores que delimitan épocas bien definidas. La historia real es un proceso intrincado e irregular, condicionado por factores locales específicos, el azar, las coincidencias afortunadas y la voluntad humana. Los diversos criterios de periodificación, tales como el régimen político dominante, la tecnología principal o el modo de producción, ofrecen percepciones complementarias, pero que solo reflejan verdades parciales. Además, las percepciones del cambio social dependen del grado de resolución de la lente histórica que apliquemos. Aproximar el enfoque para captar resoluciones espaciales más afinadas y lapsos de tiempo

más breves nos permite obtener un mayor detalle; abrir el plano nos permite apreciar procesos a más largo plazo y en mayor escala.

Macrotransiciones

Un plano largo de los contornos de la experiencia humana revela dos macrotransformaciones arrolladoras. La primera tuvo lugar hace aproximadamente 10.000 años cuando la cultura de la Edad de Piedra dio paso a la Civilización Temprana. En la segunda, la Civilización Temprana cedió paso a la Era Moderna en el transcurso del último milenio.[2]

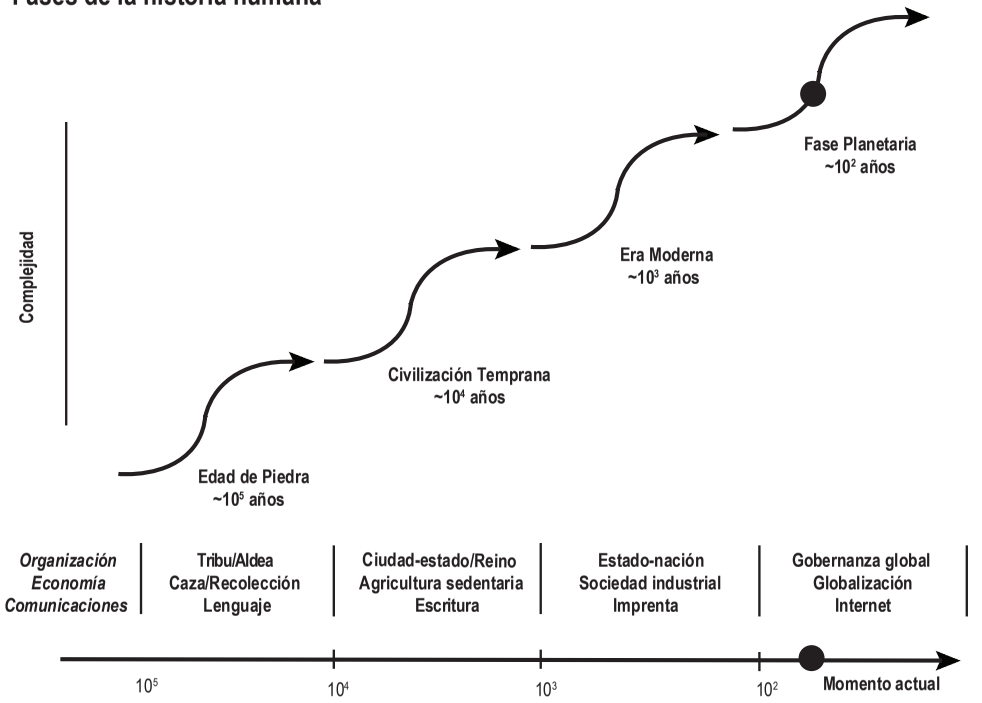
Ahora, la propia era moderna también se enfrenta a una profunda crisis estructural inducida por sus contradicciones y limitaciones: crecimiento perpetuo sobre un planeta finito, fragmentación política en un mundo interdependiente, abismos cada vez más anchos entre los sectores privilegiados y los excluidos, y una cultura de consumismo asfixiante. En nuestro tiempo, una modernidad exhausta está abandonando el escenario. Se ha iniciado una tercera macrotransición de la condición humana con implicaciones de tan vasto alcance como las que tuvieron esas grandes transformaciones anteriores. La historia ha entrado en la *Fase Planetaria de la Civilización*.

Un examen de las características del proceso de transformación a lo largo de las diferentes épocas, desde la Edad de Piedra, pasando por la Civilización Temprana y la Era Moderna hasta la Fase Planetaria, revela una tendencia general de la sociedad a adquirir una creciente amplitud y complejidad. La complejidad social (el número de variables necesarias para describir los distintos roles y relaciones, y el grado de conexión) va en aumento a lo largo de dichas

transiciones. Cada fase emergente absorbe y transforma sus antecedentes, con la adición de nuevos atributos, una mayor complejidad y nuevas dinámicas (véase el gráfico). La unidad de organización social característica pasa del ámbito estrictamente local al plano global, superponiendo nuevas formas a las previamente existentes. La base económica se desplaza de la caza y la recolección propias de la Edad de Piedra al comercio globalizado altamente diversificado y de vasto alcance del presente siglo. Las innovaciones en las comunicaciones –el lenguaje, la escritura, la imprenta y la tecnología de la información– introducen modos de interacción social progresivamente más potentes.

La complejidad creciente de la sociedad y su ampliación también acelera el ritmo de la evolución social. Del mismo modo que el cambio histórico avanza con mayor rapidez que el cambio biológico (y muchísimo más rápido que el cambio geológico), la historia misma también se está acelerando. Como indica el gráfico, la Edad de Piedra duró unos 100.000 años; la Civilización Temprana, aproximadamente 10.000 años; y la Era Moderna, que ahora está tocando a su fin, empezó a palpitar hace casi un milenio. Si la Fase Planetaria durase un siglo, se mantendría la secuencia de lapsos de tiempo exponencialmente decrecientes. Tanto si este prolongado patrón de aceleración es mera coincidencia como si es la expresión de un principio histórico subyacente, sigue siendo cierto que el vórtice del cambio se arremolina ahora a nuestro alrededor con una celeridad sin precedentes.

Fases de la historia humana



La Fase Planetaria

Una formación unitaria

Si algún extraterrestre observara lo que está sucediendo sobre la tercera roca del sol, constataría con asombro el rápido ascenso hacia el predominio de una sola especie con dos piernas. En un abrir y cerrar de ojos del tiempo histórico, la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica, su huella antaño diminuta ha crecido hasta alcanzar la escala de todo el planeta. Nos encontramos en la antesala de una nueva era y su rasgo definitorio es que el planeta mismo está pasando a ser el locus de la evolución social y de las diferentes formas de conciencia en litigio.

El mundo va ganando complejidad a ojos vista en medio de una nebulosa de cambio social y medioambiental. Circuitos de casi todo –bienes, dinero, personas, información, ideas, conflictos, agentes patógenos, efluvios– circunvalan el planeta a creciente velocidad. Múltiples vínculos de conectividad entrelazados se extienden, se consolidan y se van engrosando hasta formar la ligadura de un sistema socioecológico integrado.

Negado, acogido con agrado o temido, un fenómeno extremadamente significativo está en marcha y está transformando irrevocablemente nuestras vidas y también el planeta. Hasta ahora, el mundo se podía considerar razonablemente como un conjunto de entidades semiautónomas –estados, ecosistemas, culturas, territorios–, objeto de interacciones externas. Actualmente, a medida que se va constituyendo un sistema de orden superior y procesos a escala global ejercen una influencia creciente sobre el funcionamiento y la estabilidad de los

subsistemas, esa división reduccionista comienza a ser inexacta y engañosa.

El sistema global que está cristalizando comprende subsistemas diferenciados –económicos, medioambientales, tecnológicos, culturales y políticos– que interactúan entre ellos. Las grandes sociedades anónimas transnacionales han tendido vastas redes de nodos de producción y canales de distribución, han puesto en circulación torrentes de capital internacional y han generado una desconcertante variedad de instrumentos financieros para la inversión especulativa. La transformación humana de la naturaleza ha llegado hasta el nivel de la biosfera, la fina corteza planetaria que sostiene la vida. La revolución de las tecnologías de la información y la comunicación ha comprimido las distancias culturales y físicas, ha penetrado en comunidades remotas y ha ampliado las redes y las comunidades transfronterizas. Los gobiernos han creado nuevas estructuras internacionales de diálogo (y ocasionalmente de gestión colectiva), en un número y diversidad en sincronía con la proliferación de los retos. La porosidad de las fronteras geográficas y culturales tradicionales genera nuevas fisuras de conflicto entre estados poderosos y con actores no estatales.

La Fase Planetaria está entrelazando gentes y lugares en un solo sistema global con un destino común. Los observadores destacan diferentes aspectos –la economía, las grandes corporaciones, el cambio climático, la salud, la tecnología, el terrorismo, la sociedad civil, la gestión pública, la cultura–, todos ellos acompañados del calificativo «global». Asomados a portillos especializados, los economistas ven la «globalización», los tecnólogos enfocan la conectividad digital, los

ambientalistas sitúan en primer plano la transformación de la naturaleza por obra de la acción humana, y los geólogos proclaman el advenimiento del Antropoceno, una nueva era geológica. Científicos sociales heterodoxos sugieren otros apodos: el Econoceno, dominado por la falsa ideología de la economía neoclásica, o el Capitaloceno, definido por las relaciones capitalistas de producción y de poder.[3] Mientras tanto, filósofos y teólogos visionarios señalan los indicios de la aparición de una ética universal, mientras que los adeptos a la *realpolitik* solo ven choques de civilizaciones y grandes potencias.

Cada una de estas perspectivas sobre la condición humana ilumina un aspecto crítico del conjunto socio-ecológico, pero estos no son fenómenos independientes sino más bien manifestaciones de un proceso de transformación unitario. La Fase Planetaria infunde un nuevo sentido al antiguo adagio de la teoría de sistemas según el cual el todo es más que la suma de las partes: algo fundamentalmente nuevo ha aparecido sobre la faz de la tierra. El sistema global y sus componentes se modelan mutuamente en un intercambio complejo y recíproco que modifica el todo y también sus partes.

El cambio climático global, propulsado por una infinidad de actuaciones locales, se retroalimenta alterando la hidrología, los ecosistemas y el clima locales. La World Wide Web conecta los individuos a un impulso cultural intercontinental que se extiende desde las grandes ciudades hasta las aldeas aisladas y las atalayas remotas, alterando los valores y culturas tradicionales. Mecanismos supranacionales de gobierno doblegan las prerrogativas de los estados soberanos. La globalización económica gobierna y altera esporádicamente los mercados nacionales y locales. Los pobres del

planeta, acosados por las imágenes de opulencia, reclaman justicia e intentan acceder a los países ricos, mientras la desesperación, la ira y la relegación alimentan la globalización del terrorismo.

Esta escalada de la interconexión en el espacio tangible de las instituciones resuena en el espacio subjetivo de la conciencia humana. La Fase Planetaria naciente suscita respuestas contradictorias mientras algunos celebran la interdependencia creciente y otros se resisten a ella. La reacción antagónica a la intrusión cosmopolita tiene muchas caras: el fundamentalismo, el nativismo, el aislacionismo y la antiglobalización. Estas poderosas fuerzas centrífugas podrían acabar imponiéndose.

Sin embargo, mientras la reacción se inflama y supura, también está actuando otra fuerza centrípeta igualmente potente: la ampliación del proyecto humano presiona y reclama la correspondiente ampliación de la identidad humana. Los destinos entretejidos de las personas, de las generaciones y de todas las criaturas se enlazan empáticamente en un abrazo a través del espacio y del tiempo que abarca todo el mundo natural. La Fase Planetaria ha desencadenado una potente dialéctica entre el caos y el orden que empuja simultáneamente hacia un futuro escindido y hacia uno integral. El dilema fundamental del viaje que nos aguarda es cómo sortear estas potentes corrientes enfrentadas hasta arribar a un Tierralandia civilizada.

Premoniciones

La Fase Planetaria no llegó de improviso. Los tentáculos de la red de conectividades se remontan hasta las primeras emigraciones de África como parte de la larga marcha de la humanidad hasta los

confines de la tierra. En el transcurso de los milenios, los intercambios humanos atravesaron continentes y océanos. Las antiguas rutas comerciales trasladaron personas, productos e ideas a través de grandes distancias, los imperios extendieron sus conquistas mucho más allá del mundo hasta entonces conocido, y los grandes viajes de exploración tejieron la trama inicial de la red que acabaría entrelazando el planeta entero.

Esos fueron los precedentes ancestrales, pero la Fase Planetaria es descendiente directa de la Era Moderna. La modernidad socavó la autoridad del saber heredado y la estasis del tradicionalismo, y pisó el acelerador a fondo, inmersa en la carrera hacia un sistema mundial. Inyectó en el ámbito del pensamiento conceptos tan radicales como los del progreso, la razón, la democracia, los derechos individuales y el estado de derecho. Desencadenó revoluciones en la ciencia y en la tecnología que aumentaron enormemente el conocimiento humano de la naturaleza y el dominio sobre la misma. Las economías capitalistas, impulsadas por la búsqueda del beneficio, liberaron un inmenso potencial humano para la innovación y la actividad empresarial, a la vez que expandían la producción hasta niveles sin precedentes. El clamor de la revolución industrial liberó una oleada hasta entonces inimaginable de adquisición y acumulación, crecimiento y colonización.

Pese a toda la riqueza creada y la ignorancia vencida, los siglos de «destrucción creativa» han provocado indecibles sufrimientos humanos y un abuso sin precedentes del medio ambiente. La expansión ineluctable del capitalismo absorbió a las sociedades tradicionales colindantes con su periferia en retroceso, incorporándolas al nexo de las relaciones de mercado o sometiéndolas como colonias de sus

imperios comerciales. La progresiva expansión y aceleración de las revoluciones en el campo de la ciencia, la religión y la sociedad topó con una fuerte resistencia en la frontera inestable entre las mentalidades modernista y tradicionalista, una fisura cultural de perfil irregular que todavía atraviesa el territorio global. A lo largo de otra línea de falla distinta –la que se abre entre la humanidad y la naturaleza-, el sistema moderno, con su hambre insaciable de tierras y recursos minerales, iba retirando fondos del tesoro natural. Las miradas, fijas en la cuenta de resultados, permanecían ciegas a los costes no inscritos en los libros de contabilidad que se iban acumulando en forma de empobrecimiento social y degradación ecológica.

A medida que la gente y la producción iban llenando el mundo, comenzaron a evidenciarse, con frecuencia e intensidad crecientes, los presagios de la Fase Planetaria. El siglo XX se inició con una expansión del comercio internacional, prefiguración de la potente globalización con que se cerraría, pero esos intercambios no tardaron en ser devorados por el infierno nacionalista de las dos guerras mundiales. La Organización de las Naciones Unidas surgió de sus ascuas con la misión de garantizar la paz para «nosotros los pueblos» (o así lo esperaban sus fundadores visionarios) y la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 lanzó un llamamiento a favor de una ética supranacional de dignidad y libertad, como un derecho intrínseco de todas las personas en virtud de su sola condición humana.

Mientras tanto, la explotación de las personas y de la naturaleza suscitó campañas populares a favor de la justicia y del medio ambiente, predecesoras de los movimientos contemporáneos de la sociedad civil,

que sin embargo solo fueron capaces de mitigar los atentados más flagrantes contra las personas vulnerables y los sectores subordinados. La resistencia contra la voracidad de la industrialización inflamó los levantamientos políticos y contraculturales de los años 1960. Las imágenes transmitidas por la nave espacial Apolo de nuestro planeta azul sin fronteras, una frágil piedra preciosa suspendida en medio de una oscuridad infinita, nutrieron un espíritu cosmopolita. Al mismo tiempo, la guerra fría y la proliferación del armamento nuclear alimentaban, no obstante, sin cesar el temor espantoso a un Armagedón global.

Llegada la década de 1980, señales claras e insistentes de un cambio global comenzaban a centellear a través de toda la gama de los asuntos humanos. La preocupación por el medio ambiente se proyectó de lo local a lo global: desde la contaminación del agua y el aire a la desestabilización de la ecosfera. La mengua de los recursos naturales hizo tomar conciencia de los límites cada vez más próximos de las reservas de petróleo, agua dulce y tierras cultivables. La movilidad de las poblaciones y la liberación de agentes patógenos procedentes de los ecosistemas fracturados provocaron terribles epidemias. Las nuevas tecnologías de la comunicación vincularon a las personas y las organizaciones en una trama que globalizaba tanto lo bueno como lo malo: las redes sociales y las asociaciones delictivas, el desarrollo económico y la inestabilidad financiera, la colaboración para la investigación y el ciberterrorismo. En otro frente, la Unión Soviética –y otros experimentos análogos en otros lugares-, asfixiada por la burocracia y abochornada por el gulag, había dilapidado los sueños del siglo XX de alcanzar alternativas socialistas democráticas.

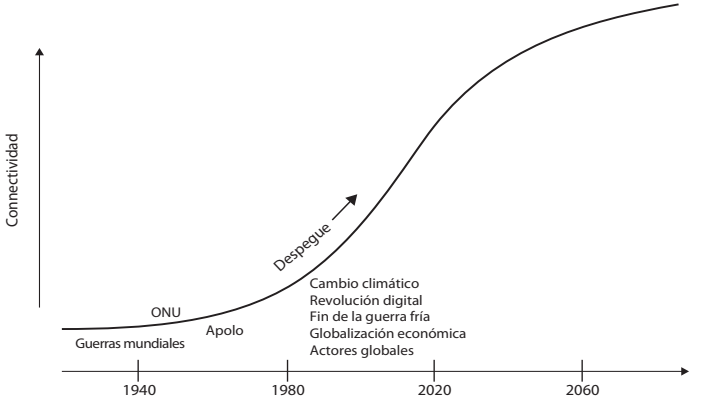
La marcha del capitalismo hacia la hegemonía mundial era innegable. En los cenáculos del poder y de la academia, oficiantes triunfales declaraban «el fin de la historia», dado que el mundo había llegado a establecer un sistema frente al cual, como declaró Margaret Thatcher, «no había alternativa.» (En las calles, sin embargo, los manifestantes seguían clamando: «Otro mundo es posible.») En las postrimerías del siglo XX, la exuberancia del mercado impregnaba el ambiente. La gente rica era cada vez más rica y estaba proliferando en los enclaves de riqueza en expansión del Sur global; la interconexión del mundo prometía una mayor abundancia futura; y las grandes empresas galopaban por el planeta moldeando una economía globalizada a su imagen y semejanza. Al mismo tiempo, iban germinando sin cesar agudas crisis concurrentes que aflorarían en el nuevo milenio desenmascarando las ilusiones neoliberales.

En el presente siglo, nos encontramos ante un momento de incertidumbre y oportunidad sin precedentes. Acontecimientos trepidantes y de vasto alcance avanzan a través del espacio y perduran en el tiempo, alterando las coordenadas mismas de la historia. El ritmo acelerado del cambio estrecha los lazos que vinculan el futuro al presente; la tracción gravitatoria de la conectividad contrae el espacio social, atrayendo lugares y gentes distantes hacia la órbita de un sistema mundial integrado. En el plano más profundo, la Fase Planetaria alimenta la conciencia de la interdependencia de las generaciones y las especies, de lo local y lo global. El mundo-en-su-conjunto se convierte en la palestra primaria donde se enfrentan las formas de conciencia rivales que determinarán si la Fase Planetaria será una era de evolución o de devolución social, de restauración o

de degradación medioambiental.

Esta configuración globalizada no implica en absoluto la supresión de las comunidades y las naciones, que subsisten como lugares de identidad y de compromiso. Tierralandia conforma más bien un círculo exterior, un lugar global *de facto* aunque todavía no sea un «país» *de jure*, la sede de grandes enfrentamientos culturales y políticos que actualmente se están desarrollando. Mientras algunos países aún no han experimentado su revolución moderna, la historia se está adentrando a toda velocidad más allá de la modernidad. La Fase Planetaria ya ha llegado como un fenómeno histórico discernible.

Fase Planetaria ascendente



En cualquier época, el carácter efímero de los asuntos pasajeros oculta a la vista los procesos históricos profundos que avanzan a ritmo lento. En el momento actual, toques de atención y distracciones incesantes hacen particularmente difícil percibir el gran relato de

nuestro tiempo. Imaginemos, no obstante, un periódico –llamémoslo *El tiempo largo*– que solo se publicase de manera muy espaciada, cada medio siglo, por ejemplo. Únicamente las noticias de más amplio alcance ocuparían el lugar principal en primera plana, mientras que sucesos cotidianos que en su momento parecieron trascendentes quedarían relegados a las últimas páginas u olvidados como minucias de la historia. Probablemente, el titular más destacado de la edición del milenio podría ser: *El mundo entra en la Fase Planetaria de la Civilización.* Y la pregunta que inspira la presente indagación es: ¿Cuál podría ser la noticia principal de la edición de 2050?

Una época turbulenta

¿Qué clase de lugar es la Tierralandia actual? Un visitante avispado, llegado para evaluar el estado de la joven nación, encontraría muchas cosas dignas de encomio, una naturaleza magnífica, bella y ubérrima, una economía colosal que transforma montañas de recursos en torrentes de productos que fluyen sin cesar hasta sus cuatro confines, logros científicos extraordinarios, y una diversidad de ricas culturas. Sin embargo, una vez reseñados estos méritos, la sinceridad obligaría a este Alexis de Tocqueville de nuestro tiempo a catalogar también un abrumador inventario de deficiencias.

Un defecto cardinal encabezaría la lista: Tierralandia se enfrenta a los retos del siglo XXI lastrado por las ideas y las instituciones del siglo XX. Ideologías zombi –chovinismo territorial, consumismo desbocado y la ilusión de un crecimiento incesante– pueblan la mente de los vivos. Dar respuesta coherente a los riesgos sistémicos del cambio climático, la inestabilidad económica, el desplazamiento de

la población y el terrorismo global, por citar solo los más emblemáticos, queda fuera del alcance de un orden político miope y conflictivo.

Esta discrepancia entre los antiguos hábitos y las nuevas realidades amenaza el bien común planetario e incluso la continuidad misma de la civilización. Un Tierralandia estable y floreciente requiere, como cualquier país, un gobierno eficaz que cuente con el apoyo de un cuerpo social informado. Todavía no se han consolidado estos cimientos y las consecuencias –pobreza rampante, degradación de la naturaleza, facciones hostiles, ausencia de una autoridad constitucional legítima– evocan la imagen de otros países disfuncionales a la deriva. Por el momento, Tierralandia tiene la apariencia de un estado fallido.

Los ataques resultantes contra los zarcillos de la amistad son numerosos. Una economía despiadada donde todo está permitido genera brechas de clase y devasta la naturaleza, socavando la cohesión social y la integridad de la biosfera. Los largos tentáculos de Hollywood y Madison Avenue propagan imágenes de opulencia inalcanzables, que arrasan las culturas tradicionales y avivan la hostilidad. Masas de personas desplazadas afluyen hacia los centros de riqueza donde sectores xenófobos alimentan una reacción proteccionista. El Internet actúa como un centro comercial planetario que lubrica el consumismo y como un escenario delictivo donde los malhechores desarrollan actividades execrables. La lucha geopolítica por el control de unos recursos naturales decrecientes se intensifica mientras las economías siguen aumentando sin parar su demanda de energía, tierras, minerales y agua.

La desigualdad de los ingresos en Tierralandia es tan escandalosa que, en comparación, un país como Brasil, epítome de disparidad

social, puede llegar a parecer relativamente igualitario. En la base de la pirámide económica, 800 millones de personas viven sumidas en el hambre crónica y 161 millones de niños y niñas ven mermado su desarrollo por esa causa. Casi la mitad de la población mundial subsiste con menos de 5 dólares diarios, el ingreso mínimo razonable para mantener un nivel de vida adecuado. En la cúspide de la pirámide, el 1% más rico dispone de tanta riqueza como el 99% restante, y el patrimonio de los 62 multimillonarios más acaudalados equivale al del 50% más pobre.[4]

La transformación de la tierra misma escenifica la crisis más intensa de Tierralandia. El problema icónico es el del cambio climático, con sus «verdades incómodas»: la gran amenaza de impactos disruptivos, la necesidad de actuar rápidamente y a gran escala, y la cooperación internacional sin precedentes que ello requiere. Otro es la pérdida de recursos biológicos –ecosistemas, hábitats, especies–, víctimas de la reconversión de las tierras, de la sobreexplotación y, cada vez más, del cambio climático. La toxificación, la expansión del combinado de contaminantes químicos que se inyectan al medio ambiente, representa una tercera gran amenaza. Cuando éramos liliputienses sobre un vasto planeta, una civilización que devastara su medio ambiente solo se ponía en peligro a sí misma. Ahora, somos gigantes que pisoteamos la tierra con botas del tamaño del planeta, saqueamos los mares y alteramos la composición química de la biosfera.

Cada uno de estos males globales e infinidad de otros más ha sido objeto de gran atención; en cambio, se ha prestado mucha menos a la perturbación sistémica subyacente a todos ellos y que los relaciona. Retomando una parábola venerable, los expertos iluminan algunas

partes del elefante global, pero no alcanzan a ver el animal entero. Los conocimientos que entre todos generan sobre las patas, la cola y la trompa no equivalen al conjunto del paquidermo. En consecuencia, recetas parciales y anodinas en materia de políticas pueden aliviar uno u otro síntoma de la enfermedad, pero dejan que se siga agravando la patología subyacente.

La Fase Planetaria, nacida de una crisis sistémica, exige con urgencia una respuesta también sistémica. Los procesos de retroacción son omnipresentes: la presión sobre el medioambiente exacerba la pobreza y espolea los conflictos, con la consiguiente amenaza para la estabilidad económica; la inestabilidad económica debilita los esfuerzos para proteger la naturaleza y reducir la pobreza; las clases marginadas desesperadas degradan el medio ambiente e intentan acceder a los países más prósperos, suscitando una reacción que socava la cooperación geoeconómica. La presión creciente debilita la estructura del sistema socioecológico en su conjunto al mermar su resiliencia, la capacidad de recuperarse después de sufrir una perturbación.

Bajo estas condiciones de creciente vulnerabilidad, diversos desencadenantes podrían inducir una crisis general a escala de todo el sistema. A saber, un *cambio climático brusco* podría provocar escasez de alimentos, inestabilidad económica, migraciones masivas y conflictos. Una *pandemia*, propagada por la movilidad de las gentes acomodadas y las poblaciones pobres desarraigadas, podría extenderse de uno a otro confín, desbordando la capacidad de las instituciones sanitarias. La confusión provocada por un *macroataque terrorista* podría desembocar en un ciclo degenerativo de violencia y desorden. La *escasez absoluta de recursos vitales*, como el agua, el petróleo y la tierra

cultivable, podría generar un tsunami de descontrol. Un *colapso del sistema financiero global* podría desencadenar una cascada de perturbaciones en cadena.[5]

El mundo ha pasado a ser un lugar interconectado, pero aún no una nación integral. Años de negación y deriva han permitido que se consolidaran las precondiciones para un cataclismo. Aun así, todavía no es demasiado tarde para buscar soluciones de alcance sistémico. Disponemos de medios abundantes para mitigar los riesgos habituales y perseguir objetivos comunes, y a diario se anuncian nuevas innovaciones. Pero modificar la trayectoria del desarrollo para orientarla hacia una civilización floreciente requerirá una Gran Transición de un mundo de forasteros a una comunidad de ciudadanos. Este desenlace más encomiable, latente en la matriz histórica en evolución, está a la espera de que una visión audaz y la acción colectiva lo hagan realidad.

Los países del futuro

Escenarios divergentes

¿Qué camino seguirá Tierralandia? La única certeza con respecto al futuro es la sorpresa; la única constante, el cambio: la indeterminación y el dinamismo forman parte inextricable del tejido de la realidad, desde la escala cuántica hasta la global. Sistemas complejos de todo tipo pueden cruzar umbrales críticos de inestabilidad a partir de los cuales se derrumban las antiguas estructuras y se forman otras nuevas, con un resultado inherentemente incierto y susceptible de pequeñas desviaciones.

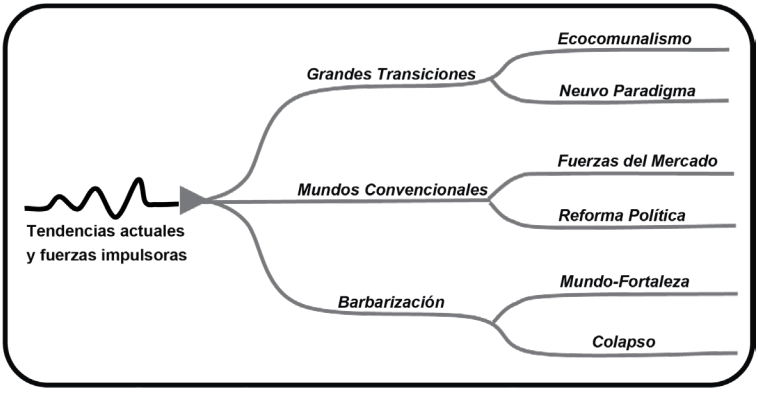
En particular, la evolución social, un proceso sumamente complejo, serpentea dando giros y tumbos a través de una maraña de posibilidades divergentes, cuyas principales bifurcaciones marcan la transición de una época a otra. La forma de la sociedad sucesora no está predeterminada, ni sus posibilidades son ilimitadas. Como ironizó Marx, los pueblos hacen su historia, pero no la hacen a su gusto. La necesidad histórica restringe la libertad humana, a la vez que la interacción entre la intención y las circunstancias afloja la presión de la necesidad y abre un abanico de futuros posibles. El camino seguido en la práctica queda inscrito en la cronología histórica, mientras que las alternativas que se han dejado de lado quedan olvidadas o sirven de alimento para los relatos hipotéticos sobre lo que podría haber sido.

Por lo tanto, predecir cómo acabará siendo el mundo del siglo XXI es tarea de necios. El destino de nuestro siglo incomparable queda fuera del alcance de la proyección científica o de la profecía social. Sin embargo, si bien es preciso renunciar a la fatuidad de la predicción, aun así podemos explorar otras posibilidades alternativas, no para vaticinar lo que ocurrirá, sino para visualizar lo que podría suceder. Las hipótesis son prótesis para la imaginación, que confieren amplitud y especificidad a nuestras miradas a más largo plazo. Las visiones ricas en contenido, cuando influyen en la conciencia y la acción, inyectan una dimensión teológica a la dinámica del cambio social, aproximando la historia a unos resultados deseables.[6]

Una simple «taxonomía del futuro» nos ayudará a organizar la diversidad de posibilidades divergentes. En el plano superior, tres amplios canales se proyectan en distintas direcciones desde el presente

inestable hacia el futuro imaginado: mundos de adaptación incremental (*Mundos Convencionales*), mundos de discontinuidad calamitosa (*Barbarización*), y mundos de transformación progresiva (*Grandes Transiciones*). Esta tríada arquetípica –evolución, decadencia y progresión– se repite a lo largo de toda la historia de las ideas y encuentra nueva expresión en la literatura de anticipación contemporánea. Para dotarla de mayor textura, hemos ampliado la tipología con dos variantes para cada categoría, como se indica en el siguiente gráfico.[7]

Taxonomía del futuro



Los Mundos Convencionales evolucionan sin que intervenga un cambio fundamental en el paradigma social establecido o en la estructura del sistema mundial. A pesar de algún retroceso episódico, el modelo establecido avanza impulsado por algunas tendencias persistentes: la globalización corporativa, la propagación de los valores dominantes y la emulación de los patrones de producción y de consumo de los países

ricos por parte de los países pobres. Evidentemente, huelga decirlo, se podrían elaborar infinitas variaciones sobre el mismo tema, adecuando los supuestos tecnológicos, medioambientales y geopolíticos, entre muchas otras variables. Con el fin de subrayar una división ideológica central en el marco del discurso convencional, destacamos dos subclases dentro de los Mundos Convencionales. Las variantes centradas en las *Fuerzas del Mercado* contemplan la liberalización de unos mercados globalizados y la desregulación como principales motores del desarrollo. En cambio, las variantes basadas en la *Reforma Política*, con raíces socialdemócratas más que liberales, plantean acciones gubernamentales amplias y coordinadas, destinadas a remodelar el capitalismo moderno con el fin de mitigar la pobreza y salvaguardar el medio ambiente.

Sin embargo, al mismo tiempo, siempre está presente la amenaza de los escenarios de la Barbarización, los primos malos de los Mundos Convencionales, alimentados por las crisis inesperadas. En esas visiones tenebrosas, un torrente de inestabilidad –polarización social, conflictos geopolíticos, degradación del medio ambiente, fracaso económico y la macrocrisis rampante del cambio climático– arrasa los mecanismos correctores del libre mercado y las políticas gubernamentales. Una crisis sistémica global avanza entonces fuera de control mientras las normas civilizadas se desvanecen. Los futuros bárbaros también podrían adoptar muchas formas (suficientes como para inspirar multitud de novelas y guiones cinematográficos apocalípticos), pero entre ellas destacan dos tipos idealizados: los *Mundos-Fortaleza* y el *Colapso*. En las variantes de los Mundos-Fortaleza, las elites se refugian en enclaves protegidos de los cuales queda excluida una mayoría empobrecida de la población, mientras poderosas fuerzas globales se movilizan para imponer el orden

y controles medioambientales. En las variantes del Colapso, no llega a materializarse ninguna intervención autoritaria coherente de ese tipo (o esta resulta inadecuada), el caos se intensifica y las instituciones se desmoronan. Se inicia una nueva Edad Media.

Las Grandes Transiciones imaginan posibles vías para que las fuertes exigencias y nuevas oportunidades de la Fase Planetaria permitan impulsar unas aspiraciones más esclarecidas. Una serie de valores en alza –solidaridad humana, calidad de vida y sensibilidad ecológica– se contraponen a la tríada convencional del individualismo, el consumismo y la dominación de la naturaleza. Este vuelco en la conciencia está en la base de un cambio equivalente en las instituciones, orientado en el sentido de una gestión pública global democrática, unas economías al servicio del bienestar de todas las personas y una gestión responsable del medio ambiente. Dos tipos de escenario para una Gran Transición –el *Ecocomunalismo* y el *Nuevo Paradigma*– ponen de manifiesto una diferencia fundamental en el seno de la imaginación radical contemporánea.

El Ecocomunalismo refleja el fervoroso localismo que constituye una potente corriente filosófica y política que recorre las subculturas ambientalista, a favor de la justicia social y contra la globalización. Desde luego, la visión que aboga por unas comunidades autárquicas y pequeñas empresas dirigidas por medio de la democracia directa será un elemento esencial en cualquier proyecto de una Gran Transición. (De hecho, es un elemento destacado en el «destino» que imaginamos para Tierralandia en la tercera parte de este texto.) Pero también debe serlo la sensibilidad cosmopolita que acoge la identidad y la ciudadanía globales como elementos deseables y necesarios, fundamento de una auténtica civilización planetaria y una fuerza capaz de contrarrestar la intolerancia

sectaria. En todo caso, en un mundo cada vez más interdependiente, resulta difícil identificar una vía plausible que conduzca a una Tierralandia exclusivamente ecocomunal, salvo tal vez una que pase primero por el mundo devastado del Colapso.

El Nuevo Paradigma –la visión de la Gran Transición que suscribe el presente ensayo– imagina un mundo plural y unificado a la vez. Rechaza la falsa polaridad entre el comunalismo desde la base y la jerarquía impuesta desde arriba, e invita a buscar nuevas formas de conciliar ambos extremos y alcanzar un equilibrio entre ellos. Por lo tanto, celebra los espacios que prosperan dentro de un sistema de comunidades concéntricas que abarcan desde lo local hasta lo global y que a la vez alimentan un cuerpo social mundial que envuelve todo el sistema con una capa de comunidad e identidad. En vez de refugiarse en el localismo radical, este tipo de Gran Transición intenta reconfigurar y orientar el carácter de la civilización planetaria. Esta visión, que ha dejado de ser utópica, ahora se sustenta en las condiciones objetivas de la historia: los destinos entrelazados de la gente y de la Tierra.

Personajes principales

Mientras que los relatos bien narrados sobre el futuro, en forma de escatología religiosa o de ficción especulativa, pueden resultar inspiradores o aterradores, los escenarios reales deben persuadir para lograr ser convincentes. Los modelos de simulación ayudan a aclarar la *plausibilidad técnica* de diferentes escenarios evaluando el realismo de los patrones socioeconómicos que presuponen dadas las limitaciones medioambientales y de recursos, un ejercicio analítico fatigoso pero relativamente sencillo. Presentar una argumentación sostenible a favor de la *plausibilidad social* es el reto más difícil de abordar; requiere

ofrecer un «relato del futuro» que sea coherente con la dinámica emergente de la sociedad y con «la madera torcida de la humanidad» con la cual, como dijo Kant, no se ha hecho jamás nada recto.

Un paso clave es identificar a los agentes de cambio presentes en un escenario: los personajes principales de la obra que pueden impulsar plausiblemente el desarrollo del relato.[8] Algunos protagonistas destacados ya ocupan el centro del escenario, mientras otros comienzan a agruparse en los laterales. Los personajes principales del escenario de las Fuerzas del Mercado –las grandes empresas transnacionales y sus aliados políticos– son los actores ya conocidos que han impulsado la primera fase de la globalización corporativa. La influencia de estos gigantes ha ido aumentando a la par con la expansión de la economía sin fronteras, de manera que las compañías de mayor tamaño han llegado a ser actores económicos más poderosos que muchos países.[9] Sin un plan o un proyecto previo, se va construyendo por acumulación una arquitectura compleja de circuitos de producción, mercados laborales y flujos de capital, producto de las incontables actuaciones de empresas que operan sin trabas. En un mundo basado en las Fuerzas del Mercado, los actores corporativos dedicados a la búsqueda de beneficios en un emporio planetario y que emplean enormes recursos para asegurarse la aquiescencia de quienes toman las decisiones, seguirían orientando el desarrollo.

En los relatos basados en la Reforma Política, el papel principal recae en unos gobiernos rejuvenecidos, enérgicamente dedicados a enmendar las inestabilidades inducidas por un exceso de confianza en los mecanismos del mercado. Regulaciones, incentivos y acuerdos sincronizados a escala global imponen límites al capitalismo y orientan el desarrollo hacia un conjunto de objetivos de sostenibilidad

medioambiental y social. La Organización de las Naciones Unidas se convierte en el nodo multilateral para la formulación y aplicación de este Nuevo Trato Global. Un segundo actor fundamental, la sociedad civil –un vasto conglomerado políglota de organizaciones y campañas– presiona a favor de la actuación gubernamental frente a todo el abanico de problemas mediante acciones educativas y de *lobby*, acompañadas de protestas en caso necesario.

En el escenario del Mundo-Fortaleza, una nueva alianza global –de organizaciones militares y comerciales, unidades de planificación y asociaciones multilaterales– actúa como núcleo central de un régimen global autoritario que impone un orden riguroso en estrecha colaboración con las grandes corporaciones. En un escenario de Colapso, agrupaciones divisivas –nacionalistas patrioteros, redes delictivas que actúan en el bazar global, fundamentalistas militantes y proveedores de ideologías atávicas y acciones asesinas– proliferan en los intersticios de la sociedad global, alimentadas por sus conflictos y sus crisis. Con ellas cae el telón sobre la civilización, al menos durante un tiempo.

Ninguno de los actores principales actualmente presentes en la escena global aparece como un candidato sólido para el papel de precursor de una Gran Transición. Cada cual a su modo, todos expresan preocupaciones demasiado limitadas y perspectivas excesivamente miopes para lo que esa tarea exige. Así, la Organización de las Naciones Unidas, que depende de la cooperación reticente de sus países miembros, fervientes defensores de sus propios intereses nacionales, no puede responder de manera adecuada a la crisis y a las promesas de la Fase Planetaria; la prioridad máxima de las corporaciones sigue siendo

obtener mayores dividendos para sus accionistas y no el bien común; y las organizaciones institucionalizadas de la sociedad civil, cada una dedicada a cultivar su propia parcela mientras compiten entre ellas por los fondos de los donantes, están poco preparadas para abordar el proyecto más amplio que supone conceptualizar e impulsar un cambio sistémico coherente.

Los movimientos de «transformación personal» ofrecen una alternativa escapista y despolitizada para las personas desanimadas ante este vacío de liderazgo. Según algunos maestros del New Age, la búsqueda individual de sentido y consuelo a través de prácticas psicológicas y metafísicas puede promover un cambio favorable no solo en nuestras vidas sino también en el mundo que habitamos. Unas vías alternativas de realización personal y para alcanzar la paz espiritual son efectivamente esenciales para contrarrestar la hegemonía del materialismo. Sin embargo, no es posible desgajar lo personal de lo político y la búsqueda de respuestas privadas no puede conducir por sí sola a soluciones colectivas si no va unida al compromiso y la acción.

¿Quién intercederá a favor de Tierralandia?

Difícilmente cabe esperar que las instituciones consolidadas del orden actual –las grandes corporaciones, los gobiernos, las grandes organizaciones de la sociedad civil– encabecen los esfuerzos para superarlo. Con un fuerte interés en el mantenimiento del *statu quo*, son demasiado timoratas y demasiado venales para abordar los problemas medioambientales y sociales profundos. Estarían tan fuera de lugar en un papel revolucionario como la aristocracia feudal al frente de la acometida que condujo a la modernidad. Tenemos que

buscar un primer actor en otro sitio. La historia nos ofrece una clave.

Durante los períodos de estabilidad, las sociedades cambian gradualmente dentro de unos márgenes resilientes de normas y valores. Luego, en los períodos en que sobreviene una crisis sistémica que interrumpe la continuidad histórica, todo cambia de repente y se amplían las posibilidades de elección y de libertad humana. En el interregno, mientras la antigua sociedad se desvanece y antes de que se consolide la nueva, puede haber un intervalo de gran confusión, miedo y polarización. La crisis engendra grupos contrahegemónicos, algunos de los cuales pueden liderar la consolidación de una nueva formación social. De hecho, si no aparece ninguna fuerza revolucionaria de este tipo, la sociedad ya agotada puede llegar a desmoronarse y desaparecer, como ha ocurrido ya en muchos casos.

Por ejemplo, las castas sacerdotales y monárquicas, progenitoras de las primeras civilizaciones, fueron hijas de las antiguas sociedades agrícolas a las que suplantaron. Mucho después, las clases empresariales, fuerza motriz del capitalismo primitivo, germinaron en los intersticios mercantiles del sistema feudal europeo al que acabaron enterrando. Más cercanas a nuestro tiempo, las revueltas socialistas de los dos últimos siglos expresaban el impulso igualitario de una clase obrera que aspiraba a trascender el sistema industrial que la había creado. El precedente tal vez más destacado del reto contemporáneo podemos encontrarlo en los movimientos populares que forjaron los primeros estados-nación. Nacidos como fuerzas modernizadoras en el seno de unas sociedades arcaicas, superpusieron identidades e instituciones nacionales a unas comunidades preexistentes.

Ahora nos ha tocado a nosotros vivir en el interregno entre un mundo conocido ya pasado y otro mundo distinto en gestación. ¿La

crisis de la modernidad está alimentando un protagonista capaz de galvanizar el potencial de progreso de nuestra época? El rasgo distintivo de la Fase Planetaria –el entrelazado general en el marco de un protopaís que abarca todo el planeta– sugiere una respuesta. Igual que antaño la modernidad dio a luz a los movimientos nacionales, la Fase Planetaria reclama un movimiento global: un despertar cultural y político integral unido bajo el estandarte de Tierralandia.

Por consiguiente, el agente de cambio natural para impulsar una Gran Transición sería un *movimiento ciudadano global*, un vasto levantamiento cultural y político capaz de reorientar las políticas, domeñar a las grandes empresas y unificar la sociedad civil. Este actor crítico está ausente de la escena del mundo contemporáneo, pero comienza a despertar en un planeta agitado por crisis de creciente intensidad y el palpitar de una conciencia en transformación. Un preludio es la legión de personas comprometidas que trabajan a favor de la justicia, la paz y la sostenibilidad en miles de frentes.

Sin embargo, por el momento, sin un movimiento sistémico que lo unifique e inspire, el activismo se ve relegado a abordar epifenómenos en vez de las causas subyacentes. En ausencia de una estrategia coherente, el deterioro sistémico desborda los logros fragmentarios. Exhaustos y frustrados, muchos activistas abandonan por agotamiento, mientras un número mucho mayor de ciudadanos preocupados no llegan a encontrar un camino para abordar de manera significativa una crisis tan amorfa y tan arrolladora. Un movimiento global, si se llegara a crear, atraería sobre todo a esta masa creciente de personas desempoderadas: apelaría a su intelecto, con un planteamiento unificador; a sus corazones, con la perspectiva de un mundo mejor; y a sus pies, con un contexto organizativo para la acción.

El ascenso de la sociedad civil durante el último cuarto de siglo ha preparado el camino para una configuración opositora más completa y ha puesto de manifiesto que esta es necesaria. Ha llegado el momento de entender los numerosos problemas a los que debemos hacer frente como manifestaciones de una crisis unitaria y concebir, por lo tanto, las múltiples luchas como tareas separadas en el marco de un proyecto común. Más adelante consideraremos, en este mismo ensayo, los contornos de un movimiento a favor de Tierralandia y cómo alimentarlo. Pero primero será necesario demostrar que «planetizar nuestro movimiento» ya no es un sueño imposible, sino un proyecto histórico oportuno.[10]

◇◇◇◇◇◇◇

SEGUNDA PARTE
ITINERARIO: UN TRÁNSITO SEGURO

Tierralandia, con orígenes que se sitúan en el siglo XX, avanza hacia su concreción en el siglo XXI. Estamos a punto de dar el salto, zarandeados por amenazadoras ráfagas laterales, animados por soplos de esperanza. Abundan los pronósticos funestos, el miedo al futuro se está globalizando junto con todo lo demás. Pero el futuro no es simplemente un lugar hacia el cual nos dirigimos, sea temible o no. Es un mundo que estamos creando; para mal, si la desesperación desempodera a los ángeles que llevamos dentro, o para bien, si los viajeros despertamos y todos a una cogemos el timón.

El peligro de seguir la corriente

¿Hay algún camino que conduzca a una civilización próspera en el marco de los Mundos Convencionales? Los creadores de opinión y quienes toman las decisiones suponen implícitamente que es así cuando proponen correctivos de pequeño calibre. Sean conscientes de ello o no, lo están apostando todo, en nombre de la prudencia, a la carta de que las megacrisis no acaben desbordando las respuestas graduales de los mercados y las políticas. Confiar en la adaptación institucional y la continuidad estructural puede ser una buena jugada

a corto plazo, pero en un marco temporal de varios decenios se convierte en una apuesta cada vez más arriesgada.

Con el camino a largo plazo sembrado de obstáculos y puntos críticos, la confianza de las Fuerzas del Mercado en su máxima liberalización resulta ser un credo especialmente quijotesco y, por lo tanto, profundamente irresponsable. Es cierto que el potente motor del capitalismo, con sus imperativos de acumulación e innovación, ha abierto amplias perspectivas para el progreso y la libertad humanos (y ha establecido, de hecho, los fundamentos históricos para una Gran Transición). Pero las tendencias de este sistema a la explotación de las personas, la concentración de la riqueza y la devastación de la naturaleza son el motor de la crisis contemporánea y recetar más de lo mismo solo aumentaría la sangría del paciente. En la medida en que socavaría la resiliencia socioecológica, este escenario desautorizaría, irónicamente, las premisas tan preciadas del planteamiento que propone «seguir actuando como de costumbre»: crecimiento económico perpetuo y continuidad institucional. Lejos de ser un camino hacia una utopía de mercado, esta carrera incontrolada se acabaría convirtiendo más plausiblemente en un atajo hacia la Barbarización.

Reconociendo estos riesgos, legiones de reformadores abogan por el restablecimiento de la autoridad gubernamental con el fin de domeñar al capitalismo corporativo y encauzarlo hacia la sostenibilidad. Durante un cuarto de siglo, los políticos y los analistas, acicateados por el activismo de la sociedad civil, han generado una auténtica biblioteca de propuestas para dar un toque de atención al sistema por medio de incentivos, impuestos y regulaciones. El enfoque de la Reforma Política alcanzó un crescendo retórico en la Cumbre de la Tierra de 1992, para desvanecerse luego bajo el torrente de la

globalización posterior. La Agenda de Desarrollo post 2015 de las Naciones Unidas adoptada recientemente vuelve a situar la reforma en el centro del discurso internacional, a pesar de que sus modestos compromisos en el ámbito de la aplicación de medidas y la adopción del marco de referencia de una «economía verde» que supone seguir actuando casi como de costumbre, pueden volver a cortar las alas a sus nobles aspiraciones.

Aunque los partidarios de la reforma le han dedicado sus mejores esfuerzos, el deterioro sistémico ha desbordado los progresos fragmentarios logrados con vistas a una reorientación del paradigma convencional. Es una realidad decepcionante pero que no debería ser motivo de asombro ni de desánimo, pues se trata de los inicios del fermento contrahegemónico. Las campañas reformadoras son más necesarias que nunca para aliviar el sufrimiento humano, frenar el ritmo de destrucción y ampliar la conciencia de la situación. Pero sus resultados limitados refuerzan el temor de que la reforma solo puede tener un recorrido limitado frente a los poderosos vendavales de un sistema disfuncional.

Un enfoque basado en la Reforma Política para poner en pie Tierralandia sería técnicamente factible si se aplicara rápidamente y a fondo. Los estudios indican que existen recursos tecnológicos y políticos ingentes –y a diario se anuncian nuevas innovaciones– que permitirían erradicar la pobreza, colmar las brechas en los ingresos y evitar una catástrofe medioambiental.[11] En principio, al menos, una movilización para impulsar una reforma política completa podría desviar la curva de la historia y orientarla hacia un futuro justo y sostenible. La buena noticia es que esto es técnicamente factible; la mala, que es políticamente inviable. Alterar de manera radical las

prácticas de producción y de consumo dentro de un marco convencional sería equivalente a intentar subir por una escalera mecánica de bajada. En vez de acompañar el esfuerzo, la maquinaria –la motivación del beneficio, el poder corporativo, los valores consumistas, la política estatal centralizada– empuja en la dirección contraria.

El impulso de acumulación y expansión está inscrito en el ADN del capitalismo, es a la vez la genialidad del sistema y su talón de Aquiles. Acicateados por la competencia, los empresarios, en su búsqueda de beneficios, intentan encontrar nuevos mercados, modernizan los procesos de producción, diseñan nuevas mercancías, y amplían sus ventas mediante la seducción del diseño y la astucia publicitaria. El sector financiero amplifica la maquinaria del crecimiento. Los gobiernos se afanan para mantener la vitalidad de la esfera comercial y, cuando golpea una crisis, rescatan a aquellas empresas que son demasiado grandes para dejar que se hundan. En el lado de la demanda, el capitalismo de consumo cultiva el culto al dios Mamón y la avidez de «objetos». En la rueda del hedonismo, lubricada mediante la creación de necesidades y deseos a través de una sofisticada mercadotecnia, las posesiones se convierten en la medida de la identidad individual y del estatus social.

Una ascensión paso a paso contra esta tracción de signo contrario requeriría un liderazgo tenaz y una cooperación internacional sin precedentes. ¿De dónde saldría la necesaria voluntad política? Esta no se ve por ningún lado, como no es de extrañar en una cultura política que ha adoptado el crecimiento económico como barómetro del progreso social, que asocia la buena vida al consumo material y donde el principio sacrosanto de la soberanía del estado-nación impide una cooperación más amplia. Un relato coherente de un escenario de

Reforma Política debe explicar el ascenso de un liderazgo político con el valor y la fortaleza suficientes para contrarrestar toda esta resistencia. Si afloraran fuerzas sociales procedentes del *establishment* y de la base popular y estas llegaran a converger, se podrían crear concebiblemente los fundamentos políticos para un Nuevo Trato Global. El siguiente boceto «retrospectivo» intenta imaginar cómo podría evolucionar la historia hacia un escenario de Reforma Política.

Reforma Política: una crónica retrospectiva

Shanghái, 2084

Hace un siglo, se formó una tormenta perfecta que acabaría modificando el sistema mundial de manera irreversible. Un vendaval de globalización económica, innovación tecnológica y cambios medioambientales marcó el inicio de una nueva fase histórica. Las grandes empresas y bancos multinacionales tejieron largas cadenas de producción y financiación, a la vez que nuevos ricos arribistas engrosaban el lado de la demanda de la ecuación económica. Mientras la guerra fría iba quedando atrás, el mantra del Consenso de Washington –liberalización del comercio, desregulación, modernización– comenzó a resonar en los cenáculos del poder.

Este interludio entusiástico en las postrimerías del siglo XX, con sus frágiles acuerdos y su falsa ideología, no podía durar. La crisis creciendo de manera exponencial que acompañó la llegada del nuevo milenio (inaugurando el período histórico que ahora se designa como el de la Crisis Progresiva) hizo bajar de las nubes a todo el mundo excepto los más arrebatados por la euforia del libre mercado. Aun así, la globalización impulsada por las grandes corporaciones siguió avanzando hacia la colisión con la dura realidad de una biosfera finita y un mundo polarizado. La negación pública y el interés privado reforzaron la enorme inercia intrínseca del sistema convencional, retrasando durante largo tiempo una movilización amplia para encarar los riesgos socioecológicos.

Mientras la violencia, las guerras y las privaciones convulsionaban el mundo, comenzaron a levantarse voces a favor del cambio en dos ámbitos principales. Desde arriba, algunas elites informadas, reconociendo la amenaza existencial que se cernía sobre el propio sistema de mercado, abogaban por poner coto al capitalismo por su propio bien. Desde abajo, campañas de la sociedad civil y movimientos populares empezaron a organizar grupos de ciudadanos y ciudadanas decepcionados ante la ineptitud del gobierno y dispuestos a actuar. Mientras las masas clamaban por un cambio de fondo, los reformistas del *establishment* intentaban buscar una «tercera vía», temerosos de una revuelta revolucionaria. El Nuevo Trato Global que los agrupó incluía un cambio institucional integral y una acción política encaminada a promover una mayor equidad económica y fortalecer la resiliencia ecológica en sus múltiples dimensiones.

El discurso reformista, con antecedentes en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano celebrada en Estocolmo en 1972, se mantuvo a lo largo de las décadas de reuniones internacionales que la siguieron. Elocuentes declaraciones formulaban nobles aspiraciones, pero la acción no estaba a la altura de la retórica: unos organismos internacionales débiles no estaban en condiciones de poder frenar a los defensores del *statu quo*. El equilibrio de fuerzas empezó a modificarse, no obstante, con adopción de la Agenda de Desarrollo post 2015 de las Naciones Unidas. Su elemento

central era un conjunto de objetivos de desarrollo sostenible (ODS), que incluía una amplia gama de indicadores y metas medioambientales y sociales. Al principio, los ODS parecían estar destinados a convertirse en otra resolución inútil, sin el compromiso político y los recursos financieros necesarios para traducir las buenas intenciones en realidades sobre el terreno. No obstante, ante cada nuevo embate de la Crisis Progresiva, se reactivaron los reformadores y surgieron nuevos dirigentes. Y lo más importante, se activaron movimientos populares que exigían el cumplimiento de las promesas de 2015.

Este despertar cultural y político –designado a menudo como el «movimiento ciudadano global» (MCG)– desempeñó un papel crucial. Este movimiento, surgido del activismo de la sociedad civil, canalizó la creciente impaciencia de la población con unos dirigentes carentes de la voluntad o la capacidad de actuar con energía. Redes de ONG, activistas locales y movimientos populares se extendieron y consolidaron a lo largo de la década de 2020, haciendo uso creativo de Internet como foro de debate y espacio de coordinación, y como un terreno común desde el cual promover el sentimiento de pertenencia a una comunidad global. Un coro creciente de voces, impulsado por una oleada de descontento colectivo y esperanza renovada, exigía que se actuara ya. El MCG floreció con la proliferación de nodos ubicuos adaptados a las condiciones locales y centrados en problemas específicos, pero también atentos a las preocupaciones y oportunidades planetarias. Había florecido una Primavera Global.

En el contexto de este fermento popular se fue consolidando la coalición reformista, que agrupaba a gobiernos, corporaciones y ONG progresistas. La vieja guardia integrada por intereses particulares y políticos reaccionarios opuso una feroz resistencia. Mientras ese grupo variopinto tachaba a los reformistas de socialistas planetarios, la extrema izquierda los denostaba acusándolos de ser lacayos de las grandes empresas, pero a pesar de todo la facción centrista fue ganando peso. A medida que se intensificaba la crisis, su lema –«modernización o barbarie»– dejó de sonar como una hipérbole alarmista y empezó a aparecer como una disyuntiva clara. El MCG se adhirió a él, contribuyendo así al rápido ascenso de dirigentes y partidos políticos progresistas.

El cambio de fondo promovido por la reforma alteró las culturas políticas casi en todas partes. La ONU se reorganizó y se modernizó para poder actuar como potente autoridad coordinadora del siglo XXI. Los países ricos redujeron sus huellas ecológicas y ayudaron a los países pobres a dar el salto hacia formas sostenibles de desarrollo. Se procedió a realizar un atento seguimiento de los progresos conseguidos y a una adecuación periódica de los objetivos a los cambios de tendencia y los nuevos conocimientos científicos. Poco a poco, Tierralandia se fue convirtiendo en una democracia social global… a un ritmo demasiado lento para los inquietos activistas del Movimiento ciudadano global. Pero esto ya es otro tema…

Si, en contraste con el escenario de una reforma exitosa descrito en el recuadro, las contradicciones dentro de la corriente dominante resultaran insuperables en un contexto de amenazas desestabilizadoras, las instituciones establecidas perderían legitimidad y coherencia. En ese caso, en ausencia de movimientos sociales fuertes capaces de contrarrestar ese efecto, las condiciones favorecerían un vuelco histórico hacia la Barbarización. Es un rasgo desazonador de nuestro tiempo, aunque difícilmente sorprendente, que muchos observadores consideren que el escenario real basado en «seguir actuando como de costumbre» se está apartando del territorio conocido de los Mundos Convencionales para aproximarse a un panorama distópico. De hecho, se requiere apenas una ligera desviación matemática y una dosis limitada de imaginación para extrapolar sin temor a equivocarse un descenso hacia un futuro lastimoso a partir de las tendencias actuales.

Los relatos sobre la Barbarización comienzan –como debe hacerlo la descripción de cualquier escenario– en el aquí y ahora: un mundo plagado de crisis y de discordia. Las alarmas suenan cada vez con mayor frecuencia y urgencia pero, aun así, las fuerzas correctoras –los programas gubernamentales, el activismo de la sociedad civil, los movimientos populares– siguen siendo débiles y la inestabilidad se propaga. En las versiones del relato de este deterioro en el marco de un Mundo-Fortaleza, una poderosa alianza global interviene para imponer el orden frente a la amenaza del caos. Una revolución desde arriba establece una autoridad global autócrata que perdurará durante muchos años. Aun así, con el tiempo, una sublevación general de los excluidos podría llevar a retomar el proyecto largamente aplazado de la Gran Transición. Al menos esa parece ser la esperanza de nuestra

corresponsal en la siguiente crónica, que nos envía desde un Mundo-Fortaleza.

El Mundo Fortaleza: una mirada atrás y hacia el futuro

Zona Franca, 2084

En los inicios de la Fase Planetaria, unas elites sonámbulas fueron incapaces de hacer frente a las perturbaciones tectónicas incipientes. Justo es reconocer que sus mejores miembros dieron la voz de alarma y trabajaron incansablemente para enmendar la situación, pero solo consiguieron arrancar débiles paliativos a un sistema reaccionario. Esta tendencia a favor de la Reforma Política alcanzó su cénit con la amalgama de laudables aspiraciones plasmada en la llamada Agenda de Desarrollo post 2015 de las Naciones Unidas, pero este acuerdo no contempló las fuerzas profundas que impulsaban la inestabilidad y la inequidad socioecológicas. Predeciblemente, el compromiso político y financiero a favor de los «objetivos de desarrollo sostenible» pronto empezó a menguar y las tendencias peligrosas continuaron su curso. La retórica altisonante de 2015 se convirtió en la elegía a la era de la sostenibilidad ya perdida.

La Crisis Progresiva, que a mediados de la década de 2020 ya avanzaba a todo gas, erosionó la estabilidad social y propagó un ánimo corrosivo cargado de suspicacias y desesperación que pasó a ser el signo de los tiempos. A medida que el caos iba en aumento, solo los neoliberales acérrimos y los economistas ancianos continuaron aferrados a los desacreditados sueños de una utopía capitalista. Los progresistas seguían proponiendo y protestando, pero cada vez con menor convicción. Surgió durante un breve tiempo un movimiento a favor de una Gran Transición y luego se disolvió, debilitado por la incoherencia ideológica y la fragmentación estratégica. El vacío de liderazgo se convirtió en caldo de cultivo del nihilismo, el «supervivencialismo» y la paranoia.

La economía global crecía lentamente, pero solo se beneficiaba de ello el 1% de la población. Una clase acaudalada supranacional se agrupó formando un bloque, cohesionado por intereses comunes y concepciones del mundo compartidas. Las desdichas, la alienación y la indignación de las masas excluidas iban en aumento. La ayuda internacional, que nunca había sido suficiente, se volvió misérrima con el cambio de prioridades que anteponía la seguridad y la gestión de la crisis a todo lo demás. Tentadas por las imágenes de opulencia y oportunidades en los enclaves ricos, millares de millones de personas desesperadas intentaban acceder a ellos por cualquier medio. Algunas encontraban acogida y una ciudadanía de segunda clase; la mayoría eran recibidas con altos muros y virulenta xenofobia.

Mientras tanto, las sacudidas provocadas por las disfunciones sistémicas –desastres climáticos, conflictos sectarios, terrorismo horripilante, pandemias despiadadas, escasez de alimentos y todo el resto– eran cada vez más frecuentes y severas. El caos era una bendición para las mafias criminales, las redes terroristas y los funcionarios corruptos que obtenían un exiguo lucro a expensas del cuerpo político. La anarquía inflamó

hostilidades étnicas, religiosas y nacionalistas hasta alcanzar un nadir con el intercambio de ataques nucleares en Asia del Sur. El colapso del orden civil amenazaba con arrastrar hasta a los grupos privilegiados en su caída.

La hemorragia del sistema mundial suscitó la enérgica intervención de la llamada alianza *NEO*, por sus siglas en inglés, que se erigió como nueva autoridad mundial provisional y actuó con precisión militar para imponer su autoproclamado *Nuevo Orden Planetario*. Este movimiento había nacido como un foro internacional sobre la problemática global, donde los amos del universo –dirigentes de grandes empresas, políticos poderosos, líderes de opinión– se reunían para deliberar y crear redes. Inicialmente inocuo, este espacio de debate experimentó una rápida metamorfosis con la llegada de la crisis general para convertirse en un órgano de coordinación con vistas a la acción internacional. Algunos participantes eran filosóficamente reacios a dar el paso draconiano de imponer un control autoritario, pero a mediados de la década de 2030 se acabó imponiendo la facción TINA (*there is no alternative* – no hay alternativa). El golpe de estado a favor del Nuevo Orden Planetario topó con focos de oposición, pero la resistencia organizada se desmoronó, descalabrada por la declaración del estado de emergencia en todo el planeta y la supresión de los derechos civiles. Las autoridades unificaron las fuerzas armadas nacionales de los países voluntarios en una «brigada de paz» encargada de aplicar su cínico programa de Estabilidad, Seguridad y Sostenibilidad o de las «3S», por sus siglas en inglés. Sirviéndose de la ONU remodelada como plataforma de coordinación y cobertura legal, las fuerzas del Nuevo Orden Planetario arrasaron los puntos calientes, lanzando ataques esporádicos con un uso abrumador de la fuerza destinados a generar «desconcierto y pavor». La adopción de duras medidas policiales, con el apoyo de los grandes archivos de datos y sofisticados sistemas de vigilancia, sofocó los conflictos y silenció las protestas, a la vez que protegía los recursos naturales vitales al servicio de la nueva élite en el poder.

El Nuevo Orden Planetario (o *Apartheid global* para sus detractores) codificó las esferas separadas de los poseedores y los desposeídos mediante la asignación de marcos legales e institucionales asimétricos. Mientras los grupos acaudalados prosperaban en su archipiélago de islas protegidas –burbujas de privilegio en medio de un océano de miseria–, la mayoría vivía sumida en la pobreza y privada de las libertades básicas en el estado policial circundante. La era del Mundo-Fortaleza ha perdurado casi medio siglo, reprimiendo las oleadas de resistencia organizada que se han ido formando heroicamente en los intersticios del monstruo. Pero ahora que en las zonas liberadas y en todo este mundo convulso resuenan voces que gritan «¡Basta!», sus días pueden estar contados. En el horizonte, se vislumbra el despertar del ave fénix de la esperanza que comienza a extender sus alas.

¿Puede evitar un Mundo Convencional un futuro opresivo como el que describe sucintamente esta crónica? Más aún, ¿es posible alcanzar por esta vía una civilización próspera? La respuesta prudente es que las posibilidades de éxito son remotas y el fracaso puede ser potencialmente catastrófico. Afirmar lo contrario es ignorar, negar o edulcorar las contradicciones entre la dinámica del paradigma estándar y las exigencias de la Fase Planetaria. La acumulación de riqueza concentra el poder y la influencia, mientras que el consumismo, la polarización y el individualismo limitan la acción colectiva. El cortoplacismo focaliza la atención de los políticos en las siguientes elecciones, no en la generación siguiente; el beneficio prevalece por encima de las personas y del medio ambiente; y el nacionalismo subvierte la acción común.

En unos tiempos inmoderados, la moderación se vuelve imprudencia, locura bajo la máscara de la razón. La utopía de la ideología de las Fuerzas del Mercado que propugna «seguir actuando como de costumbre» es un caso flagrante de «*crackpot realism*» («realismo chiflado»), según la expresión de C. Wright Mills. Los reformadores sensatos al menos reconocen los riesgos, pero suscriben otra esperanza utópica de cosecha propia, a saber, que es posible llegar a reunir la voluntad política suficiente para contener de manera adecuada las tendencias peligrosas sin una transformación fundamental de los valores humanos y las instituciones sociales. Los esfuerzos a favor de la Reforma Política seguirán siendo, sin duda, una punta de lanza esencial a corto plazo, como parte de un embate estratégico en el marco de una Gran Transición, pero aisladamente conllevan el riesgo de desviar la atención y los recursos de la tarea a largo plazo

de una rectificación a fondo. Mientras tanto los mecanismos implacables de las Fuerzas del Mercado siguen funcionando.

Un escenario puede resultar problemático en dos sentidos: como *descripción*, cuando el análisis sugiere que es técnica o socialmente inviable, y como *prescripción*, cuando entra en conflicto con las aspiraciones humanas y se lo considera indeseable. Hasta el momento, nuestra crítica de los escenarios de Mundos Convencionales se ha centrado en el primer aspecto: su realismo y su viabilidad como descripciones del futuro. Sin embargo, mantengamos ahora en suspenso por un instante nuestra incredulidad y supongamos que un futuro convencional es factible. Aun así subsistiría la duda prescriptiva. ¿Conducirían esos caminos a una civilización deseable? O, por el contrario, ¿se acabaría pareciendo el mundo a un centro comercial bien diseñado donde el medio ambiente seguiría ofreciendo servicios esenciales y pocas personas pasarían hambre, pero que no sería un lugar donde la gente pudiera realizarse y florecer la naturaleza?

El rechazo de las visiones de Mundos Convencionales truncados supone añadir una dimensión normativa a la crítica instrumental del paradigma dominante. A los viajeros avispados e idealistas que avanzan hacia Tierralandia por el camino del centro se les plantea un doble interrogante espinoso: ¿Podemos llegar hasta allí? Y ¿es un lugar donde querríamos vivir? Buscan respuestas convincentes y tranquilizadoras, pero después de encontrar solo unos medios dudosos y unos fines lamentables, abandonan ese camino para buscar otro mejor.

Tríadas transformadoras

Una doble fuerza impulsa la Gran Transición: la presión de la necesidad y la atracción del deseo. La necesidad apremiante de impedir un futuro empobrecido anima nuestro instinto reformista, pero la reforma por si sola no es lo bastante potente ni inspiradora. La atracción de un futuro más próspero despierta al revolucionario que llevamos dentro, pero confiar únicamente en una visión puede ser solo una vana esperanza. Mejora y transformación son las dos caras de una única moneda estratégica que nos permitirá avanzar hacia una civilización planetaria viable y valiosa.

Las visualizaciones de Tierralandia cumplen una función de brújula social para orientar el trayecto en la dirección general adecuada, pero no son un mapa que nos indique el camino a seguir entre la maraña de peligros e incertezas que se extiende sobre la *terra incognita* que tenemos por delante. Los viajeros no tendrán más remedio que ir trazando el camino a medida que avancen y vayan descubriendo las características del terreno, ajustando el rumbo sin perder nunca de vista el premio. Se van a embarcar en un viaje de descubrimiento sin ninguna garantía de llegar a un mundo futuro deseable. Pero la promesa es real y la búsqueda misma, apasionante.

Los críticos no están convencidos. Los más escépticos denigran la empresa como un sueño utópico (o una peligrosa locura). Es posible que a estos aguafiestas les falte imaginación social, pero su pregunta implícita –¿es posible una Gran Transición? – merece una respuesta convincente. Al fin y al cabo, es una visión audaz e incluso las perspectivas más limitadas de los Mundos Convencionales ponen a prueba nuestra credulidad, aunque por motivos muy distintos. Para

que el escenario de la Gran Transición vaya ganando adeptos es preciso que su premisa central –que una toma de conciencia cultural y política puede llegar a crear una civilización planetaria floreciente– se perciba como algo cuando menos plausible. A partir de ahí, aunque seamos pesimistas con respecto a las *probabilidades*, podemos ser optimistas, como Lewis Mumford, en cuanto a las *posibilidades*.

El argumento a favor de la plausibilidad se basa en nuestra lectura del momento histórico. El giro hacia la Fase Planetaria implica una negación de lo que hay y una afirmación de lo que podría ser. Por un lado, la crisis en auge de la modernidad deslegitima el sistema actual; por el otro lado, unas condiciones embriónicas alimentan el germen de un sistema más civilizado. La erosión de la fe en los enfoques ortodoxos abre un espacio síquico y político para visualizar otras alternativas radicalmente distintas, pero el desencanto de por sí puede alimentar la demagogia y ser presagio de un retroceso social. La esperanza reside en las novedades positivas que hacen objetiva y subjetivamente posible una Gran Transición.

¿Cuáles son estas novedades? Para empezar, las bases materiales ahora existen: la capacidad productiva espectacular de la economía mundial podría garantizar un mundo equitativo dejando atrás la escasez. Igualmente significativo es el hecho de que una multitud de riesgos compartidos que reclamaban urgentemente una cooperación supranacional efectiva han incorporado a la agenda histórica la idea y la práctica de una gobernanza planetaria. La interdependencia en el terreno objetivo de la economía política fomenta una percepción, en el terreno subjetivo de la conciencia humana, de que las personas y el planeta constituyen una única comunidad. El entrelazamiento

de todos los destinos reclama un nuevo cosmopolitismo que acoja la unidad de un demos global y la diversidad de culturas y lugares, y que nos impulse a ir más allá de la solidaridad de la especie hacia una solidaridad con todas las demás criaturas y todas las formas planetarias de existencia.

Cada época genera una constelación de valores coherentes con sus modos de organización social. El *ethos* moderno surgió en su momento de consuno con unas exigencias incipientes pero ahora ya no sintoniza con las realidades del siglo XXI. El canon del progreso perpetuo, propio de la modernidad, encuentra poca acogida en una época de expectativas frustradas y aprehensión existencial. Un orden internacional basado en el modelo westfaliano de la soberanía inviolable del estado choca con la interdependencia global y con la idea misma de un Tierralandia. La desestabilización de la biosfera desenmascara la idolatría de los mercados, el mito del crecimiento económico perpetuo y el fetiche del consumismo. La desigualdad corrosiva y unas comunidades vaciadas de contenido debilitan el apoyo al capitalismo basado en una competencia despiadada.

La distancia entre las antiguas verdades y las nuevas realidades, ya grave, se irá ensanchando en el curso de la actual trayectoria histórica. Las políticas paliativas pueden suavizar las contradicciones y retocar el rumbo, pero no podrán garantizar un tránsito seguro a un destino decente. Para ello se requerirán cambios fundamentales tanto en la conciencia humana como en el modelo social: en el «ámbito normativo» interno y en el «ámbito institucional» externo. Como sugiere el siguiente gráfico, estos usos evolucionarán conjuntamente como parte de un cambio sistémico: los valores nacientes impulsarán el cambio

institucional; las nuevas instituciones insuflarán valores a la práctica social. Así, existe una vinculación dialéctica entre los esfuerzos para alimentar unos valores holísticos y las luchas a favor del cambio social, los dos arietes centrales de una estrategia integrada, y ambos se refuerzan mutuamente.

El Triple Itinerario de la Transición

Los tres valores de la Gran Transición incluidos en el ámbito normativo se aplican en los campos muy diversos del «ámbito

ontológico» (véase el gráfico). El bienestar se centra en la *persona individual*, la solidaridad, en la *especie humana* y el ecocentrismo, en la *biosfera*. Aunque se refieren a dimensiones distintas de la experiencia humana, todos estos valores comparten un tema común: el anhelo de plenitud. El deseo de unas vidas, unas sociedades y unos ecosistemas no facturados informa la perspectiva social y guía los esfuerzos para modelar el ámbito institucional. La realización personal humana, la equidad social y la sostenibilidad medioambiental, aspiraciones secundarias en los Mundos Convencionales, pasan a ser los pilares básicos de una buena sociedad. Estos desiderata normativos son el fundamento que ha de conducir a la creación de instituciones que aporten el tiempo y los recursos necesarios para llevar vidas satisfactorias, garantizar la justicia social y económica, promover el compromiso ciudadano y un gobierno democrático, y consolidar la resiliencia y la biodiversidad del medio natural.

El diseño económico, sobre todo, es transversalmente significativo, dado que media la relación que mantenemos con la naturaleza y entre nosotros. Las economías de la Gran Transición se concebirán como el medio inmediato para alcanzar los fines últimos de unas vidas estimulantes, unas sociedades armoniosas y un desarrollo cualitativo y no cuantitativo. En una era posmaterial, la innovación proseguirá; experimentará un auge, de hecho. Pero esas nuevas economías, comoquiera que se las llame, serán poscapitalistas, dado que el beneficio y la acumulación privada ya no serán el fin primordial. Es posible que en algunos lugares se apliquen controles gubernamentales; en otros, mecanismos descentralizados; y en los de más allá, sistemas de propiedad social y control en manos de los trabajadores y trabajadoras.

En la tercera parte de este ensayo, se examina la posible coexistencia de distintos enfoques económicos en Tierralandia después de la transición.

El triple itinerario hacia el cambio abarca una inmensa diversidad de esfuerzos en el ámbito cultural y político. Ya hay organizaciones y movimientos que están trabajando en labores de educación, inspiración y reforma en numerosos frentes. La preocupación por la calidad de vida se manifiesta en las luchas de las comunidades indígenas para conservar su modo de vida y también en las numerosas subculturas de las sociedades acomodadas que intentan abandonar el consumo capitalista frenético para desarrollar *sharing economies*, promover comunidades locales y cultivar el arte del buen vivir. El espíritu de solidaridad se manifiesta en luchas a favor de los derechos universales, la erradicación de la pobreza y una gobernanza democrática global. La sensibilidad ecológica anima innumerables esfuerzos encaminados a reestructurar los patrones de producción y de consumo con el fin de adecuarlos a los procesos naturales. Esta explosión de energías opositoras y de prácticas alternativas podría ser el preludio de un despertar sistémico positivo, pero de momento sigue siendo demasiado fragmentaria y reactiva. Un movimiento maduro en pro de una Gran Transición agruparía iniciativas y campañas muy diversas bajo el paraguas amplio de unos interrogantes comunes. ¿En qué consiste una buena vida? ¿Cómo organizaremos la sociedad? ¿Cómo debe ser nuestra relación con el mundo natural? Aprender a tejer una praxis planetaria sinérgica a partir de esos múltiples hilos constituye el reto más crítico en el camino hacia Tierralandia. Exploraremos posibles maneras de conseguirlo una vez hayamos establecido la viabilidad

técnica de una Gran Transición.

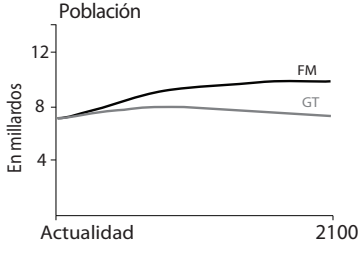
Trayectorias posibles

Si hay voluntad, siempre existe una manera –un sinfín de maneras– de sortear, desactivar y superar las tendencias de mal augurio. Incluso dentro de los límites ideológicos restrictivos de un escenario de reforma política, en principio sería posible aplicar recursos tecnológicos y políticos a gran escala para desviar gradualmente las tendencias peligrosas apartándolas del desastre. En una Gran Transición, la desviación de esas tendencias sería, no obstante, más amplia y más rápida dado que, por un lado, se desactivarían las fuentes que originan las presiones socioecológicas negativas y a la vez también se ampliaría el universo de opciones políticas. Para explorar el potencial técnico, supongamos por un momento que durante los próximos decenios llegaran a crearse unas condiciones culturales y políticas transformadoras, que una vasta oleada cívica ganara impulso en su empeño por imponer restricciones a las grandes empresas, controlar las estructuras de poder, propagar las empresas sociales y alumbrar una nueva generación de dirigentes comprometidos con el nuevo programa.

En ese contexto, unas instituciones y unas estructuras de incentivos reajustadas espolearían la innovación y la adopción de la tecnología verde, mientras que unas políticas redistributivas potentes reducirían rápidamente las desigualdades y la pobreza. Con ello, el escenario de la Gran Transición podría asemejarse superficialmente a un escenario de Reforma Política hormonado. Sin embargo, unos potentes cambios sociales –economías poscapitalistas, estilos de vida con un bajo impacto y trayectorias de modernización de los países pobres sin pasar por el

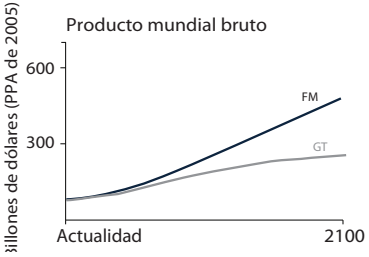
modelo industrial intensivo en recursos– incorporarían poderosas palancas transformadoras inexistentes en los escenarios convencionales. Como resultado, los patrones sociales y medioambientales se apartarían drásticamente de las curvas de tendencia y el sistema mundial iría virando hacia una Tierralandia con otra configuración. A título de ejemplo de las posibilidades que se abrirían, en los párrafos siguientes, basados en simulaciones por ordenador detalladas, se comparan las perspectivas de un escenario de Gran Transición (GT) y otro basado en las Fuerzas del Mercado (FM) en relación con algunos indicadores seleccionados.[12]

Las proyecciones prevén que la población mundial, que actualmente es de unos 7.500 millones de personas, se incrementará en unos tres mil millones en el curso del presente siglo, casi en su totalidad en los países más pobres.[13] En cambio, bajo las condiciones de la Gran Transición, el proto-Tierralandia experimentaría un cambio demográfico en el sentido de una reducción de las tasas de natalidad y mortalidad, parecido al registrado previamente en los países ricos durante su proceso de industrialización y modernización. El rápido progreso social en varios frentes –educación, salud, planificación familiar y oportunidades profesionales– liberaría y empoderaría a las mujeres, con la consiguiente transformación de las estructuras familiares y una reducción de las tasas de fecundidad. Bajo estas condiciones, la población mundial alcanzaría

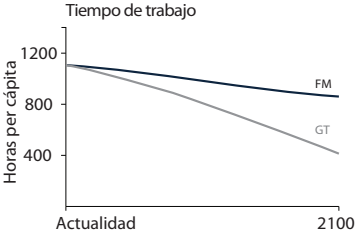


un máximo a mediados de siglo para descender luego gradualmente.

Y ¿cuál sería el panorama económico? La economía global de la Gran Transición sería de una escala considerablemente menor que la que predicen las proyecciones habituales. Un factor importante que explica esta diferencia es la eliminación de un enorme volumen de gastos no productivos: en armamento militar, publicidad y una multitud de otras actividades antieconómicas. Y lo más significativo es que las mejoras en la productividad (producto por hora trabajada), en vez de incrementar el producto económico agregado se dedicarían a reducir la cantidad de trabajo necesario, en un contexto de declive del consumismo y aumento de la demanda de tiempo libre.

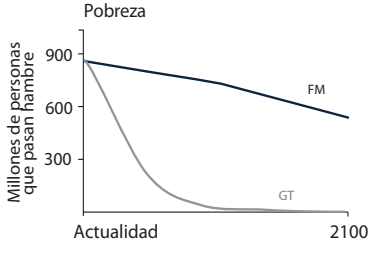


La seguridad económica creciente, junto con una distribución más equitativa de los ingresos y de la riqueza, crea el contexto adecuado para un cambio en las prioridades económicas. En un mundo de Gran Transición, a medida que los medios de vida pasan a ser seguros y suficientes, la gente empieza a preocuparse más por la calidad de vida en sus múltiples dimensiones: relaciones, comunidad, creatividad, esparcimiento y realización espiritual. La preferencia creciente por unas

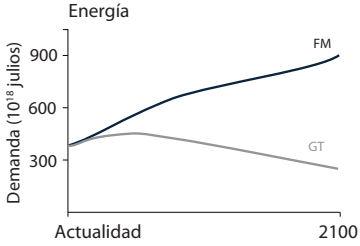


«vidas plenas, en vez de vidas opulentas» se refleja en una reducción de la jornada laboral (y de los años de actividad laboral) y el correspondiente aumento del tiempo de libre disposición. Lo cual, no obstante, no significa en absoluto que Tierralandia haya de ser un país de ascetas: su renta media, de unos 30.000 dólares per cápita a finales de este siglo sería comparable a la de Italia en la actualidad. Todas las personas disfrutarían de unos niveles de vida seguros y confortables y sobre esta base podrían intentar alcanzar otras satisfacciones no materialistas.

¿Cuáles serían los resultados en lo que respecta a la lucha contra la pobreza en uno y otro mundo? En un futuro basado en las Fuerzas del Mercado, la miseria humana sigue siendo un rasgo persistente. Aunque el crecimiento económico agregado reduciría la pobreza, el aumento de la población y de la desigualdad anularía una parte de esos logros, dejando a centenares de millones de personas atrapadas en unas condiciones de hambre crónica. En cambio, para una Gran Transición, que centra la atención en el bienestar humano y la seguridad económica, la eliminación de la pobreza es una prioridad estimulante. Una constelación de factores contribuiría a crear un mundo sin privaciones, incluida la estabilización de la población, distribuciones más equitativas de los ingresos, y una movilización de recursos para promover un desarrollo centrado en los sectores pobres. Para 2100, habrían desaparecido casi por completo las disparidades regionales y entre el Norte y el Sur.

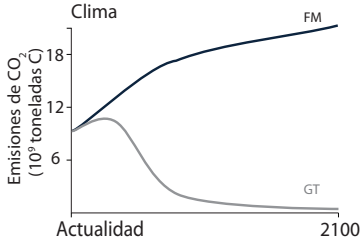


Y ¿cuál seria la situación con respecto a las necesidades de energía? En un escenario basado en las Fuerzas del Mercado, el aumento galopante de la demanda de energía se convierte en una fuente de inestabilidad, toda vez que agrava el cambio climático, abre las puertas al conflicto en torno a unas reservas decrecientes de combustibles fósiles e intensifica la vinculación entre la energía atómica y la proliferación de armamento nuclear. La Gran Transición requiere muchísima menos energía, con lo cual allana el camino para la implementación de soluciones medioambientales y geopolíticas. Esta reducción se explica en parte por las menores dimensiones de la economía mundial, la mayor importancia que se concede a los sectores de servicios menos intensivos en energía y una menor dependencia del automóvil y del comercio de larga distancia. La moderación de las necesidades energéticas también refleja un mayor aprovechamiento del potencial no explorado para un uso más eficiente, tanto en la calefacción y refrigeración de edificios, como en los aparatos domésticos, para el desarrollo de los procesos industriales o en la propulsión de vehículos.

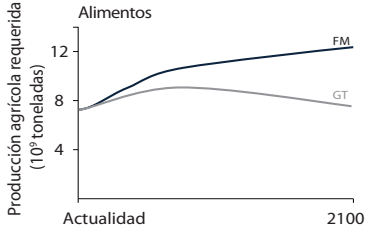


¿El escenario de la Gran Transición podría frenar el cambio climático? El escenario basado en las Fuerzas del Mercado registra un marcado incremento de la producción de energía nuclear y energías renovables, pero aun así el consumo de energía sigue incrementando sin tregua las emisiones de gases de efecto invernadero. En el escenario

de la Gran Transición, a mediados de siglo, la demanda mucho más reducida de energía se cubriría casi en su totalidad mediante la energía solar, eólica y de otras fuentes renovables. La combinación de políticas económicas contundentes (impuestos sobre las emisiones de carbono, por ejemplo), regulaciones (metas para el sector energético, por ejemplo) e I+D (uso del hidrógeno como combustible y almacenamiento de energía, por ejemplo) aceleraría la transición a las energías renovables. Como esfuerzos complementarios, la protección de la tierra, la reforestación y la agroecología retienen carbono en la biomasa y en el suelo, en vez de liberarlo a la atmósfera. Estas acciones reducirían las emisiones de manera espectacular, con lo cual podrían mantener el cambio climático dentro de unos límites manejables.

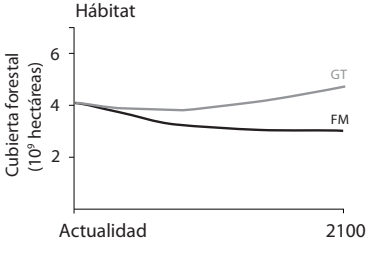


¿Se podrá superar el reto de alimentar a toda la población de Tierralandia? Los escenarios divergen tanto en el lado de la demanda como en el de la oferta de alimentos. En el escenario basado en las Fuerzas del Mercado, los cultivos necesarios aumentan a la par con el crecimiento de la población y de los ingresos, a medida que las sociedades tradicionales van adoptando dietas intensivas en carne (lo



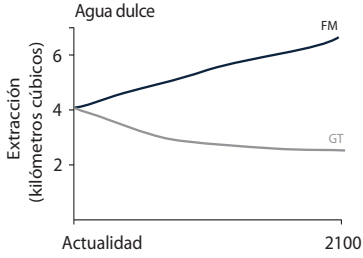
cual amplía los cultivos necesarios para alimentar a los animales). Estos factores están ausentes en un escenario de Gran Transición: la población se estabiliza y las personas con un buen nivel de ingresos –movidas por consideraciones medioambientales, de salud y éticas– adoptan dietas con un contenido mucho menor de carne. Como resultado, se reduce la presión para obtener un mayor rendimiento de las cosechas y ampliar la superficie cultivada. Por el lado de la producción, las prácticas dejan atrás el modelo de la agricultura industrial, con sus monocultivos y uso elevado de productos químicos, para adoptar la agricultura ecológica con sistemas complejos de cultivos múltiples, gestión integrada de plagas y otros enfoques orgánicos y orientados hacia la conservación del medio.

Continuando con las comparaciones, ¿qué suerte correrían los hábitats naturales en cada escenario? En un escenario basado en las Fuerzas del Mercado, persisten las presiones que han impulsado el terrible deterioro de los hábitats naturales y los ecosistemas, y la consiguiente pérdida de biodiversidad. La expansión de las zonas urbanas, de la tala de bosques y de las prácticas agrícolas, sin tener en cuenta su impacto medioambiental, transforma y degrada las tierras vírgenes. En cambio, en un escenario de Gran Transición, donde la protección de la naturaleza es un principio ético y económico fundamental, las ciudades se concentran dejando terreno libre para la naturaleza, y la protección



de los hábitats, que las comunidades contiguas apoyan con fervor, queda integrada en la planificación. A medida que la labor de recuperación de la naturaleza y reintroducción de especies inspira a una nueva generación de activistas y científicos medioambientales, se va frenando el proceso desbocado de pérdida de especies, hasta que finalmente se interrumpe.

El último de los indicadores que consideraremos en este ejercicio comparativo pero, desde luego, no por ello menos importante es el del agua dulce. Actualmente, unos dos mil millones de personas viven en zonas con escasez de agua, donde la capacidad hidrológica de las cuencas fluviales sufre la presión combinada del aumento de la demanda humana y de las necesidades del ecosistema acuático. Si se mantienen los supuestos convencionales, esa cifra aumentará rápidamente a medida que el aumento de la población y el crecimiento económico incrementen la extracción de agua dulce. Además, el cambio climático introduce un elemento incontrolado que exacerba los períodos de sequía y la escasez de agua en muchas zonas. Una Gran Transición reduciría marcadamente las presiones que impulsan la crisis. Poblaciones menos numerosas, un consumo de agua altamente eficiente y la reutilización masiva reducirían la extracción y por consiguiente también el número de personas residentes en zonas con escasez de agua. Aun así, la sostenibilidad hídrica seguiría siendo un problema apremiante y



persistente.

¿Cuáles son las implicaciones de estos dos patrones contrapuestos en un plano más general? El gráfico siguiente nos ofrece una perspectiva a vista de pájaro.[14] La imagen de la izquierda resume la situación actual en relación con las metas medioambientales y sociales clave. Las metas medioambientales se concretan en forma de «límites planetarios», que definen el espacio operativo seguro para la Tierra; las metas sociales reflejan indicadores y objetivos ya adoptados ampliamente. (El círculo negro indica la «zona segura» dentro de cuyos márgenes se cumplen las metas.) El mundo actual se enfrenta a una situación de alerta roja con cinco de las diez metas dentro de la zona de peligro (las secciones sombreadas en rojo). El cuadro inferior de la derecha indica que, a lo largo de este siglo, un escenario basado en las Fuerzas del Mercado conduciría al sistema global a adentrarse profundamente en la zona roja en relación con muchas dimensiones medioambientales y sociales, con una proliferación en cadena de las perturbaciones en el espacio y en el tiempo.

Por el contrario, la trayectoria de una Gran Transición reorientaría el itinerario futuro hacia la zona segura de una Tierralandia resiliente y equitativa. El mensaje del análisis cuantitativo es muy sólido: la «gran pregunta» no es si los resultados cuadran bajo los supuestos culturales y políticos de una Gran Transición, sino si será posible conseguir que se cumplan esos supuestos. Para abordar esta cuestión tendremos que abandonar la zona de confort del análisis técnico y adentrarnos en el difícil terreno del cambio cultural y la acción colectiva.

El despertar

Una ciudadanía sin fronteras

¿Los habitantes de Tierralandia llegaremos a despertar un día convertidos en ciudadanos de una comunidad planetaria? La esperanza reside en las raíces cosmopolitas primarias que se abren paso entre los cimientos resquebrajados de la Era Moderna. La característica fundamental de la Fase Planetaria –riesgos compartidos y un destino común– exige con urgencia respuestas colectivas que trasciendan los acuerdos políticos fragmentarios y las visiones sociales truncadas. La mayor interdependencia alienta modos de asociación y corrientes de pensamiento en sintonía con la configuración superordinada de Tierralandia (a la vez que alimenta las patologías sociales de la Barbarización).

Como aspecto más destacable para la política de la transición, una red de conectividad cada vez más densa promueve la idea de una ciudadanía global.[15] Esta expansión del tejido institucional de las estructuras sociales y del tejido emocional de la identidad amplía un proceso que viene de antiguo. Eones de evolución social han ido enlazando grupos cada vez más amplios y más complejos, albergándolos en ensamblajes jerárquicos. La estratificación de las familias, los clanes, las tribus, las aldeas, las ciudades y las naciones sitúa a cada individuo en el centro de una serie de círculos concéntricos de comunidad, que comportan compromisos que tendrá que equilibrar y tensiones entre unos y otros que deberá negociar.

A medida que avanzaba la confluencia, las nuevas solidaridades fueron forjando sentimientos de lealtad tan potentes que los individuos

Límites y metas en dos escenarios
Metas sociales
Desigualdad
Agua
Bio-diversidad
Tierra
H
P
N
Océanos
Clima
Hambre
Límites planetarios
Gran Transición
Fuerzas del Mercado
Actualidad
2100

llegaron a estar dispuestos a sacrificar hasta su vida por el bienestar del grupo. La veneración de ídolos, símbolos y dirigentes instiló la fuerza mítica del «nosotros» colectivo en la sique de las nuevas generaciones. Al otro lado de las murallas vivían los «otros», a menudo demonizados, que no merecían el mismo desvelo moral. Estos temas contrapuestos –solidaridad grupal y antagonismo entre grupos– han iluminado y ensombrecido la historia humana desde tiempos inmemoriales. A la vez que la creciente complejidad social alentaba la ampliación de la comunidad de simpatía, el particularismo tenazmente arraigado frenaba el impulso cosmopolita y a veces lo invertía. Con el tiempo, las sociedades dominantes fueron ampliando su dominio mediante la asimilación o la aniquilación de sus contemporáneas más débiles. Sobre las tumbas de los grupos oprimidos y subordinados se abrieron oportunidades históricas para la construcción de nuevas formas sociales e identidades morales. Los filósofos han soñado desde tiempos remotos con la llegada de un momento en que el círculo de la comunidad envolvería a toda la familia humana. Esta visión universal ha cautivado la imaginación social desde el siglo V AEC, cuando Sócrates proclamó: «No soy un ateniense, ni un griego, soy un ciudadano del mundo.» Dos siglos después, los estoicos desarrollaron un marco ético centrado en la noción de una *cosmópolis*, una entidad política en armonía con la razón y el universo.

A partir de esta fuente antigua, la idea del cosmopolitismo se fue transformando y evolucionando a lo largo de los milenios al calor de los visionarios que meditaban sobre su significado y los reformadores que intentaban hacer realidad su promesa. La noble aspiración se resistía a morir aun cuando, ante la triste saga de las disputas de la

especie humana, la idea de «un solo mundo» pareciera una quimera. Pero las críticas de los filósofos escépticos y los ideólogos contrarios no frenaron la búsqueda de una civilización mundial, que volvió a ocupar un lugar destacado en el humanismo y el universalismo de la Ilustración. Tras un período de reposo en el siglo XIX, a mediados del XX se reanudó la búsqueda profética como respuesta valiente y desesperada a la vez ante el sentimiento de agotamiento cultural de una época conmocionada por la guerra mundial y bajo la amenaza de un holocausto nuclear.[16]

A partir de entonces, el sentimiento cosmopolita se ha desarrollado en una esfera ideal separada de la esfera material de la historia real. La cosmópolis sobrevolaba, suspendida en un éter enrarecido, el terreno dividido sobre el cual se tendría que construir. Ahora, la Fase Planetaria sitúa el sueño quijotesco en el plano práctico y enraíza la ética de la solidaridad humana en la lógica de las circunstancias contemporáneas, con la condición de que las sirenas de alarma y el carillón de las promesas despierten al ciudadano global de su modorra. Si la conectividad globaliza el mundo externo, la empatía también podría globalizar el corazón humano.

¿Qué significa, por lo tanto, ser un ciudadano global? La condición de ciudadanía, incluso en su forma familiar de ciudadanía estatal, rebasa cualquier definición precisa. En el sentido más general, un ciudadano o una ciudadana es un miembro de una comunidad política que le otorga unos derechos, a la vez que le exige el cumplimiento de determinadas responsabilidades y obligaciones. Más allá de la relación jurídica con una *polis*, un ciudadano o ciudadana en sentido pleno establece una relación emocional de fidelidad y apego a la comunidad

más amplia. Sin embargo, el sentido concreto de la ciudadanía se ha constituido históricamente y ha evolucionado a la par con la transformación de los sistemas sociales.

Las múltiples capas de la ciudadanía moderna se formaron en tres oleadas sucesivas de reconocimiento de derechos en el ámbito económico, político y social (al menos para quienes tenían reconocida la condición de ciudadanos).[17] En el siglo XVIII, la *ciudadanía civil* otorgó el acceso a oportunidades económicas, libertades individuales y al derecho de propiedad. En el siglo XIX, la *ciudadanía política* desplegó la democracia y otorgó el derecho a voto. En el siglo XX, la *ciudadanía social* introdujo unos niveles mínimos de bienestar. Cada concesión estuvo precedida de la correspondiente oleada de movilizaciones sociales contra un privilegio tradicional. Así, la ciudadanía civil codificó el triunfo de las clases empresariales sobre los intereses feudales, la ciudadanía política anuló los derechos divinos de los monarcas y el despotismo de las elites poderosas, y la ciudadanía social fue una conquista de la unión de la clase trabajadora en su larga lucha contra el capitalismo liberal. Ciertamente, las mujeres y los subgrupos excluidos tardaron décadas en lograr el acceso a esos derechos, una lucha todavía inconclusa en muchos países.

Ahora, la nueva Fase Planetaria agita esas antiguas categorías de la ciudadanía y comienza a levantar una cuarta oleada: la de la *ciudadanía global*. Igual que sucede con la ciudadanía estatal, este concepto más amplio tiene dimensiones afectivas e institucionales. Las personas se convierten en «ciudadanas del mundo» en el sentido emocional cuando consideran que toda la familia humana les concierne y, más allá de esta, también la ecosfera que nos sustenta. Este

sentimiento de identidad sin fronteras anima a un grupo creciente de «ciudadanas y ciudadanos peregrinos" que, como los primeros exploradores, han zarpado rumbo a una comunidad global imaginada.[18]

El acceso a una conciencia planetizada es un paso trascendental en la maduración de la cultura humana. A medida que vaya impregnando la mentalidad del siglo XXI, podrá avanzar la tarea práctica de construir el andamiaje institucional y los mecanismos funcionales de una democracia planetaria. Con este objeto, la tercera parte de este ensayo –«El destino»– visualiza la arquitectura del sistema político de Tierralandia que seguirá a la Gran Transición, una configuración superordinada inspirada en los precedentes que ya se están multiplicando en el marco del orden actual a través de los procesos multilaterales de decisión y las redes de la sociedad civil. Sin embargo, este gobierno global ya no se limitará a equilibrar la competencia de intereses entre los estados ni se inclinará ante los intereses del poder corporativo, sino que deberá responder ante todo el cuerpo político.

Las perspectivas de un *demos* global pueden parecer remotas, descabelladas incluso, cuando las contemplamos desde la atalaya del presente antagónico, Aun así, rechazar de entrada esta posibilidad supondría un fracaso de la imaginación histórica, comparable al gesto de un escéptico del siglo XVIII que hubiera descartado como un sueño imposible que pudieran llegar a existir unas naciones soberanas. Durante eones, había habido estados y naciones –territorios políticos y grupos culturales– pero no estados-nación que compatibilizaran ambos aspectos. No obstante, el nacionalismo acabó prevaleciendo y forjó los estados modernos a partir de las identidades escindidas de

la ciudad-estado, el feudo y la tribu. En apenas unos siglos, redibujó el mapa de 200.000 territorios para convertirlo en uno de 200 países. Los escépticos del pasado han quedado relegados al olvido mientras cada «comunidad imaginada» celebra la clarividencia, el idealismo y el heroísmo de sus patriotas fundadores, y las fronteras nacionales inicialmente arbitrarias se consideran inviolables.[19]

Ahora, la Fase Planetaria está sacudiendo a su vez el orden del estado-nación mientras lo recubre con un caparazón cada vez más grueso de gobernanza global. No obstante, para los incrédulos, el globalismo en ascenso del siglo XXI resulta tan disparatado como pudo parecer –al menos para la gente estrecha de miras– el nacionalismo naciente en el siglo XVIII, antes de que la historia hiciera inevitable lo imposible. Es cierto que en la formación de los estados modernos intervinieron factores externos –la competencia económica, rivales belicosos, las conquistas coloniales–, mientras que Tierralandia carece de fronteras y, por lo tanto, no hay ningún «otro» frente a la puerta que pueda fomentar la unidad y la cohesión (salvo en el caso de una invasión extraterrestre).

Aun así, las poderosas fuerzas cohesionadoras de los riesgos compartidos y un destino común actúan en contra de la desunión y convierten el planeta en la demarcación natural para el desarrollo de los asuntos humanos. En realidad, la Tierra íntegra ofrece una base para una comunidad planetaria imaginada mejor cimentada en las realidad sociales y ecológicas que las fronteras arbitrarias de las comunidades nacionales nacientes. Del mismo modo que la ciudadanía nacional disolvió en su momento las barreras en el interior de los estados, la ciudadanía global podría reducir las divisiones entre estos

y salvar así la escisión entre las estructuras obsoletas del siglo XX y las crudas realidades del siglo XXI.

Dimensiones de la acción colectiva

Los vínculos que entrelazan la población actual, el planeta y las generaciones siguientes inscriben el impulso metropolitano en el ADN de nuestra época. Pero esta tendencia se difuminará, o solo persistirá en enclaves culturales aislados, si no se suma a ella un movimiento social popular. Como demuestran tristemente las amargas derrotas del pasado, el descontento se puede disipar y el anhelo se puede desvanecer, dejando que se propague la demagogia alimentada por las ascuas del miedo (basta recordar los fracasos de las fuerzas progresistas en el intento de sofocar el fascismo).

Y, sin embargo, la historia está jalonada de episodios de movilización social. La gente oprimida, amante de la patria e idealista se ha movilizado, en momentos de victoria y de derrota, con objetivos tan variados como las condiciones históricas que los engendraron. Algunos movimientos han defendido causas étnicas, religiosas, nacionales e ideológicas restringidas. Otros han intentado ampliar el alcance de los derechos, la justicia, la paz y el cuidado del medio ambiente, y en esta tradición progresista vamos a centrar la atención en busca de modelos eficaces de acción colectiva globalizada.

Evidentemente, las lecciones que podernos extraer de la experiencia de los movimientos del pasado solo pueden ser parcialmente significativas en la actualidad. Todos los movimientos son criaturas de su tiempo y lugar, y un movimiento ciudadano global, un hecho sin precedentes en la misma medida en que lo es la Fase Planetaria

que lo alumbra, no puede ser una excepción. Aun así, merece la pena interrogarnos sobre otros movimientos precedentes: ¿Qué condiciones políticas les allanaron el camino? ¿Qué estrategias espolearon la participación masiva? ¿Qué atributos atrajeron y retuvieron a sus seguidores? Tres factores relevantes aparecen asociados respectivamente a cada una de estas preguntas: la *vulnerabilidad del sistema*, la *capacidad organizativa* y la *solidaridad cultural*.[20]

Una sociedad estable mantendrá el apoyo de sus ciudadanos mientras estos consideren competente y justo el gobierno de los poderes establecidos. El sistema se vuelve vulnerable cuando es percibido ampliamente como inepto o injusto, o ambas cosas a la vez. Si las estructuras dominantes no consiguen sofocar el descontento o dar respuesta a las exigencias de cambio, la sociedad se desplaza hacia la antesala de una crisis sistémica. Con el tiempo, si las condiciones se deterioran y la legitimidad del orden establecido se sigue erosionando, la insatisfacción individual se puede llegar a articular en forma de una protesta general y los actos aislados de rebeldía pueden fundirse en una resistencia masiva.

No obstante, la vulnerabilidad del sistema es solo una precondición que prepara el camino para el desarrollo de un movimiento social consecuente, pero no lo garantiza. Para que este llegue a hacerse realidad se requiere la creación de organizaciones de seguidores que concentren y amplíen la energía opositora. Estas organizaciones son la manifestación formal y la correa de transmisión del movimiento, pero no constituyen el movimiento mismo. Su función es canalizar la indignación ambiente, las protestas espontáneas y las reivindicaciones y aspiraciones para hacerlas confluir en una acción contundente.

Vinculan las aspiraciones sublimes a las tareas prosaicas de desarrollar competencias directivas, obtener recursos financieros, actuar con perspicacia estratégica y generar un repertorio de tácticas adecuadas para difundir el mensaje y ganar batallas.

Un descontento generalizado puede ser su razón de ser y la capacidad organizativa, su instrumento, pero para cohesionar un movimiento de masas en forma de una comunidad humana se requiere la solidaridad cultural. Más que un campo impersonal de actuación política, un movimiento duradero ofrece una alternativa atractiva frente a la cultura dominante. Constituye una comunidad con ideas afines en cuyo seno las personas que en ella participan pueden reconfigurar sus identidades y establecer lazos de simpatía, y en la cual pueden depositar su lealtad. La cultura contrahegemónica renueva la unidad emotiva por medio de símbolos, mitos y rituales, a la vez que promueve un marco conceptual compartido en lo que respecta a la concepción del mundo y a la manera de cambiarlo.

Para llegar a perdurar y florecer, un movimiento incipiente debe superar la paradoja del «problema de la acción colectiva». Muchos simpatizantes no se animarán a participar si no creen que el movimiento puede cambiar las cosas; sin embargo, su éxito requiere un compromiso masivo. Para promover la visibilidad y credibilidad del movimiento y desarmar el escepticismo de potenciales seguidores es necesaria la firme determinación de un núcleo de personas comprometidas. Si las condiciones son favorables y el compromiso, tenaz, un movimiento en expansión podrá alcanzar el umbral crítico para el despegue. A partir de ese punto de inflexión, la minoría entregada irá creciendo progresivamente hasta llegar a ser multitud.

Imagina a todo el mundo

¿Podría llegar a configurarse un «movimiento ciudadano global» a favor de una Gran Transición con la rapidez, la amplitud y la coherencia necesarias? La carrera para conquistar el alma de Tierralandia ya se ha iniciado. Abundan los presagios inquietantes, pero una conciencia en expansión y un compromiso cada vez más amplio apunta hacia la posible gestación de un movimiento sistémico. En ese caso, lo que tenemos que preguntarnos es cómo podemos contribuir a que vea la luz y a insuflarle vida. Los factores generadores –vulnerabilidad del sistema, capacidad organizativa y solidaridad cultural– que han intervenido para desencadenar otros movimientos en el pasado tendrán que confluir en la dinámica adecuada para que en los próximos años pueda llegar a constituirse el imprescindible movimiento ciudadano global.

Casi con toda seguridad, irá en aumento la vulnerabilidad del sistema global establecido, que ya es percibido ampliamente como ineficaz e ilegítimo. El orden interestatal carece de una autoridad política coordinada que le permita resolver las crisis y obtener la confianza de la población. El capitalismo corporativo global se ha desbocado, con su predisposición a expoliar la naturaleza y generar desigualdad, en vez de promover la seguridad y la satisfacción vitales. El sistema mundial, incompetente y organizado en beneficio de una minoría, incuba un descontento que aflora a la superficie en infinidad de manifestaciones mientras por debajo genera desasosiego en la sique moderna.

La vulnerabilidad palpable del sistema contrasta con el subdesarrollo de otros factores críticos –organizaciones movilizadoras

fuertes y una comunidad opositora cohesionada– que son esenciales para cimentar un movimiento ciudadano global dinámico. El reto es nada menos que sentar las bases para una acción colectiva que atraviese las grandes distancias culturales y espaciales que deberá sortear un movimiento global.[21] Si bien la Fase Planetaria está intensificando la atracción gravitatoria hacia la unidad e Internet reduce la distancia psíquica, aun así subsisten barreras lingüísticas y tradicionales, y la suspicacia y el resentimiento persisten.

El movimiento ciudadano global incipiente se asentará, no obstante, sobre una base bien establecida de principios sociales y éticos universales, desarrollados en acuerdos internacionales, tales como la Declaración Universal de los Derechos Humanos y la Carta de la Tierra, y aplicados por una amplia diversidad de movimientos populares. Podrá adquirir legitimidad y atraer seguidores si articula una perspectiva rigurosa e inspiradora de una civilización planetaria. Podrá crear una comunidad magnética de personas cuya actividad integre esos objetivos visionarios. Así, a semejanza de Tierralandia que espera alcanzar, un movimiento ciudadano global promoverá una cultura de no violencia, tolerancia, respeto y democracia, firmemente leal a los valores de calidad de vida, solidaridad humana y resiliencia ecológica que están en el centro de la Gran Transición.

Construir y mantener la solidaridad normativa dentro de un movimiento con una diversidad tan grande será la mayor barrera para alcanzar el éxito. Un movimiento ciudadano global se enfrentará con el enorme obstáculo de tener que promover la unidad en una época de fuertes políticas identitarias, cisma cultural y escepticismo con respecto al liderazgo. Para poder asumir la tarea de transformación global, el movimiento tendrá que encontrar la manera de conjugar la

necesidad de coherencia y el deseo de pluralismo. No podrá eliminar el conflicto ideológico, los antagonismos regionales y las batallas organizativas por la delimitación de zonas de influencia. De hecho, esta misma diversidad será una fuente de vitalidad que enriquecerá el movimiento, pero para aglutinarlo en torno a un fin común se requerirá una visión global y una cultura interna que sepa concebir la diversidad de perspectivas e iniciativas como diferentes expresiones de un proyecto común. Tanto la unidad como la diversidad son esenciales y complementarias.

Los movimientos complejos suscitan manifestaciones organizativas caleidoscópicas y el movimiento ciudadano global no será una excepción. Más que constituir una única entidad, una multitud de elementos casi autónomos presionarán en todos los frentes (medio ambiente, justicia, paz, bienestar humano e igualdad) y actuarán en todas las escalas (local, nacional, regional, y global). Por lo tanto, un movimiento ciudadano global viable, como Tierralandia que quiere alcanzar, tendrá que ser tan global como sea necesario y tan local como le sea posible, una ecología policéntrica de asociaciones formales e informales bajo el paraguas de una identidad y un propósito compartidos. Podemos imaginarlo como un estimulante experimento colectivo sobre las posibles formas de actuar conjuntamente con vistas a alcanzar una civilización planetaria.

Un movimiento de este tipo no será únicamente producto de la labor de conspiradores que actúen desde arriba, ni tampoco crecerá espontáneamente desde abajo alimentado por el «bendito malestar».[22] Para sortear los escollos bipolares de la rigidez (la némesis del vanguardismo) y el desorden (la maldición del anarquismo) se requerirán estrategias organizativas proactivas a la altura de la gran

complejidad de la tarea. Pero los tiempos claman y la necesidad organizar campañas a gran escala con la finalidad explícita de catalizar un movimiento ciudadano global ya hace tiempo que exige respuesta.

No es posible diseñar un modelo, pero podemos imaginar las líneas generales de una campaña en marcha. Según un posible relato, esta se aglutinaría en forma de una red de redes, que atraería a nuevos seguidores a través de sus nódulos locales, nacionales y globales. Toda la diversidad de problemáticas quedarían vinculadas dentro de un marco estratégico e intelectual integrado. Se experimentarían con agrado diferentes formas organizativas y el recurso a las tecnologías de la comunicación para integrar los esfuerzos de diferentes regiones, a distintas escalas y en relación con problemáticas diversas. Se intentarían salvar las divisiones culturales, de clase y entre los distintos lugares, respetando la diversidad y el pluralismo en el marco de unos principios y objetivos comunes. La estructura y el programa irían evolucionando para adaptarlos a las circunstancias internas y externas cambiantes.

Todo esto exigirá cultivar y practicar una «política de confianza» que tolere las diferencias en lo inmediato con el fin de sustentar el fundamento último de la unidad. Como todos los movimientos a favor de un cambio social, un movimiento ciudadano global deberá abrirse al exterior y a la vez oponer resistencia, ampliando la participación y forjando alianzas, por un lado, mientras por el otro, identifica y desafía a las fuerzas establecidas. Poner el acento en la confianza no significa ignorar las realidades del poder y los intereses, o excluir la posibilidad de conflictos, que sin duda surgirán en el camino hacia Tierralandia. El hincapié en la confianza indica, más bien, que la inclusión y la conciliación del pluralismo, la unidad y la

visión de futuro son retos fundamentales que habrá que superar para que pueda nacer y desarrollarse un auténtico movimiento.

La nueva práctica planetaria tendrá muchas dimensiones vitales, incluida la promoción del conocimiento sistémico, la exigencia de políticas contundentes, la creación de nichos locales que prefiguren la transición más generalizada y la articulación de visiones globales atractivas y viables. Todos estos esfuerzos son necesarios pero no suficientes. Todas las personas preocupadas por la calidad del futuro están llamadas ahora a participar en la tarea adicional de construir el movimiento global. Es una empresa extraordinaria, pero también lo son los tiempos que vivimos: en momentos sociales de transformación como el nuestro, los esfuerzos de una minoría activa pueden suscitar una reacción en cadena en el campo cultural y transformar el potencial latente en acción colectiva. El proyecto prioritario ahora es entretejer los agravios y acciones dispares para crear un movimiento de y para Tierralandia, la búsqueda colectiva de una civilización digna de tal nombre.

◇◇◇◇◇◇◇

TERCERA PARTE
EL DESTINO: ESCENAS DE UN FUTURO CIVILIZADO

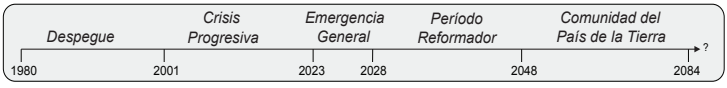
Mandela City, 2084

Detengámonos en el centenario del año de la pesadilla de George Orwell para recordar de dónde venimos y reflexionar sobre el punto al que hemos llegado en la larga travesía de la Gran Transición. Este breve tratado examina el estado de la civilización planetaria actual, presenta un esbozo de su compleja estructura, su dinamismo social y su promesa inacabada, y, sí, también celebra hasta donde hemos llegado. Tal vez a algunos lectores o lectoras el retrato les parezca demasiado embellecido, pero este autor, veterano orgulloso de la batalla por la conquista del siglo XXI, no se excusará por ello. No puede alegar imparcialidad, pero tampoco se hace ilusiones: vivimos en Tierralandia –no en Jauja–, donde personas reales se enfrentan con problemas reales. Aun así, ¿quién puede negar que el mundo de hoy constituye una refutación viva de las premoniciones apocalípticas que antaño ensombrecían las ensoñaciones sobre el futuro?

Cien años que estremecieron el mundo

Nuestra instantánea de 2084 solo puede captar un fotograma de la película de la historia del siglo XXI. Una historia que ya era el tema de un sinfín de textos que escarban en las raíces y exploran el significado de la Gran Transición, y que nuevos descubrimientos, interpretaciones y controversias engrosan a diario. En vez de añadir más espuma a esta oleada creciente, una historia condensada será suficiente para situar el mundo contemporáneo en el contexto de la transición en curso. La teoría de las «cinco etapas», formulada en la crónica seminal *Cien años que estremecieron el mundo*, nos ofrece un marco de referencia útil.

Etapas principales de la Gran Transición



Despegue de la Fase Planetaria (1980–2001). En esta etapa comenzó a cristalizar un sistema socioecológico global unitario, que marcó el inicio de una nueva época. Este fenómeno holístico tuvo múltiples expresiones, entre las que cabe citar la globalización económica, la alteración de la biosfera, la conectividad digital, la sociedad civil transnacional y el terrorismo global. La formación de una configuración interdependiente se aceleró tras el desmoronamiento, en 1989, del orden bipolar instaurado por la guerra fría con la progresiva hegemonía del capitalismo global, lubricado por las políticas de desregulación, liberalización del comercio, privatización y reducción de los servicios públicos, basadas en el «Consenso de Washington». Como respuesta, estallaron protestas masivas contra los encuentros intergubernamentales

que, sin embargo, solo consiguieron frenar, pero no hacer retroceder, la oleada arrasadora de la globalización encabezada por las grandes corporaciones. Paralelamente, la expansión de las actividades transfronterizas en el sector comercial y del ocio espoleó el consumismo entre los sectores acomodados, los anhelos de los desposeídos y la frustración de los jóvenes indignados ante las expectativas incumplidas. Una cacofonía disonante –estallido de las burbujas puntocomes, derrumbamiento de torres, amenazas de guerra, desprendimiento de glaciares– acompañaba el avance del nuevo milenio, haciendo trizas los sueños de alcanzar la utopía de los mercados.

La Crisis Progresiva (2001–2023). El turbocapitalismo sin trabas desembocó en un incesante redoble de tambores de guerra, violencia, desplazamientos, pandemias, recesión y alteraciones del medio ambiente. El martilleo de malas noticias, recibidas primero como sucesos aislados, se acabó percibiendo finalmente, en cambio, como un conjunto de hechos profundamente vinculados: manifestaciones distintas de una crisis estructural integral. Las críticas pasaron a ser, consecuentemente, más sistémicas y radicales, se propagó la angustia individual y la resistencia colectiva fue cogiendo fuerza. En 2021, mientras arreciaba la crisis, el Movimiento Ciudadano Global (MCG) convocó su Congreso Intercontinental y allí adoptó la histórica Declaración de Interdependencia, el elocuente manifiesto donde quedó plasmado el creciente consenso sobre el «carácter del desafío histórico», los «principios de unidad» y las «perspectivas para Tierralandia».* El mensaje del MCG se

* Aunqe ya habían aparecido referencias al «Tierralandia» muchos años antes, fue la primera vez que se empleó el término en un documento tan destacado.

hizo viral y se difundió a través de una extensa trama de nodos asociados, que fue propagando círculos de compromiso en todo el planeta. El Movimiento se convirtió en un experimento vivo de creación de una comunidad planetaria, a medida que cada sacudida de la Crisis Progresiva activaba nuevas adhesiones y ampliaba su influencia. En 2023, en todas partes había «círculos» del movimiento dedicados a impulsar estrategias locales vinculadas a la transformación más general. La rebelión popular se produjo demasiado tarde para poder invertir la caída en picado del sistema global, pero sin su aparición el futuro habría sido sin duda mucho más sombrío.

Emergencia General (2023–2028). La crisis polifacética continuó avanzando y ganando fuerza hasta desembocar en una potente reacción en cadena con sus réplicas y amplificaciones en cascada. Cada causa era un efecto y cada efecto, una causa, con la hidra de mil cabezas del impacto del cambio climático en el centro del ciclón del malestar sistémico. Quien más sufrió fue la gente pobre, aunque nadie consiguió resguardarse por completo de la vorágine disruptiva. Fue un período trágico desde todos los puntos de vista, pero podría haber sido aún peor si el mundo no se hubiera movilizado como reacción. El MCG, cada vez más fuerte, desempeñó un papel crucial impeliendo a unos gobiernos ofuscados e indecisos a actuar para impulsar los detallados objetivos de sostenibilidad y climáticos, adoptados por las Naciones Unidas en 2015, que languidecían olvidados. Esta movilización a favor de la reforma política apaciguó el caos y frenó al Nuevo Orden Planetario, una alianza de las elites que se disponía a instaurar una Autoridad Mundial de Emergencia. Irónicamente, la amenaza autoritaria del Nuevo Orden Planetario suscitó una respuesta pública

masiva que dio un nuevo impulso al MCG y a las políticas a favor de una reforma profunda. El mundo se alejó del borde del abismo y los promotores del Nuevo Orden Planetario tuvieron tiempo sobrado de cavilar sobre sus errores de cálculo mientras cumplían sus largos años de condena.

El Período Reformador (2028–2048). Cuando se restableció la calma, el viejo orden comenzó a afianzarse de nuevo, pero la generación de dirigentes que habían alcanzado la mayoría de edad en pleno fragor de la crisis había aprendido bien la lección de los errores cometidos en el pasado y era conscientes de la necesidad de una enérgica tutela gubernamental para evitar que se repitiera la historia. La ONU adoptó el Nuevo Trato Global, apoteosis de una gobernanza internacional bien informada, que incluía un sólido conjunto de políticas, instituciones y medios financieros encargados de hacer realidad los ambiciosos objetivos del antiguo programa de sostenibilidad. El núcleo central del Nuevo Trato Global era la promoción de unas «economías resilientes» que encauzaran el funcionamiento de los mercados y los obligaran a adecuarse a unas normas sociales más compasivas y a respetar unos límites medioambientales bien definidos. Contra la vehemente oposición de su ala radical impaciente, el MCG respaldó con su considerable peso político este «afeitado» del capitalismo liberal, con el convencimiento de que una «democracia social planetaria» era una estación de tránsito necesaria en el camino de la Gran Transición. Sin embargo, en la década de 2040, la «alianza por necesidad» a favor de la reforma política se volvió insostenible ante el resurgimiento de las fuerzas retrógradas, engrosadas mediante campañas revanchistas generosamente financiadas, y el recrudecimiento de las antiguas

patologías del capitalismo agresivo, la cultura consumista y el nacionalismo xenófobo. La gente progresista se preguntaba ansiosamente por doquier: ¿bastará con una reforma? La respuesta resonó de un continente a otro: «¡Tierralandia, ya!» El MCG estaba preparado, canalizó el descontento mediante una estrategia eficaz y adquirió una influencia política decisiva en un lista cada vez más larga de países y organismos internacionales. El órgano deliberativo interno del Movimiento, la Asamblea Parlamentaria de Tierralandia, se reconvirtió para constituirse en el órgano central de un gobierno democrática global.

La Comunidad de Tierralandia (2048–present). La etapa actual de la Gran Transición se inició cuando la Asamblea Parlamentaria de Tierralandia aprobó por consenso la Constitución Mundial de 2048 (véase una descripción más detallada más adelante) e instauró la Comunidad de Tierralandia. Hubo estallidos de resistencia entre los intereses sectoriales y bases nativistas, pero la gente corriente respondió con una movilización masiva en defensa de la Comunidad. Tras una década tumultuosa, las nuevas estructuras institucionales comenzaron a estabilizarse y a enfilar el camino hacia una *civitas humana*. El cambio de rumbo revolucionario para avanzar hacia una civilización planetaria ya estaba en marcha.

Lo que cuenta

En todo momento, las expresiones políticas y culturales tangibles de la Gran Transición estuvieron enraizadas en una transición paralela que iba avanzando en el terreno intangible de los corazones humanos. La gente volvía a plantearse las preguntas más fundamentales: ¿Cómo

viviremos? ¿Cómo deberíamos ser? ¿Qué es lo que cuenta? La búsqueda colectiva de nuevas respuestas aportó la brújula ética para atravesar la vorágine del cambio planetario.

Ahora, todo el edificio de la civilización contemporánea se levanta sobre los cimientos de unos valores humanos convincentes. El espíritu que prevaleció durante la etapa previa a la transición –consumismo, individualismo y antropocentrismo– ha dado paso a otra triada: calidad de vida, solidaridad humana y ecocentrismo. Estos valores nacen de un sentimiento, y un anhelo, de integridad individual, como especie y como comunidad de todas las formas de vida. Evidentemente, nuestras diferentes regiones y culturas invisten estos valores con matices singulares de significado y les confieren un peso variable, pero estos siguen siendo la condición *sine qua non* casi en todas partes.

La mejora de la «calidad de vida» se ha acabado aceptando ampliamente como la única medida válida del desarrollo, en vez de la antigua obsesión con el PIB y la mera expansión de la cantidad de bienes y servicios. Esta convicción parece ahora tan obvia que corremos el riesgo de perder de vista su importancia histórica. Es preciso recordar que el problema de la escasez y la supervivencia –el «problema económico», como lo llamó Keynes– dominó la existencia durante eones. Luego, la cornucopia industrial abrió el camino, en principio al menos, hacia una civilización posescasez, pero el sueño quedó aplazado durante mucho tiempo mientras las divisiones de clase profundamente inscritas, lejos de conducir a una vida decente para todas las personas, se traducían en sobreconsumo para los sectores privilegiados y privaciones para los excluidos. Ahora, la sinergia de dos factores –una ética de «adecuación material» («con tener lo

suficiente basta») y una distribución equitativa de la riqueza («que todas las personas tengan lo suficiente»)– ha hecho posibles unos modos de vida más satisfactorios que el incesante trabajar-y-comprar, para las personas más afortunadas, y la desesperación, para la población económicamente marginada. Actualmente, la gente sigue siendo tan ambiciosa como antes, pero la principal medida del éxito y la fuente primordial de bienestar es la realización personal, y no la riqueza.

El segundo pilar del espíritu de la época contemporánea –la solidaridad humana– apuntala la fuerte vinculación que sentimos con la gente desconocida que habita en lugares distantes y con la descendencia que reside en el futuro distante. Este amplio compañerismo bebe en las fuentes de la empatía que brota en las profundidades de la sique humana, tal como ha quedado plasmada en la regla de oro que recorre como un hilo todas las grandes tradiciones religiosas y está inscrita en los ideales laicos de la democracia, la tolerancia, el respeto, la igualdad y los derechos. Esta solidaridad ampliada es el correlato en el plano de la conciencia de la interdependencia en el mundo externo. La Fase Planetaria, al entrelazar los destinos de todas las personas, ha extendido el espíritu de equipo a través del espacio y del tiempo hasta abarcar a toda la familia humana, ya nacida y aún nonata, y más allá.

El ecocentrismo, nuestro tercer valor definitorio, ratifica el lugar que ocupa la humanidad dentro del entramado de la vida y extiende la solidaridad a las demás criaturas con quienes compartimos el frágil caparazón del planeta. Nos desconcierta y nos horroriza la irresponsable indiferencia de anteriores generaciones con respecto a la integridad de la naturaleza y su tesoro de biodiversidad. Aprendimos duramente

la lección y una gran parte ya se ha perdido, pero la motivación predatoria del pasado –el dominio de la naturaleza– ha quedado relegada al basurero de la historia. Hemos dejado de ser rapaces y la humildad que conlleva haber comprendido que dependemos de su resiliencia y su abundancia, modera nuestra relación con la tierra. La gente siente actualmente un profundo respeto por el mundo natural, que para ella es fuente de infinita admiración, sustento y placer.

Un solo mundo

El sentimiento ampliado de arraigo ha alentado un espíritu globalista tan profundamente sentido como antaño lo fue el nacionalismo o tal vez incluso más. En fin de cuentas, los vuelos orbitales y las excursiones espaciales nos muestran un planeta íntegro, no unas fronteras estatales imaginarias. Los profetas sociales ya habían imaginado desde tiempos lejanos una única familia humana –«juntemos otra vez a los hermanos de las naciones en la alquimia del amor», reclamó Aristófanes–, pero el sueño de un solo mundo tuvo que esperar la aparición de su pareja nada sentimental: el mutuo interés personal. La Fase Planetaria despertó aspiraciones cosmopolitas y las enlazó con la exigencia de cooperación en un mundo de riesgos compartidos. El ideal subjetivo quedó enraizado así en las condiciones objetivas.

De este modo ha llegado a ser axiomático que el planeta es la unidad política natural para la gestión de los asuntos comunes: el sostenimiento de la biosfera y el mantenimiento de la paz, por supuesto, pero también el cultivo de una civilización planetaria orgánica en sus múltiples dimensiones. En efecto, la cultura y el *demos* mundiales

florecientes de la Tierra son la culminación de la transformación. Al menos así lo ven las generaciones ya canosas que vivieron la Gran Transición, aunque no sea del mismo parecer la juventud inquieta que da por sentada la existencia de la Comunidad y aspira a nuevas fronteras de transformación a través de la exploración espacial (y desde luego tampoco los partidos ecocomunales marginales que cultivan la retórica de la balcanización).

El cuarteto de principios que sustenta nuestra comunidad política global tiene sus raíces en las grandes luchas de nuestros antepasados por sus derechos y a favor de la paz, el desarrollo y el medio ambiente. La Constitución Mundial de 2048 desarrolla este legado indispensable, codificado en acuerdos históricos, como la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, la Agenda 21 adoptada en la Cumbre de la Tierra de 1992 y la Carta de la Tierra de 2000. Su preámbulo está fuertemente inspirado en la Declaración de Interdependencia del MCG de 2021, con su llamamiento a favor de una Tierra de derechos, libertad y dignidad para todas las personas en el marco de una comunidad mundial pujante y sostenible.

Estos principios unificadores no habrían pasado de ser poco más que un manojo de buenas intenciones si no se hubieran sustentado en el compromiso de los seres humanos vivos. En última instancia, lo que cohesiona y sostiene nuestra sociedad planetaria es el profundo sentimiento de solidaridad con todas las personas y con el mundo viviente más amplio. Los ciudadanos y ciudadanas globales de hoy han redimido en la práctica a los antiguos visionarios y soñadores que aspiraban a una nueva conciencia: «Pensemos en toda la tierra, golpeando con amor en la mesa» (Pablo Neruda).

Múltiples lugares

Este compromiso decidido con Un Solo Mundo tiene su contraparte en un compromiso equivalente con la Multiplicidad de Lugares. La celebración de la unidad y la diversidad a la vez anima nuestra «política de confianza» en su doble vertiente de tolerancia de las diferencias con el prójimo y cultivo de la solidaridad última. La transformación ha demostrado que la tensión entre el globalismo y el localismo, aun siendo muy real, no tiene por qué ser forzosamente antagónica. De hecho, ambos sentimientos están vinculados dialécticamente, como precondiciones mutuas de una cultura política estable y floreciente. Por un lado, la integridad de Un Solo Mundo depende de las aportaciones de innovación cultural, cohesión comunitaria y renovación democrática de unas regiones pujantes. Por el otro lado, la vitalidad de la Multiplicidad de Lugares depende de la presencia de una comunidad política global que garantice y enriquezca nuestra civilización y nuestro planeta comunes.

Un siglo atrás, era habitual hablar de un proyecto unitario de la «modernidad», en cuyo marco todas las naciones acabarían adoptando las instituciones, las normas y los valores de las sociedades industriales avanzadas. Tras el desmoronamiento de la Unión Soviética, algunos intelectuales llegaron a proclamar el «fin de la historia», como la fase final del proyecto de la modernidad. Aun siendo interesada y ahistórica, la teoría (y la ideología) según la cual todos los países acabarían convergiendo hacia la adopción del modelo dominante en parte era cierta. La lógica expansionista del capitalismo intentaba absorber a las periferias y transformarlas a su imagen y semejanza. Por lo menos, en la medida en que podía actuar sin trabas.

La crisis del sistema mundial acabó con ese determinismo histórico y lo desenmascaró como una cómoda manifestación arrogante de la ambición imperial en su período de hegemonía. En nuestro tiempo, la Comunidad está confirmando sobre el terreno la hipótesis contraria, largo tiempo sostenida por pensadores de signo contrario, en el sentido de que los caminos de la modernidad son múltiples. Actualmente, los ideales máximos de la modernidad –la igualdad, la tolerancia, la razón, el estado de derecho y la ciudadanía activa– son ubicuos pero encuentran una diversidad de expresiones en un panorama social variado.

El tejido de nuestra sociedad global es un tapiz asombroso confeccionado a partir de centenares de lugares distintos. Muchas de las regiones de Tierralandia se configuraron en torno a las fronteras nacionales existentes o a los centros metropolitanos, algunas siguieron el perímetro de las cuencas fluviales y otras «bioregiones», y unas pocas ya habían sido zonas semiautónomas dentro de los antiguos estados-nación.* Su tamaño es muy diverso y su carácter muy variado, desde pequeñas comunidades homogéneas hasta grandes territorios complejos, salpicados a su vez de subregiones semiautónomas.

La consolidación del mapa regional de Tierralandia a lo largo de varias décadas no se completó sin conflictos. Inevitablemente hubo tensiones sociales y disputas por el territorio, algunas basadas

* En el presente tratado se designan las demarcaciones subglobales como «regiones» conforme a la nomenclatura recomendada por el Foro Mundial para la Normalización. Aunque algunos tradicionalistas siguen hablando de «naciones», dicho término es una reminiscencia de una época pasada de guerras entre estados, colonialismo y nativismo, ya superada históricamente y que también se debería superar en el plano lingüístico.

en pertinaces controversias fronterizas heredadas del pasado y otras generadas por la mayor porosidad de las fronteras, cuando la ciudadanía global liberalizó el derecho al reasentamiento. Con la ayuda de la simple alquimia del paso del tiempo, que transforma a los desconocidos de ayer en los vecinos de hoy y el bálsamo de la mediación persuasiva de la Comunidad y los incentivos financieros, nuestra constelación de regiones ya se ha estabilizado en su mayor parte. Sin embargo, lamentablemente, los desacuerdos que persisten en un puñado de zonas conflictivas siguen siendo una dolorosa herida en nuestro cuerpo político y un reto que aún pervive para el Tribunal Mundial de Arbitraje.

¿Cuáles son las características de las regiones de Tierralandia? Aunque un examen exhaustivo rebasa el cometido de la presente monografía, será útil organizar el caleidoscopio de lugares distintos en forma de una taxonomía de formas sociales que sea operativa. Un viajero que recorra el mundo en la actualidad encontrará seguramente tres tipos de regiones, que designaremos aquí como *Agoria*, *Ecodemia* y *Arcadia*. Estos nombres inventados parten de raíces griegas para evocar el ideal clásico de una comunidad política –una ciudadanía activa, un objetivo común y unas relaciones sociales justas– que inspira a todas nuestras regiones.

En la antigua Atenas, el ágora cumplía la función de mercado y a la vez era el centro de la vida política; por consiguiente, el comercio y el consumo ocupan un lugar destacado en Agoria. El neologismo Ecodemia es un híbrido formado a partir de las raíces de economía y democracia; por consiguiente, la democracia económica es una cuestión prioritaria en estas regiones. La Arcadia era un lugar bucólico en la mitología griega; por consiguiente, en estas regiones se valoran

de manera muy especial la comunidad local y los estilos de vida simples.

Conviene destacar que el propósito de este trío de tipos regionales es ofrecer un panorama general de los distintos lugares de Tierralandia. Un examen más detallado revelaría los diferentes aspectos en los que las regiones reales difieren de estas idealizaciones. Asimismo, las regiones de mayor tamaño, lejos de ser homogéneas, a menudo contienen subregiones que se apartan del patrón dominante (un ejemplo notorio es la América del Norte agoriana que ocupa la comarca noroccidental de Arcadia). Y una última salvedad: nuestra ordenada tipología excluye algunas zonas volátiles que aún no han adoptado una identidad regional estable.

Aun así, los tres arquetipos reflejan algunas distinciones clave para comprender la estructura geográfica plural de Tierralandia. Agoria, con su estilo de vida y sus instituciones más convencionales, sería la que le resultaría más familiar a un visitante llegado del pasado (de hecho, algunos críticos radicales descalifican malévolamente a estas regiones designándolas como la "Suecia Suprema"). Ecodemia, con su ética colectiva y su economía política socializada, es la que presenta las diferencias más fundamentales con el capitalismo clásico. Arcadia pone el acento en las economías autosuficientes, las pequeñas empresas, la democracia directa, la frugalidad y el respeto a la tradición y a la naturaleza. De hecho, en los tres casos se trata de inventos sociales originales del siglo XXI, propios de nuestro tiempo singular.

El reaccionario Instituto de la Restauración discrepería sin duda. Su reciente diatriba, *La gran imposición*, alega que la Comunidad de Tierralandia carece de legitimidad histórica y afirma que nuestras regiones son meras perversiones de los tres grandes «ismos» políticos

del pasado: el capitalismo, el socialismo y el anarquismo. Como no es de extrañar, esta provocación simplista ha sido denostada en todos los medios de comunicación populares y fustigada por un pequeño batallón académico. Es una respuesta bien merecida, pero justo es reconocer que en la tesis del Instituto hay algo de cierto. En fin de cuentas, la importancia que se concede en Agoria al mercado le confiere efectivamente una cierta tonalidad capitalista. La insistencia de Ecodemia en la primacía de la propiedad social, evoca resonancias del socialismo clásico, y el entusiasmo de Arcadia por la belleza de lo pequeño transmite la esencia de la tradición humanista anarquista.

No obstante, estas asociaciones ideológicas ocultan más de lo que revelan. El compromiso de Agoria a favor de la sostenibilidad, la justicia y la solidaridad global es de un orden distinto al de las democracias sociales más destacadas del pasado («Suecia multiplicada por 10» para los agorianos entusiastas). El compromiso de Ecodemia a favor de la democracia, los derechos y el medio ambiente se parece muy poco a los experimentos socialistas autócratas del siglo XX. Las sociedades sumamente complejas de Arcadia no son las simples utopías pastorales de los antiguos soñadores anarquistas sino que participan activamente en los asuntos mundiales.

La diversidad regional es un reflejo de la libertad que reina en Tierralandia y es esencial para su vitalidad cultural. Pero si hacemos hincapié en la diferencia también debemos recordar como contrapartida las características comunes. Comparadas con las naciones de un siglo atrás, la cohesión social y el buen gobierno caracterizan a casi todas las regiones. Todas ofrecen a su ciudadanía un medio ambiente saludable, educación y atención de salud universales, y seguridad

material como la base para llevar una vida satisfactoria. Casi todas viven en paz y, lo más importante de todo, Un Solo Mundo vincula a la Multiplicidad de Lugares en una única civilización planetaria. Somos habitantes de nuestras regiones, vinculados a ese lugar, y también ciudadanos globales que estamos construyendo una comunidad global. Este apasionante experimento da vida a la esperanza profética de Sócrates: «Yo soy un ciudadano, no de Agoria, ni de Ecodemia o de Arcadia, sino del mundo».

Gobernanza: el principio del pluralismo restringido

Evidentemente, el ideal armonioso de Un Solo Mundo y una Multiplicidad de Lugares debe aterrizar inevitablemente en la realidad discordante de la política contenciosa. El mayor dilema para la Comunidad lo ha planteado la elaboración de modos de funcionamiento viables que permitan alcanzar un equilibrio entre los imperativos contrapuestos de la responsabilidad global y la autonomía regional. Durante los primeros decenios de la Fase Planetaria, el debate político sobre este tema se desarrolló, incluso en los círculos progresistas, siguiendo las antiguas dualidades, cosmopolitismo contra comunalismo, estatismo contra anarquismo, y de arriba abajo contra de abajo arriba. La solución para superar estas polaridades resultó ser notablemente sencilla aunque difícil de vislumbrar a través de las mistificaciones nacionalistas de la Guerra Fría, el Período de Hegemonía, la Crisis Progresiva y el Período Reformador.

La filosofía política de Tierralandia se basa en el *principio del pluralismo restringido*, que consta de tres subprincipios complementarios: *irreductibilidad*, *subsidiariedad* y *heterogeneidad*. La irreductibilidad

ratifica el planteamiento de Un Solo Mundo: el arbitraje sobre determinados asuntos corresponde necesaria y acertadamente al nivel global de gobierno. La subsidiariedad reafirma la centralidad de la Multiplicidad de Lugares: el campo de acción de la autoridad global irreductible queda fuertemente limitado y las decisiones se toman en el nivel más local que sea factible. La heterogeneidad garantiza a las regiones el derecho a promover formas de evolución social en consonancia con sus valores y tradiciones definidos democráticamente, con la obligación de cumplir con las responsabilidades establecidas a escala global como única restricción.

La Constitución Mundial consagra los principios del pluralismo, y pocas personas tienen objeciones contra ellos. Aun así, el consenso filosófico puede ocultar los demonios agazapados en los detalles. La aplicación de este marco de referencia en la esfera política ha sido un campo de enfrentamientos públicos (casi siempre pacíficos). La cuestión más controvertida –¿qué se debe considerar irreductiblemente global?– ha provocado un tira y afloja entre campos enfrentados que propugnan ya sea un estado mundial más cohesionado, ya sea una federación más descentralizada.

El debate sobre cuál sería el equilibrio adecuado entre Un Solo Mundo y la Multiplicidad de Lugares no remite y, de hecho, es posible que no llegue a resolverse jamás. Aun así, se ha alcanzado un amplio consenso sobre un conjunto mínimo de asuntos de legítimo interés universal que no es posible delegar en las regiones de manera eficaz. El siguiente cuadro resume estas «Esferas de Responsabilidad Global» irreductibles.

Esferas de responsabilidad global

Derechos	**Libertades civiles; participación política; educación, salud y bienestar material**
Biosfera	**Recursos comunes; clima; ecosistemas y biodiversidad; refugios y parques**
Seguridad	**Desarme; resolución de conflictos; planificación ante situaciones de emergencia; ayuda en caso de catástrofes; intervención humanitaria**
Economía	**Comercio y finanzas; comunicaciones y transporte; ayuda al desarrollo; protección de los consumidores**
Cultura	**Exploración espacial; conservación del patrimonio; sistema universitario mundial; propiedad intelectual**

El pluralismo restringido es la expresión política concreta del antiguo lema de la «unidad en la diversidad». El compromiso con la unidad implica que el gobierno planetario ha de imponer unas «condiciones limitativas» a la actividad de las regiones con objeto de garantizar la congruencia de los resultados agregados con los objetivos globales. El compromiso a favor de la diversidad impide que las autoridades centrales impongan cómo han de cumplirse estas condiciones y deja un amplio margen para que las regiones puedan adoptar una diversidad de enfoques compatibles con sus tradiciones culturales, sus preferencias en materia de valores y los recursos locales. A su vez, cada región comprende una jerarquía de entidades subregionales, desde las provincias hasta las aldeas, albergadas unas dentro de las otras como las muñecas rusas; el principio de pluralismo restringido se aplica en cada uno de estos niveles. De un extremo al otro, nuestro sistema político delega la toma de decisiones en el nivel más local posible y mantiene la autoridad en los niveles superiores en los casos necesarios.

En el ámbito del medio ambiente, la normativa de la Comunidad sobre las emisiones de gases de efecto invernadero ilustra cómo funciona en la práctica el principio del pluralismo restrictivo. Se establecen unos topes globales para el total de emisiones, que se distribuyen entre las regiones en proporción a su población; las políticas destinadas a garantizar el cumplimiento de estas obligaciones pueden poner el acento en mecanismos de mercado, regulaciones, la innovación tecnológica o cambios en el estilo de vida. El ámbito social también ofrece abundantes ejemplos. Así, el «derecho a un nivel de vida digno para todas las personas», inscrito en la Constitución Mundial, es universalmente aplicable y se concreta globalmente en un conjunto de objetivos mínimos, que luego se implementan a escala regional a través de estrategias tan diversas como el empleo garantizado, programas asistenciales y un ingreso mínimo garantizado. Finalmente, para citar un ejemplo subglobal, las autoridades de las cuencas fluviales establecen los estándares en materia de calidad del agua y los límites de extracción, y luego distribuyen estas obligaciones entre las comunidades ribereñas que, a su vez, determinan localmente las estrategias y políticas destinadas a garantizar su cumplimiento.

Todos los procesos de toma de decisiones reflejan los principios centrales de gobernanza de la Comunidad: democracia, participación y transparencia; cualquier político que tenga la tentación de infringir las normas puede esperar que una opinión pública vigilante le exija responsabilidades. Más allá de las instancias públicas, las redes de la sociedad civil se afanan por educar a la ciudadanía, influir sobre los responsables de la toma de decisiones y realizar un seguimiento de las prácticas empresariales y la actuación gubernamental, y en caso

necesario, organizan protestas. Y, evidentemente, el MCG no desapareció después de los días gloriosos de 2048 y sigue siendo una fuerza potente capaz de cuestionar el *statu quo* y de presionar a favor del cambio, para disgusto de sus numerosos detractores que ven su idealismo radical como un estorbo atávico.

La Asamblea Mundial ocupa la cúspide de la estructura política formal. Incluye representantes regionales y otros de carácter general elegidos por votación popular en elecciones de ámbito mundial. La representación general da voz a la política de «Un Solo Mundo» y estimula la formación de partidos mundiales como contrapeso frente al localismo regional. Una representación regional de peso garantiza que la «Multiplicidad de Lugares» no quede olvidada. Conjuntamente, constituyen una salvaguarda eficaz contra la tiranía, venga de arriba o de abajo.

En el ámbito de las regiones, la democracia adopta diversas formas, incluidos los sistemas representativos, característicos de Agoria, los nodos laborales que ocupan un lugar destacado en Ecodemia, y la participación directa en Arcadia. En el plano local, las asambleas municipales presenciales o virtuales son la norma. En última instancia, en Tierrlandia la vitalidad y la legitimidad proceden de la participación informada de la gente corriente, un objetivo que la tecnología de comunicación avanzada facilita enormemente al reducir la distancia síquica entre las diferentes instancias políticas y disolver las barreras lingüísticas. El principio de la física que es la base del ciberespacio moderno –el entrelazamiento cuántico– evoca el entrelazamiento político del *demos* global.

La economía

Las dimensiones de la economía mundial se han cuadriplicado desde los primeros años del presente siglo y la renta media se ha triplicado. Este aumento del pastel económico no debería ser motivo de celebración en sí mismo, dado que, si las demás condiciones no varían, una mayor producción tiene como correlato un mayor daño medioambiental. Lo que merece ser celebrado es que el reparto del pastel pasó a ser más equitativo al reducirse las diferencias en la distribución de la renta, tanto entre regiones como en el seno de las mismas. Todas las personas tienen derecho a un nivel de vida básico y la miseria absoluta ha quedado prácticamente erradicada, con unas poquísimas excepciones localizadas en enclaves disfuncionales en vías de desaparición.

El bienestar material del ciudadano o la ciudadana típicos es actualmente mucho mayor que el que tenían a principios de siglo, cuando Tierralandia era un protoestado fallido, habitado por una minoría obscenamente rica y miles de millones de personas empobrecidas. Es cierto que en algunos lugares, como la región norteamericana, la renta media es un poco inferior a la de entonces, pero esta comparación es engañosa por dos motivos importantes. En primer lugar, en aquel tiempo, la clase ya desaparecida de los superricos elevaba la renta media y, en segundo lugar, transacciones de mercado («valores de cambio») que no contribuían al bienestar humano («valor de uso»), tales como los gastos militares, en el saneamiento del medio ambiente y en seguridad personal, inflaban las cifras del PIB. Una vez deducido el efecto de estos factores, la renta real de una familia típica en realidad ha aumentado un poco.

Desde una perspectiva más general, las dimensiones del mercado (PIB) siempre han sido un indicador poco adecuado del bienestar de una sociedad, aunque esta desconexión no impidió que los políticos precomunitarios erigieran el crecimiento en el objeto principal y el fin último de las políticas públicas. En cambio, nuestras medidas integrales del desarrollo, como el Índice de Calidad del Desarrollo (ICD), ampliamente utilizado, sintetizan las múltiples dimensiones de la condición humana. Naturalmente, el nivel de vida económico sigue teniendo peso, pero también cuentan la calidad del medio ambiente, la cohesión de las comunidades, la participación democrática y los derechos humanos, la salud, y el grado de felicidad. Las medidas holísticas confirman cuantitativamente lo que la vida cotidiana ya nos indica intuitivamente: el desarrollo mundial nunca había alcanzado un nivel tan alto y sigue aumentando.

Una aproximación al plano regional ofrece un panorama más matizado de la diversidad de modos de funcionamiento económico. En Agoria, las empresas privadas siguen teniendo un papel destacado y el capital de inversión continúa estando en su mayor parte en manos privadas. Sin embargo, los estatutos de las sociedades anónimas se modificaron hace tiempo para incluir la finalidad social como uno de sus objetivos centrales y exigir una participación significativa en la toma de decisiones de todas las partes interesadas. Además, ahora operan dentro de un marco normativo detallado destinado a adecuar la actuación empresarial a los objetivos sociales, promover la tecnología ecológica e incitar a los hogares a moderar el consumismo. Con el respaldo de los valores populares, los gobiernos encauzan las economías de Agoria hacia la construcción de unas sociedades equitativas,

responsables y ecológicas. La democracia social radical funciona y funciona bien. (Para ser completamente transparente: el autor reside con gran satisfacción en un distrito agoriano.)

El sistema de «democracia económica» establecido en Ecodemia es proteico y se modifica y evoluciona en función de una diversidad de contextos culturales y políticos. La característica común es la expulsión de la figura del capitalista de los escenarios clave de la vida económica: la propiedad de las empresas y la inversión de capital. Las grandes empresas basadas en la propiedad privada y un personal asalariado han sido reemplazadas por empresas que son propiedad de los trabajadores y de las comunidades, con el complemento de organizaciones sin ánimo de lucro y pequeñas empresas fuertemente reguladas. Paralelamente, procesos socializados de inversión han reemplazado a los mercados de capital privado. Bancos de inversión regionales y comunitarios bajo control público determinan cómo se reciclarán el ahorro social y los fondos de capital generados a través de los impuestos, apoyándose en procesos de decisión que ofrecen amplias oportunidades para la participación de la sociedad civil. Estos bancos tienen el mandato de examinar las propuestas de los emprendedores en busca de capital y condicionar su aprobación a la demostración de la viabilidad financiera de los proyectos así como de su contribución a los objetivos sociales y medioambientales más amplios de la sociedad.

Las pequeñas empresas de propiedad privada constituyen la espina dorsal de las economías relativamente autónomas de Arcadia. Sin embargo, incluso en la tierra de «lo pequeño es hermoso», algunos monopolios naturales como los servicios públicos, los puertos y el

transporte colectivo son excepciones en las que «el tamaño es necesario». De espíritu centrado en lo local, Arcadia participa activamente en los asuntos mundiales y en la cultura cosmopolita. Algunas de sus regiones pueden enorgullecerse de contar con centros de innovación de categoría mundial en el ámbito de las tecnologías a escala humana: agricultura ecológica en pequeñas explotaciones, dispositivos solares modulares, sistemas de transporte a escala humana y muchas más. Rebosante de efervescencia artística, Arcadia contribuye más que proporcionalmente al acervo cultural de Tierralandia. Las exportaciones de productos y servicios especializados, junto con el ecoturismo, cubren las modestas necesidades comerciales de estas sociedades de ritmo lento, relativamente ricas en tiempo.

Hasta el momento, hemos destacado el papel importante que desempeñan las grandes corporaciones en Agoria, las cooperativas de trabajadores en Ecodemia y las empresas artesanales en Arcadia. Sin embargo, no se trata de un modelo único, sino que las diferentes formas de actividad empresarial han proliferado en todas las regiones. Desde luego, la ecología organizativa se ha diversificado muchísimo en comparación con los tiempos de predominio de las grandes sociedades anónimas. En particular, ha seguido aumentando el número y la importancia de las entidades sin ánimo de lucro (sobre todo en Ecodemia y Arcadia, pero también en Agoria), como una manifestación del deseo de la gente de trabajar en algo que sea significativo y de una «cultura empresarial» enraizada en una misión social.

Y tampoco debemos olvidar la «economía popular» intensiva en trabajo que florece paralelamente a la base de alta tecnología y produce una asombrosa variedad de productos estéticos y servicios especializados.

Este mercado informal complementa los ingresos de muchos hogares a la vez que ofrece a los artesanos en una miríada de campos una oportunidad para comercializar el fruto de su expresión creativa. Unas políticas sociales que promueven la «riqueza de tiempo» y, en particular, la reducción de la semana laboral y un ingreso mínimo garantizado, siguen haciendo posible y fomentando la economía popular. Esta será, sin duda, aun más significativa en la economía estacionaria del futuro a medida que el progreso tecnológico vaya reduciendo todavía más las necesidades de fuerza de trabajo de la economía formal.

Independientemente de la arquitectura económica de cada región, un principio común orienta todas las políticas: las economías no son un fin en sí mismas, sino un medio para alcanzar unos fines sociales y medioambientales. Consiguientemente, unas prácticas empresariales responsables, codificadas en la legislación y estrictamente reguladas para garantizar el cumplimiento de la ley, son la norma para todas las empresas. La aprobación de las inversiones de capital depende de que se demuestre su compatibilidad con el bien común, hecho que en Ecodemia determinan directamente los bancos públicos y en Agoria y Arcadia se verifica indirectamente a través de los mecanismos reglamentarios y normativos de participación. En todas partes, la aplicación del principio según el cual «el que contamina paga» internaliza los costes medioambientales a través de impuestos ecológicos, permisos negociables de descarga, normas ambientales y subvenciones. Las densas redes de organizaciones de la sociedad civil dispuestas a llamar al orden a los infractores hacen un seguimiento diligente, mediante informes detallados sobre la actuación socioecológica de las empresas, y actúan en consonancia.

El comercio mundial

Para evitar correr el riesgo de que nuestro enfoque regional cree la impresión equivocada de que la economía mundial no es más que la suma de sus partes, vale la pena volver a destacar el papel esencial de las instituciones de ámbito global. Los organismos mundiales dirigen y organizan el flujo de «fondos de solidaridad» hacia las zonas necesitadas, implementan los proyectos de infraestructuras transregionales, desarrollan la exploración espacial y oceánica, y promueven la educación y la investigación en pro del bien común. Además, el comercio mundial sigue siendo un aspecto importante, aunque controvertido, de nuestra economía interdependiente.

¿Qué volumen de comercio sería deseable? ¿Cómo se debería diseñar el sistema? Un puñado de partidos anticomercio propugnan la autarquía extrema, temerosos de un retorno a la época desacreditada en que el «libre comercio» se equiparaba a eficiencia y desarrollo orientado al crecimiento. Sin embargo, dada la escasa probabilidad de que volvamos a confundir el dinero con el progreso, la mayoría de la gente considera que un comercio regulado puede contribuir mucho a los valores centrales de Tierralandia.

Para empezar, los intercambios interregionales pueden aumentar la solidaridad global contrarrestando los nacionalismos anacrónicos; se ha dicho que cuando las mercancías dejan de cruzar las fronteras, comienzan a hacerlo los proyectiles. En segundo lugar, pueden contribuir a la satisfacción individual al ofrecer acceso a recursos y productos no disponibles localmente y enriquecer así la experiencia humana. En tercer lugar, pueden promover transacciones que reduzcan los impactos medioambientales y que beneficien a todas las partes:

importación de alimentos a las zonas con escasez de agua, exportación de energía solar de los desiertos y exportación de ganado de las zonas donde sea factible un pastoreo sostenible.

Por todos estos motivos, existe un sólido consenso en el sentido de que, en principio, el comercio tierralandés puede cumplir una función legítima. No obstante, el debate sobre cómo regularlo puede ser enconado en la práctica. Persiste el dilema fundamental del comercio mundial, a saber: ¿Cómo equilibrar de la mejor manera posible la atracción de un intercambio económico abierto con los derechos de las localidades a protegerse del impacto perjudicial de unos mercados incontrolados? En las negociaciones comerciales aflora toda la tensión entre el globalismo y el regionalismo, sin ninguna salida fácil.

Actualmente se tiende a promover un régimen comercial limitado que contemple de manera equilibrada las sensibilidades cosmopolitas y comunitarias. Se aplican con rigor unas normas que prohíben las barreras regionales injustas, especialmente aquellas actuaciones cuya única función es mejorar la posición competitiva de los negocios con sede en el lugar. Las normas permiten, no obstante, la prohibición de aquellas importaciones que podrían socavar los proyectos y aspiraciones locales legítimos. Negociar la frontera difusa entre el proteccionismo perverso y el virtuoso ocupa, ciertamente, mucho tiempo al sistema de resolución de conflictos de la Comunidad.

Como ocurre en muchos otros casos, la política comercial varía según las regiones. Los agorianos cosmopolitas suelen apoyarla y acogen con agrado la vitalidad económica y la variedad de productos que aporta. En el otro extremo, algunos lugares de Arcadia han erigido

enormes barreras contra las importaciones. La mayoría de regiones se sitúan en un punto intermedio entre los polos del libre comercio y el proteccionismo y todas deben respetar, obviamente, las restricciones y las normas establecidas a escala global.

En cifras agregadas, el comercio mundial, aunque sigue siendo importante, tiene un peso menor que en el momento cumbre de la globalización, a principios de siglo. El reconocimiento del derecho de las regiones a proteger la integridad de sus modelos sociales ha limitado las posibilidades de intercambio comercial. Asimismo, el aumento del coste del transporte –dado que los precios del combustible incorporan la totalidad de las externalidades medioambientales– ha añadido una ventaja económica a las presiones a favor de un mayor localismo. Finalmente, el impuesto comunitario sobre el intercambio de bienes y servicios y sobre las transacciones monetarias y financieras transfronterizas también restringe el comercio, a la vez que genera ingresos para los programas globales.

Cómo somos

Hasta el momento, hemos observado con un gran angular nuestra historia, nuestros valores, nuestra geografía y nuestra economía política. Con este telón de fondo, vamos a centrar ahora la atención en las dimensiones sociales de Tierralandia y la gente que aquí vive.

La población

La población de Tierralandia se ha estabilizado en una cifra ligeramente inferior a los ocho mil millones de personas. Ciertamente, es un gran número para una especie hambrienta de recursos que habita un planeta pequeño, pero lo que hay que

subrayar es que somos muchos menos de los alrededor de once mil millones que preveía la proyección pretransición para finales de este siglo. Comoquiera que se mire, se trata de un cambio de tendencia demográfica notable, que aún resulta más impresionante si se considera el acusado aumento de la esperanza de vida. Los jóvenes de hoy, que se beneficiarán de nuevos progresos en la ciencia biomédica, pueden esperar estar en plena forma a los 100 años. Y los centenarios de hoy, nacidos en los inicios de la Gran Transición, estamos decididos a participar en su siguiente fase.

Evidentemente, la historia de la estabilización de la población tiene una cara oscura que no debemos olvidar: las décadas de crisis y de temores que costaron vidas y frenaron la procreación. Aun así, el impulso primario y duradero ha sido un progreso social generalizado. Las mujeres eligieron tener menos descendencia en respuesta a tres factores interrelacionados: su empoderamiento, el control de la natalidad y la eliminación de la pobreza. A medida que las niñas y las mujeres fueron teniendo acceso a la educación, los derechos civiles y el desarrollo de una carrera profesional en condiciones de igualdad, el tamaño de las familias se redujo en todas partes, reproduciendo un patrón que ya se había dado en los países ricos antes de esta transición. Además, los servicios de planificación familiar llevaron la posibilidad de elección en materia reproductiva hasta los rincones más remotos y aislados y los reductos culturales más recalcitrantes, y prácticamente acabaron con los embarazos no deseados. Finalmente, la erradicación de la pobreza, un pilar central del nuevo paradigma del desarrollo, avanzó en correlación con el cambio demográfico, como ha ocurrido

siempre.

La población de Tierralandia se reparte aproximadamente a partes iguales entre Agoria, Ecodemia y Arcadia. La actual distribución regional de la población es el resultado de los considerables reasentamientos interregionales (alrededor de un 10% de la población mundial) que tuvieron lugar tras la instauración de la Comunidad Mundial, cuando muchas personas se trasladaron a vivir en los lugares que les resultaban más atractivos. Los flujos han menguado mucho, pero sigue habiendo un goteo de inmigrantes que ejercen su derecho a trasladarse en su calidad de ciudadanos de Tierralandia. Afortunadamente, han desaparecido en su mayor parte los antiguos motores de los desplazamientos: la miseria, la destrucción del medio ambiente y los conflictos armados.

Agoria tiende a ser una región muy urbanizada. Los habitantes de Arcadia se concentran sobre todo en torno a poblaciones de pequeño tamaño y Ecodemia presenta una combinación de ambos patrones. La «nueva visión metropolitana» que inspira el diseño urbano tiene como objetivo central la creación de una constelación de barrios que integran los usos residenciales, laborales, comerciales y de ocio. Esta proximidad de las distintas actividades aumenta la cohesión de estas ciudades-dentro-de-la-ciudad, a la vez que reduce las necesidades en materia de infraestructuras y de energía. Para muchas personas, estos nodos urbanos ofrecen una combinación ideal de la proximidad de una comunidad a escala humana y la intensidad cultural de una metrópolis. A otras las atrae, en cambio, la vida rural, un sentimiento especialmente intenso en Arcadia. Cualquiera que sea su lugar de residencia, los ciudadanos y

ciudadanas participan activamente en proyectos comunes que fomentan el orgullo cultural y un sentimiento de pertenencia.

Las estructuras familiares han ido evolucionando con el paso de los años para adecuarse a unas realidades demográficas cambiantes, en particular la prolongación del tiempo de vida y el menor número de hijos o hijas. Naturalmente, el espíritu socialmente liberal de Tierralandia acoge toda la gama de modos de convivencia, siempre que la participación en los mismos no sea forzada. La familia nuclear tradicional pervive, sobre todo en Agoria, y se ha ido adaptando a la gran fluidez de los roles de género y del reparto de las tareas de cuidados con el acceso progresivo de las mujeres a la igualdad en todos los ámbitos o, por lo menos, con algunos progresos en esa dirección en las culturas tradicionalmente machistas. También proliferan otras modalidades alternativas, sobre todo en las comunidades intencionales de Ecodemia y en los experimentos comunales variopintos de Arcadia. La diversidad de opciones de vida y en materia de orientación sexual e identidad de género forma parte integrante de esta época de tolerancia y pluralismo. Los planteamientos pueden variar, pero todos incluyen una prioridad social constante: la atención a los niños y niñas, a las personas mayores y a la gente necesitada.

El tiempo

Un objetivo central del «nuevo paradigma» ha sido crear sociedades que permitan llevar una vida plena y satisfactoria. Este empeño ha tenido una vertiente económica y otra cultural: ofrecer a los ciudadanos la oportunidad de seguir ese camino y cultivar su capacidad para

aprovecharla. En sus primeros decenios de existencia, la Comunidad centró la atención en las condiciones económicas previas, o sea, unos niveles de vida seguros y adecuados para todas las personas. Este esfuerzo constante ha reducido radicalmente la desigualdad y la pobreza, ha garantizado una renta básica y ha hecho posible que la población disponga progresivamente de más tiempo libre.

La vertiente cultural que consiste en nutrir el potencial humano ha planteado un reto más importante y sigue siendo una tarea en curso, que de hecho puede no acabarse nunca. Aun así, nunca había habido tanta gente dedicada a cultivar con tanta pasión las dimensiones artísticas, sociales, recreativas y espirituales de una buena vida. La mayoría de los tierralandeses y casi toda la gente joven opta por estilos de vida que combinan la posibilidad de tener cubiertas las necesidades materiales básicas con una abundante disponibilidad de tiempo para cultivar las dimensiones cualitativas del bienestar. Se suele considerar estética y espiritualmente poco madura a la minoría a la que sigue embelesando el consumo ostentoso.

El modo de vida contemporáneo depende de la abundancia de un bien escaso: el tiempo libre. Comparados con sus antecesores, los ciudadanos y ciudadanas de hoy son muy «ricos en tiempo». La semana laboral en la economía formal suele oscilar entre 12 y 18 horas (aunque es mucho más larga para las personas patológicamente codiciosas). El volumen de trabajo socialmente necesario –y, por lo tanto, el tiempo de trabajo necesario por persona– se ha ido reduciendo sin parar. El cálculo es sencillo. En un lado de la ecuación económica tenemos los bienes y servicios producidos por cada hora trabajada y en el otro lado, el de la demanda, unos estilos de vida moderados desde el punto

de vista material, que requieren menos productos de consumo, los cuales, además, están diseñados para durar. Asimismo, algunos sectores no productivos antaño destacados, como el sector publicitario y el complejo militar-industrial se han encogido, reduciendo todavía más el tiempo de trabajo socialmente necesario.

La recompensa por este círculo virtuoso tiene dos caras: se requiere menos trabajo y se dispone de más tiempo libre. Un elemento crítico para este cambio en el estilo de vida fue el cambio social que distribuyó el tiempo de trabajo y, por consiguiente, también el tiempo libre de manera equitativa. Se sentaron las bases para ello mediante unas políticas laborales que garantizan un empleo decente o una renta básica para todos y todas, unas políticas de bienestar social que cubren las necesidades de las personas ancianas o discapacitadas y unas políticas de justicia económica encaminadas a reducir las disparidades. Los valores posconsumistas espolearon la búsqueda de una alta calidad de vida, pero la equidad económica era un requisito previo.

Dejar atrás la época de los grandes desplazamientos también contribuyó a la riqueza de tiempo, y a la salud medioambiental y mental. Los desplazamientos locales los hacemos a pie, en bicicleta y mediante nuestra densa red de nodos de transporte público. Para las distancias más largas, redes rápidas de levitación magnética conectan las comunidades a plataformas de enlace y estas a las ciudades. Han quedado eliminados los atascos en las carreteras y el caos aeroportuario que torturaron a nuestros abuelos. La gente sigue conduciendo, pero poco y en vehículos de uso compartido, a los que recurre para viajes de turismo, emergencias y otros casos especiales.

¿Cómo utiliza la gente su tiempo libre? Muchos artesanos y

proveedores de servicios dedican considerables esfuerzos a la «economía popular» intensiva en trabajo. Casi todo el mundo se reserva, no obstante, una parte importante del día para actividades no mercantiles. La dedicación a ganar dinero está quedando desplazada por el cultivo de habilidades, de las relaciones y de las facetas intelectuales y espirituales de la vida. Han quedado desmentidos los comentarios cínicos de antaño que expresaban el recelo de que las masas indolentes malgastarían su tiempo libre. La visión clarividente fue la de los humanistas que citaban el potencial inexplorado para cultivar el arte de vivir. Y por el momento no se vislumbran los límites de las aspiraciones y los logros humanos, si es que existen.

La educación

Si es cierto que la educación transforma los espejos en ventanas, Tierralandia se está convirtiendo en una casa de cristal. Hemos asimilado bien las lecciones de la historia: una ciudadanía informada es la base de una democracia real; el pensamiento crítico abre las mentes cerradas; y el conocimiento y la experiencia son el pasaporte para acceder a una vida plena. Estas convicciones alimentan la pasión de la gente por aprender y el compromiso de la sociedad de ofrecer una experiencia educativa rica a toda nuestra juventud y abundantes oportunidades para el aprendizaje a lo largo de toda la vida.

La tarea educativa se ha ampliado y modificado en el curso de la transición en todos los niveles. Describiremos aquí el caso de la educación superior, dado que las universidades han contribuido muchísimo a la Gran Transición, actuando como puntas de lanza de la transformación progresista en el ámbito de la educación, la investigación y la acción. En las décadas de la pretransición, las Fuerzas

del Mercado habían subordinado los objetivos tradicionales de la educación humanista a la satisfacción de las necesidades del estado corporativo en el ámbito de la investigación y la formación profesional. Educadores y estudiantes inquietos desafiaron este deslizamiento hacia lo que llamaron irónicamente una McUniversidad, pero hubo que esperar hasta la rebelión cultural de los años 2020 para que se emprendiera un replanteamiento y se iniciara una reforma en profundidad.

Acicateadas e inspiradas por la erupción del movimiento ciudadano, las universidades tuvieron un papel fundamental en la formación del estudiantado, la concienciación de la opinión pública y la generación de conocimientos para un mundo en transformación. Las asignaturas troncales comenzaron a hacer hincapié en los grandes sistemas, las grandes ideas y el *Big History*, vinculando la cosmología y la historia social con la comprensión de la situación contemporánea, a la vez que hacían hincapié en el problema del futuro. Preparar al alumnado para una vida de cultivo del intelecto y aprecio de las artes pasó a ser la base que inspira la orientación de las distintas disciplinas y la formación profesional. Programas punteros formaron nuevas generaciones de expertas y expertos en sostenibilidad equipados para gestionar sistemas complejos y también científicos y científicas, humanistas y artistas dispuestos a enriquecer la cultura de Tierralandia.

Este viraje pedagógico estuvo acompañado de un cambio epistemológico paralelo, igualmente significativo, que puso el acento en el estudio transdisciplinar del carácter y la dinámica de los sistemas socioecológicos. No hace falta decir que los antiguos ámbitos especializados continuaron progresando, aunque algunos, como la

economía y el derecho, se reconstruyeron de raíz. Pero la carrera continúa, no para formar habitantes de islas especializadas, sino exploradores de marcos de conocimiento integradores. El entusiasmo que despierta la aventura intelectual de Tierralandia recuerda la revolución científica que desencadenó la anterior Gran Transición a la Era Moderna. La nueva revolución trasciende los antiguos modelos reduccionistas y mecanicistas para situar el holismo y las propiedades emergentes en las fronteras de la teoría contemporánea.

No podemos dejar de señalar que la nueva universidad, además de actuar como una fuente de ideas y centro de conocimiento, también fue un actor importante en la transición que estaba teniendo lugar fuera de sus paredes. Especialistas académicos aportaron una perspectiva sistémica como asesores y asesoras de los gobiernos y de los grupos ciudadanos. Se desarrollaron diversos programas públicos de concienciación sobre los grandes retos del cambio global. Y lo más significativo: las instituciones educativas fueron motores de cambios y centros de acción, y todavía lo son, no en último término como formadoras de las y los dirigentes de mañana. La universidad plenamente humanista ya está aquí para llevar a cabo sinérgicamente su cometido en tres ámbitos que antaño se consideraban contradictorios: educación de masas, investigación rigurosa y trabajo a favor del bien común.

Espiritualidad

La transición no ha dejado intacto ningún aspecto de la cultura y las prácticas religiosas y espirituales no son una excepción. Así funciona el mundo: las transformaciones sociales causan transformaciones en los sistemas de creencias y a la vez son producto

de estas. La primera civilización dio a luz las grandes religiones mundiales, que desplazaron al paganismo con sus nuevas concepciones de la divinidad y del sentido de la existencia humana. Luego, el ascenso de la modernidad circunscribió el ámbito de autoridad de esas poderosas instituciones y las transformó, a medida que se iban adaptando a la separación entre la iglesia y el estado, la concepción científica del mundo, la liberalización de las costumbres sociales y una secularización de la cultura.

Cuando la Fase Planetaria comenzó a agitar las culturas en las décadas próximas al cambio de siglo, corrientes decididamente retrógradas, que se resistían a adaptarse a la modernidad globalizadora, impregnaron la mayoría de religiones. El fundamentalismo registró un auge como reacción contra la penetración disruptiva del capitalismo, que anulaba los consuelos de la tradición con la dudosa promesa de una bolsa de monedas de oro. En el vacío de significado subsiguiente, afloró un absolutismo religioso que ofrecía refugio a los desorientados y solaz a los desengañados, y un estandarte para la oposición de los fanáticos.

Todavía en la actualidad subsisten algunas sectas fundamentalistas que siguen practicando sus rígidas costumbres y suscriben una interpretación literal de los textos sagrados. Los principios fundamentales de tolerancia y pluralismo que imperan en Tierralandia también benefician a estos pequeños grupos, aunque ellos tal vez los rechacen. Sus derechos están rigurosamente protegidos, sujetos solo a la prohibición de imponer coercitivamente sus creencias a otras personas. El fundamentalismo de finales del siglo XXI, una curiosa involución que nos retrotrae a una época menos ilustrada, nos recuerda el intemporal anhelo de una certeza imposible de alcanzar.

A lo largo de la Gran Transición la mayoría de la gente ha ido adaptando sus valores y cuestionando los supuestos aceptados. La búsqueda de nuevas formas de situarse en relación a lo material y lo espiritual, y de alcanzar un reequilibrio entre ambos ámbitos, llevó a muchas personas a trascender el materialismo hedonista y también la ortodoxia religiosa. Esta toma de conciencia engendró tres tendencias centrales: *secularización*, *experimentación* y *reinvención*.

La práctica espiritual organizada tiene cada vez menos seguidores y el interés por la misma va menguando en cada nueva generación. Recelosos de la autoridad heredada y de los supuestos sobrenaturales, la mayoría buscamos fuentes de significado y trascendencia en las maravillas portentosas del arte, la vida y la naturaleza. En los círculos intelectuales se debaten las causas de la progresiva pérdida de atractivo de la religión institucionalizada (como vienen haciendo desde que empezó a manifestarse esta tendencia en el siglo XX en el oeste de Europa y en otros lugares). Lo que es indiscutible es la correlación entre esta secularización y los progresos en la educación y el aumento de la seguridad, y evidentemente también con el creciente poder explicativo de las ciencias naturales.

Con la progresiva regresión de las formas tradicionales, han proliferado nuevos sistemas religiosos, algunos de nueva creación y otros que fusionan sincréticamente tradiciones antiguas, modernas y de la Nueva Era. La asombrosa variedad que presenta esta experimentación es un reflejo de la amplitud del fermento espiritual y la exploración cultural que ha estimulado la transición. Cada teología ofrece a sus discípulos una metafísica singular y, lo que es tal vez más importante, una comunidad de creencias, rituales e identidad compartidos. Algunos grupos rinden culto a objetos sagrados o siguen

el mandato de dirigentes espirituales, mientras que otros con una orientación más panteísta buscan acceder a una experiencia directa de lo divino, a menudo a través de la comunión con la naturaleza. Las nuevas religiones aparecen y desaparecen y se transforman en el curso de su evolución y difusión.

Mientras tanto, las antiguas religiones se han ido metamorfoseando y reinventando hasta llegar a convertirse en firmes portadoras de los valores planetarios. La Gran Transición fue en un grado nada desdeñable una lucha por conquistar el alma de la iglesia, la mezquita, el templo y la sinagoga. A principios del siglo XXI, en todas las religiones, voces proféticas exploraban las profundidades de la doctrina religiosa en busca de las raíces del programa de la era moderna –tolerancia, equidad, ecología, fraternidad– y allí encontraron premoniciones. A medida que se iba desplegando la transición, esas voces pasaron a ser coros interreligiosos que desfilaban por las calles difundiendo la buena nueva.

Algunos historiadores restan importancia a esta «nueva reforma» y la presentan como una adaptación defensiva a los cambios culturales que amenazaban con dejar obsoletas las teologías reaccionarias. Pero fue algo más: la renovación religiosa fue un impulsor importante y vital del nuevo consenso cultural. Asusta imaginar cuán lamentable podría ser ahora el estado del mundo si esas instituciones no hubieran estado a la altura del momento histórico. En cualquier caso, las antiguas religiones perviven, aunque en un ámbito más reducido, al servicio del bienestar de sus congregaciones y de la comunidad mundial más amplia.

Justicia Social

El impulso igualitario de la Gran Transición siempre ha llevado en su estela un compromiso firme con la justicia social. Tierralandia ha llegado a ser un lugar más equitativo y tolerante que cualquier otro país del pasado desde todos los puntos de vista, el resultado de la larga campaña para remediar las profundas fisuras del privilegio de clase, la dominación masculina y la intolerancia de todos los colores. Es un triunfo real, pero todavía queda trabajo por hacer para perfeccionarlo, todavía es demasiado pronto para declarar que se han logrado eliminar por completo los prejuicios. Las personas que defienden las libertades civiles alertan con razón contra los riesgos de la apatía y la regresión.

Aun así, no debemos minimizar la admirable eliminación de las escandalosas disparidades entre ricos y pobres en Tierralandia. En particular, la distribución de la renta es ahora mucho más uniforme que en el pasado: en una región característica, el 10% de la población con los ingresos más altos percibe una renta entre tres y cinco veces superior a la del 10% con los ingresos más bajos (hace un siglo la relación a escala nacional oscilaba entre 6 y 20 veces más). También se ha estrechado la brecha entre el patrimonio de los poseedores y los desposeídos con la reducción de ambos extremos. Con la imposición de límites a los activos personales y a las herencias, los super-ricos se han convertido en una especie en vías de extinción, mientras que una fiscalidad redistributiva y la garantía de un nivel de vida mínimo han erradicado prácticamente la indigencia.

Evidentemente, la justicia económica es solo una de las facetas de la equidad social. En un plano más general, el principio ético de que cada persona merece la misma consideración moral tiene raíces

filosóficas profundas. La lucha por la igualdad de derechos sin distinciones de género, raza, religión, etnicidad y orientación sexual cuenta con una larga y ardua historia. Los movimientos de las personas oprimidas y agraviadas han estado en su vanguardia y muchos héroes y heroínas silenciosos han pagado con sus vidas por la libertad de todas y todos. El igualitarismo de la Tierra y la moderación de las distinciones de clase abrieron un nuevo frente en esta lucha por la disolución de las estructuras de poder enquistadas, aunque las elites se siguieron aferrando tenazmente a sus privilegios durante un largo tiempo. Y lo más significativo es seguramente que la seguridad material universal y el acceso a la educación han reducido el miedo y la ignorancia, ingredientes principales de la xenofobia y la intolerancia.

En el plano más profundo, la ética de solidaridad que ahora prevalece constituye el fundamento sólido de una cultura de respeto y atención a todos y cada uno de los miembros de la familia humana. Por fin, el sueño de la plena igualdad está cerca de cumplirse y una buena parte del mérito corresponde a nuestros dinámicos movimientos en defensa de los derechos. Sin su persistencia y vigilancia, este imponente hito en el camino de la evolución social no se vislumbraría en el horizonte y aun seguiríamos expuestos al riesgo de un estancamiento o una involución. Los prejuicios y la dominación, las dos némesis de la justicia, por fin están en retirada.

El medio ambiente

Nosotros somos las «generaciones futuras» de las que hablaban los opúsculos de antaño sobre la sostenibilidad, las que acabarían sufriendo las consecuencias de la negligencia medioambiental. En efecto, desde su nacimiento, Tierralandia ha tenido que hacer frente

al terrible legado de una biosfera degradada y un clima desestabilizado. La emergencia ecológica de las primeras décadas de este siglo amenazaba con reconvertir el planeta en un hervidero de perturbaciones, sufrimiento y pérdida. Por fortuna, esta calamidad inminente para la civilización alertó a los habitantes del mundo sobre el grave peligro de seguir deslizándose complacientemente por la vía convencional de desarrollo y alumbró el activo ecologismo que está en el centro del movimiento a favor de la Gran Transición.

En vez de limitarse a lamentar el tesoro de criaturas y paisajes perdidos, este activismo se movilizó para proteger y restaurar lo que aún quedaba y encauzar nuestro planeta dañado por la larga vía de la recuperación. La constitución y consolidación de la Asamblea Global para una Acción Integrada (GAIA por sus siglas en inglés) en la década de 2020 marcó un hito en la creación de un frente unificado potente con este propósito. Su campaña en múltiples frentes –«el equivalente moral de una guerra»– se convirtió en el buque insignia de la iniciativa colectiva de la Comunidad en sus primeros tiempos, una empresa que aún prosigue en la actualidad.

Una medida del éxito de GAIA es la significativa contracción de la huella ecológica humana, aunque la economía mundial ha seguido creciendo. Esta acusada disociación de la escala de actividad económica y el impacto medioambiental fue un elemento crítico para poder cumplir y conciliar los objetivos de sostenibilidad ecológica y equidad global. El factor clave que lo hizo posible fue el cambio cultural y de valores que moderó el afán de posesión de productos tangibles. Este cambio en los patrones de consumo conllevó el consiguiente cambio en la estructura económica, dentro de la cual han pasado a ocupar un lugar más destacado los sectores con bajo impacto medioambiental

–los servicios, las artes, la salud, el conocimiento–, en detrimento de aquellos con una fuerte dependencia de los recursos naturales.

Paralelamente, una multitud de innovaciones tecnológicas, tales como la nanotecnología y la biofabricación, permitieron diseñar productos más austeros y duraderos, mientras que los costes cada vez más altos del carbón y los rápidos progresos en el campo de las energías renovables y las bioaplicaciones hacían caer el telón sobre la era de los combustibles fósiles. El «flujo de residuos» ha dejado de ser una corriente de aguas residuales para convertirse en una fuente primaria de insumos para la industria. La agricultura ecológica y unas dietas razonables son los dos pilares de nuestro sistema de cultivos sostenibles. También han registrado un auge las técnicas avanzadas para reducir la presencia de dióxido de carbono en la atmósfera mediante suelos enriquecidos, bioenergía y sistemas de captación y fijación.

Estas acciones con un fuerte impacto sobre el clima nos han situado en una trayectoria que nos permitirá lograr unas concentraciones de dióxido de carbono atmosférico de 350 ppm en un futuro previsible, una meta que a principios de siglo era motivo de mofa para los «realistas» del momento. De hecho, los visionarios en este ámbito inauguraron hace poco la plataforma 280.org, una campaña para recuperar unos niveles preindustriales de concentración en el plazo de un siglo. Ya se vislumbran también otras metas. El consumo de agua dulce está alcanzando gradualmente el equilibrio con los recursos hídricos renovables casi en todas partes. Con la recuperación de los ecosistemas y los hábitats, se va reduciendo poco a poco, una a una, la lista de las especies amenazadas. Los océanos, la sangre de la biosfera, han recuperado la salud perdida desde hacía décadas, con menores niveles de acidez y de contaminación, y mayor abundancia, y también

mayor variedad, de vida marina.

El proyecto de restaurar la riqueza, resiliencia y estabilidad de la biosfera continúa siendo una vasta empresa cultural y política colectiva. La población sigue la evolución de los indicadores de sostenibilidad con tanta atención como los resultados deportivos o las predicciones meteorológicas y casi todo el mundo participa activamente en la tarea a través de iniciativas comunitarias o de las campañas globales de GAIA. La humanidad ha comprendido por fin que cuidar la biosfera es un imperativo moral y biofísico, una lección duramente aprendida que las generaciones futuras pueden tener la certeza que ya no se olvidará. Ahora la tierra está sanando de sus heridas; llegará un día en que las dolorosas cicatrices del pasado se habrán borrado como ya se ha desvanecido la pesadilla de ayer.

Elogio de las generaciones pasadas

El estado de la Comunidad es sólido y las perspectivas para nuestros nietos y nietas, muy favorables, pero sería insensato dejarse llevar por un exceso de confianza. La tarea inmediata es sanar las heridas del pasado que aún subsisten: erradicar los últimos reductos de pobreza, apaciguar los antiguos antagonismos que aún arden a uno y otro lado de las fronteras disputadas y curar las heridas todavía supurantes de la naturaleza.

Reforzar los programas educativos y consolidar los procesos políticos es vital para afianzar los ideales de Tierralandia en las mentes y en las instituciones. El capital social es la mejor vacuna contra la reaparición de los mercaderes de la codicia, los demagogos que propagan el odio y cuantos quisieran despertar los espíritus malignos que habitan en los recesos de la sique humana.

La rueda del tiempo revelará sin duda nuevos retos para el siglo XXI que ahora mismo se están gestando en el tejido social contemporáneo. Actualmente nos inundan los relatos especulativos sobre qué forma adoptará el futuro (o «escenarios analíticos» según la terminología de sus diseñadores, siempre ambiciosos). Los ávidos colonizadores del espacio del Movimiento Posmundial sueñan con establecer contacto con una comunidad de vida cada vez más amplia. (La vieja guardia del MCG, de manera inusitada, recomienda cautela en este aspecto, recordando la tarea aún inacabada en el planeta natal.) Los optimistas tecnológicos anticipan –arrogantemente, en opinión de muchos humanistas– la evolución guiada de una nueva especie poshomínida.

De hecho, la historia humana no ha concluido; en rigor, apenas acaba de empezar. Nos ha sido confiado el precioso legado de un centenar de milenios de evolución cultural y luchas emancipadoras que aflojaron los grilletes de la ignorancia y las privaciones. Ahora estamos viviendo el auspicioso –y tal vez improbable– desenlace de un siglo que tuvo un comienzo poco prometedor. El drama imperecedero de la condición humana continúa, con sus triunfos y sus tragedias, pero ¿quién, entre nosotros, renunciaría al escenario de posibilidades históricas que se nos abre?

El tintineo expectante que vibra en el aire es tan distinto de la ominosa banda sonora que estremeció la juventud de nuestros abuelos, cuando el mundo se deslizaba hacia el desastre al son de los tambores del averno. Sin embargo, incluso entonces, los oídos atentos pudieron escuchar los acordes de la esperanza y captar el ritmo incipiente del cambio. La Fase Planetaria había empezado a configurar sin pausa una sola comunidad de destino, pero ¿quién marcaría el compás? ¿Las

gentes del mundo avanzarían danzando hacia un futuro digno?

Víctor Hugo señaló en una ocasión que nada hay más potente que una idea cuyo momento ha llegado. En la Fase Planetaria, por fin se hizo presente la idea de un solo mundo, pero su realización no cayó del cielo. Fue necesario que una minoría tenaz sembrara las semillas mientras las condiciones sociales abonaban el terreno; el resto, como se suele decir, ya es historia. Con profunda gratitud rendimos homenaje a las generaciones decisivas de la transición que abrazaron la promesa de Tierralandia cuando el siglo aún era joven. Ahora que vivimos el mañana del ayer, confirmamos con orgullo lo que entonces solo pudieron imaginar: ¡Otro mundo sí era posible!

◇◇◇◇◇◇◇

EPÍLOGO
VIAJEROS AGONISTAS

¿De quién puedo quejarme más que mí mismo?
John Milton, *Sansón agonista*

Todas las fuerzas poderosas de la historia nos han depositado en el umbral de la Fase Planetaria, cual niños abandonados con inciertas perspectivas. Hemos heredado un mundo contradictorio, a la vez interdependiente y discordante, opulento y necesitado, ilustrado y vulgar. Profundas grietas se abren en el camino que tenemos por delante, a la vez que oportunidades sin precedentes lo pavimentan de esperanza. Nuestro vasto tesoro común de riquezas y conocimientos técnicos podría vencer a las antiguas plagas, pero una cultura codiciosa subvierte la decisión colectiva de movilizar los recursos técnicos con finalidades morales. Poseemos los medios para construir la Casa de la Tierra, pero seguimos viviendo en una Torre de Babel.

En mi país natal, la «generación grandiosa» alcanzó la mayoría de edad en un mundo anonadado por la depresión y arrasado por una

guerra mundial, pero sin embargo consiguió reunir la fortaleza necesaria para conquistar la paz y la prosperidad. Su descendencia, la generación de la explosión demográfica que ahora está alcanzando la mayoría de edad, se enfrentó con su propia versión de lo peor y lo mejor de todos los tiempos en la década bipolar de 1960. La Era de Acuario pronto se transmutó en la euforia muy distinta de la Era del Turbocapitalismo cuando el lema *hippy* de «paz, amor y entendimiento» dio paso al de los tiburones, que rezaba «la codicia es buena». Mientras tanto, en medio de la ruidosa celebración del dios Mamón, los cuatro jinetes del Apocalipsis –la degradación ecológica, la polarización social, la crisis económica y el terrorismo fundamentalista– cabalgaban sigilosamente hacia su cita con las criaturas de un nuevo siglo.

¿Qué vendría luego? Nuestra exploración del paisaje del futuro no nos ofreció consuelo ni certezas, solo indicios de lo bueno, lo malo y lo feo. Encontramos motivos para destronar al falso dios de la moderación que nos invita a dejarnos llevar pasivamente por la corriente del engaño que conduce a la barbarie. Más prometedor fue descubrir que una Gran Transición desde un mundo de tribulación a una civilización planetaria floreciente sería técnicamente factible y socialmente imaginable, con la condición de que los ciudadanos globales reaccionen y hagan que así sea. Estas percepciones contrapuestas –el mundo avanza a la carrera por el camino equivocado, pero otro mundo es posible– generan una mezcla esquizofrénica de desesperación y esperanza en la sique contemporánea.

En muchos aspectos, vivimos tiempos de hastío. Una alarmante sucesión de crisis y anuncios de males peores alteran la ecuanimidad de quienes estaban tranquilos y desestabilizan a los más inquietos. Una cultura de aprehensión puede rechazar la esperanza como un

sentimiento iluso propio de gentes ingenuas que miran el mundo a través de cristales teñidos de rosa o de ignorantes que ni siquiera miran. Incluso los analistas y futuristas profesionales, al menos aquellos de temperamento melancólico, no son inmunes al pesimismo ambiental. Sin embargo, en realidad nadie puede saber lo suficiente como para ser rigurosamente pesimista u optimista a ultranza, si aún pervive alguno. Los profetas del desastre están tomando la palabra demasiado pronto y con engañosa convicción, mientras la rueda del cambio global sigue girando. El cinismo desencantado y su contrario, la confianza embelesada, no ayudan; uno y otro aprisionan la imaginación y frenan la acción.

Las profecías sombrías subestiman una fuente fundamental de sorpresas culturales, la capacidad humana de reflexión. Cuando pensamos críticamente sobre las razones de nuestro modo de pensar y de actuar, y luego empezamos a pensar y a actuar de manera distinta, nos transformamos y transformamos nuestro destino. La perspicacia y la intencionalidad, la esencia del libre albedrío, cuando se ejercen colectivamente, amplían la frontera de lo posible. Imaginar lo que podría ser, reflexionar sobre cómo alcanzarlo y actuar como si eso fuera significativo instilan alma y perspectiva a la marcha ciega de la historia. En el fondo, no es posible refutar lógicamente las premoniciones distópicas, solo cabe plantarles cara anímicamente y desmentirlas en la práctica.

La *hipótesis de la esperanza* se apoya en una premisa central: las mismas fuerzas que accionan la emergencia global también están creando las bases para trascenderla. Mientras la amenaza del desastre se avecina, los tiempos están uniendo lo que «debería ser» con lo que «es», los principios éticos con la preocupación prudente por la

supervivencia. La Fase Planetaria expande el entramado objetivo de las instituciones y la esfera subjetiva de la conciencia, incrustando el espíritu etéreo de la solidaridad humana y ecológica entre los ladrillos y el cemento de los riesgos compartidos y los futuros comunes. La erosión de las fronteras, las de los mapas y las mentales, revitaliza la vieja idea de una comunidad universal, como un proyecto urgente para el mundo real. Avivar la llama cosmopolita que ahora parpadea a lo ancho del panorama cultural puede impulsar la regeneración social.

De momento, Tierralandia avanza vacilante hacia el futuro en forma de una compleja combinación de tendencias enfrentadas. El desarrollo dirigido por las corporaciones y la homogeneización cultural lo conducen en la dirección de las Fuerzas del Mercado. Los esfuerzos mayoritarios para civilizar la globalización lo empujan hacia la Reforma Política. El antagonismo social y la degradación del medio ambiente son malos augurios que presagian una Barbarización. La conciencia global, la experimentación cultural y las luchas populares a favor de la paz, la justicia y la sostenibilidad reclaman con apremio una Gran Transición. ¿Qué tendencia predominará? Dado que el destino es inseparable del viaje, la única respuesta válida es que este depende de nosotros y de cómo los viajeros vayamos respondiendo en el curso del trayecto.

Tras un período de gestación, la Gran Transición podría empezar a desplegarse rápidamente en medio de infinidad de cambios. Cuando las normas dominantes pierdan su influjo y los elementos y estructuras del sistemas comiencen a romperse, habrá llegado el momento revolucionario. Los movimientos de oposición y visionarios, si están bien preparados, podrán influir entonces sobre la anatomía de

Tierralandia que nazca entre el tumulto. Y lo que es más relevante, las decisiones que tomemos y las acciones que emprendamos ahora –antes de que estallen las catástrofes, se derrumben las antiguas instituciones y se consoliden otras nuevas– son determinantes para mantener abiertas las opciones progresistas. Puede ser una noticia desalentadora, consoladora o inspiradora, pero es algo que no podemos ignorar, pues eso también supondría una elección.

Este reto trascendente pondrá a prueba el temple de nuestra especie. A diferencia de los grandes cambios del pasado, que fueron procesos lentos, locales y egoístas, este se tendrá que completar en el curso de algunos decenios y deberá abarcar todo el mundo y contemplar el bienestar de personas desconocidas y de la comunidad de la vida. Nuestra tarea urgente es elaborar una praxis planetaria adecuada y organizar un movimiento global que la desarrolle. Ahora necesitamos más que nunca visionarios pragmáticos que abran el camino con una combinación de idealismo y realismo, explorando con rigor científico el pozo de la esperanza.

Se acerca a grandes pasos la hora de decidir que pondrá en nuestras manos el futuro, con la posibilidad de ganarlo o perderlo. Podemos adentrarnos todavía más en la vorágine, incapaces de coger al vuelo la promesa por exceso de escepticismo o de pusilanimidad. O podemos escribir, con valor y visión de futuro, la historia de este siglo con el lenguaje del humanismo y la sostenibilidad. La perspectiva de una civilización planetaria orgánica se extiende ante nosotros como una posibilidad y una exigencia. Tal vez no lleguemos a alcanzar nunca esa costa distante, pero lo más importante es imaginar su perfil y viajar en esa dirección. La búsqueda de un Tierralandia civilizado nos llama, la recompensa y el honor forman parte del viaje.

◇◇◇◇◇◇◇

NOTAS

[1] Los estudiosos sitúan el mundo contemporáneo en una cronología cosmológica que ha acabado asemejándose a una industria artesanal, donde la atención se centra, según los casos, en la historia humana, la ciencia física o la espiritualidad. Véase, respectivamente, David Christian, *Maps of Time: An Introduction to Big History* (Berkeley: University of California Press, 2004); Eric Chaisson, *Epic of Evolution: Seven Ages of the Cosmos* (Nueva York: Columbia University Press, 2005); y Brian Swimme y Mary Evelyn Tucker, *Journey of the Universe* (New Haven, CT: Yale University Press, 2011).

[2] Este marco macrohistórico se expuso por primera vez en la publicación predecesora del presente ensayo: Paul Raskin, Tariq Banuri, Gilberto Gallopín, Pablo Gutman, Allen Hammond, Robert Kates, y Rob Swart, *Great Transition: The Promise and Lure of the Times Ahead* (Boston: Tellus Institute, 2002), http://www.tellus.org/tellus/publication/great-transition-the-promise-and-lure-of-the-time-ahead. (Traducción al español de Silvia Hernández: *La Gran Transición: La promesa y la atracción del futuro* [Santiago de Chile: Naciones Unidas, 2006])..

[3] La percepción de la acción humana como una fuerza geológica se remonta al menos a los años 1920 y los trabajos de V. I. Vernadsky y otros en la Unión Soviética; véase un examen de los mismos en John Bellamy Foster, «Marxism and Ecology: Common Fonts of a Great Transition,» *Great Transition Initiative* (octubre, 2015): 5, http://www.greattransition.org/images/GTI_publications/Foster-Marxism-and-Ecology.pdf. La formulación contemporánea del «antropoceno» parte de Paul Crutzen y Eugene Stoermer, «The 'Anthropocene,'» *Global Change Newsletter* 41 (2000): 17–18, y Paul Crutzen, "Geology of Mankind," *Nature* 415 (enero, 2002): 23. Sobre el econoceno y el capitaloceno, véase, respectivamente, Richard Norgaard, «The Church of Economism and Its Discontents,» *Great Transition Initiative* (diciembre, 2015), http://www.greattransition.org/publication/the-church-of-economism-and-its-discontents, y Jason Moore, comp., *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism* (Oakland, California: PM Press, 2016).

[4] El Índice de Gini –una medida de la desigualdad que se usa habitualmente, con una escala de 0 (igualdad perfecta) a 100 (perfecta desigualdad)– es ligeramente superior a 50 para Brasil (World Bank Development Research Group, «GINI Index (World Bank Estimates),» consultado el 21 de diciembre de 2015, http://data.worldbank.org/indicator/SI.POV.GINI?locations=BR) y de aproximadamente 70 para el mundo entero considerado como un único país (Branko Milanovic, «Global Inequality: From Class to Location, from Proletarians to Migrants,» *Global Policy* 3 [2012]: 125–134). Los datos sobre el hambre en el mundo correspondientes a 2015 están tomados de «World Hunger and Poverty Facts and Statistics» (http://www.worldhunger.org/). Sobre la renta mínima adecuada de 5 dólares diarios, véase Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, *Growth and Poverty Eradication: Why Addressing Inequality Matters* (Nueva York: Naciones Undias, 2013), http://unctad.org/en/PublicationsLibrary/presspb2013d4_en.pdf. Para los datos sobre el número de personas que viven por debajo de este límite, véase «Number of Poor at $5 a Day (PPP) (Millions) - Low & middle income,» Quandl, consultado el 21 de diciembre de 2015, https://www.quandl.com/data/WPOV/LMY_SI_POV_NOP5-Number-of-poor-at-5-a-day-PPP-millions-Low-middle-income. Para la parte de la riqueza en manos de las personas más ricas del mundo, véase Deborah Hardoon, Ricardo Fuentes-Nieva, y Sophia Ayele, *The Economy for the 1%: How Privilege and Power in the Economy Drive Extreme Inequality and How This Can Be Stopped* (Oxford, Reino Unido: Oxfam Internacional, 2016), https://www.oxfam.org/en/research/economy-1.

[5] La literatura futurista reciente rebosa de crisis masivas portentosas; véase, entre otros, William Halal y Michael Marien, «Global Megacrisis: A Survey of Four Scenarios on a Pessimism-Optimism Axis,» *Journal of Futures Studies* 16, nº 2 (diciembre, 2011): 65–84.

[6] Paul Raskin, «World Lines: A Framework for Exploring Global Pathways,» *Ecological Economics* 65, no. 3 (abril 2008): 451–470.

[7] Articulada por primera vez por el Grupo de Escenarios Globales (y sintetizada en Raskin et al., *Great Transition*), esta estructura se ha utilizado en gran número de estudios integrados sobre el futuro y ha servido como patrón organizador para toda una gama de ejercicios de proyección de escenarios globales. Véase Dexter Hunt et al., «Scenario Archetypes: Converging Rather than Diverging Themes,» *Sustainability* 4, nº 4 (2012): 740–772, http://www.mdpi.com/2071-1050/4/4/740/htm, y Paul Raskin, «Global Scenarios: Background Review for the Millennium Ecosystem Assessment,» *Ecosystems* 8 (2005): 133–142.

[8] La mayoría de las proyecciones de escenarios basadas en modelos dan

tácitamente por supuesta la permanencia de los actores sociales convencionales, con lo cual limitan el campo de su relato a una estrecha variedad de escenarios donde se mantienen las rutinas habituales. Los tratados futuristas desinhibidos y la ciencia ficción abandonan estas visiones ortodoxas, a menudo con la introducción de una tecnología mortífera (en sentido literal y coloquial), una civilización alienígena o algún otro *deus ex machina*, pero por lo demás ofrecen escasas percepciones sobre cómo podrían configurar el siglo XXI los agentes históricos y sociales emergentes.

[9] El ascendiente de las grandes corporaciones transnacionales está bien documentado. Véase, por ejemplo, Peter Dickens, *Global Shift: Mapping the Changing Contours of the World Economy*, 7ª ed. (Nueva York: Guilford, 2015), y William Robinson, *Global Capitalism and the Crisis of Humanity* (Nueva York: Cambridge University Press, 2014).

[10] La expresión «planetizar nuestro movimiento» es de Martin Luther King, Jr., *The Trumpet of Conscience* (Boston: Beacon Press, 2010), 66.

[11] Paul Raskin, Christi Electris, y Richard Rosen, «The Century Ahead: Searching for Sustainability,» *Sustainability* 2, no. 8 (2010): 2626–2651, http://www.mdpi.com/2071-1050/2/8/2626, presenta los resultados de modelos de simulación que demuestran la viabilidad técnica de unos objetivos medioambientales y sociales ambiciosos en un contexto institucional de reforma política. Véase también R.A. Roehrl, *Sustainable Development Scenarios for Rio+20* (Nueva York: Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas, 2013), y Mark Jacobson y Mark Delucchi, «Providing All Global Energy with Wind, Water, and Solar Power, Part1: Technologies, Energy Resources, Quantities and Areas of Infrastructure, and Materials,» *Energy Policy* 39 (2011): 1154–1169.

[12] Estos bocetos parten de las cuantificaciones sobre un escenario global realizadas a lo largo de más de un cuarto de siglo. Basadas en datos detallados a escala nacional, las simulaciones se presentan desagregadas para once regiones del planeta y reflejan con considerable detalle la evolución de los patrones demográficos, económicos, sociales, de uso de recursos y medioambientales. En Raskin *et al.*, «The Century Ahead,» se presenta un resumen de este trabajo y los resultados están disponibles en http://www.tellus.org/integrated-scenarios/quantitative-simulations.

[13] La proyección intermedia de las Naciones Unidas se eleva a 11.200 millones para el año 2100 (Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision, Key Findings & Advance Tables* [Nueva York: Naciones Unidas, 2015], https://esa.un.org/unpd/wpp/publications/files/key_findings_wpp_2015.pdf), mientras que otros

autores prevén un crecimiento un poco más lento. Véase, por ejemplo, Wolfgang Lutz, William Butz, y Samir KC, comps., *World Population & Human Capital in the Twenty-First Century* (Oxford: Oxford University Press, 2014).

[14] Michael Gerst, Paul Raskin, y Johan Rockström, «Contours of a Resilient Global Future,» *Sustainability* 6, nº 1 (2014): 123–135, http://www.mdpi.com/2071-1050/6/1/123. El artículo citado vincula dos líneas de estudios cuantitativos: la de los escenarios globales (Raskin et al., «The Century Ahead») y el enfoque emergente de los «límites planetarios» (Johan Rockström *et al.*,«A Safe Operating Space for Humanity,» *Nature* 461 [septiembre, 2009]: 472–475). La síntesis permite precisar, por un lado, los riesgos biofísicos de los escenarios alternativos, y pone de manifiesto, por el otro lado, los propulsores sociales de la evolución del sistema planetario.

[15] La literatura académica sobre la ciudadanía global se ha ampliado en los últimos decenios a la par con la globalización mundial. Por ejemplo, Derek Heater presenta en su obra *World Citizenship: Cosmopolitan Thinking and Its Opponents* (Londres: Continuum, 2002) un majestuoso panorama general, que incluye la idea de los «círculos concéntricos» de identidad. Véase también Bart Van Steenbergen, comp., *The Condition of Citizenship* (Londres: Sage, 1994), y Nigel Dower y John Williams, comps., *Global Citizenship: A Critical Introduction* (Nueva York: Routledge, 2002).

[16] Lewis Mumford, Arnold Toynbee, Pierre Teilhard de Chardin, y otros, cada uno en su clave cultural y política diferenciada, aportaron pasión y erudición al proyecto de reimaginar la civilización mundial de mediados del siglo XXI con su llamamiento a favor de un cambio transformador. Aunque el tono apocalíptico puede chirriar a los oídos contemporáneos, el conjunto de estas obras marca un hito en la búsqueda de un orden mundial civilizado.

[17] Thomas Humphrey Marshall, *Citizenship and Social Class* (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 1950).

[18] Esta adecuada expresión es del filósofo político Richard Falk en su obra *Explorations at the Edge of Time: The Prospects for World Order* (Filadelfia: Temple University Press, 1992).

[19] En *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres: Verso, 1983), Benedict Anderson sitúa la cristalización de la idea nacional dentro del contexto más amplio de la transición a la modernidad y la asocia a las revoluciones en el campo de la ciencia y las comunicaciones (tales como la invención de la imprenta). Los estados nación sustituyeron a unos órdenes sociales anacrónicos gobernados por dirigentes que apelaban a un designio divino, pero ahora están quedando deslegitimados a su vez, con lo cual se abre un espacio para imaginar la comunidad sucesora

de Tierralandia.

[20] Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics* (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 1998). Tarrow señala que los tres factores tienen antecedentes en la literatura clásica sobre los movimientos sociales: el hincapié que hizo Marx en las crisis estructurales, el de Lenin en la vanguardia dirigente y el de Gramsci en la cultura opositora.

[21] John McCarthy, «The Globalization of Social Movement Theory,» en Jackie Smith, Charles Chatfield, y Ron Pagnucco, comps., *Transnational Social Movements and Global Politics: Solidarity Beyond the State* (Syracuse, Nueva York: Syracuse University Press, 1997), 234–259.

[22] Tal como reza el título del elogio simplista pero influyente de Paul Hawken a la espontaneidad desde la base (Nueva York: Viking Press, 2007).

◇◇◇◇◇◇◇

AGRADECIMIENTOS

Mi propio viaje de exploración habría embarrancado varias millas atrás sin la intervención de un grupo extraordinario de peregrinos, animados por el mismo propósito, a quienes tuve la buena fortuna de conocer en el camino. Los vientos del cambio global nos hicieron confluir desde diferentes regiones y disciplinas, con una diversidad que prefigura la civilización policromática que esperamos alcanzar. Estos colegas, compañeros y amigos se cuentan por centenares, demasiados, lamentablemente, para poderlos nombrar uno a uno sin sobrecargar este pequeño volumen. Ellos ya saben a quienes me refiero: los participantes en el Proyecto PoleStar (Estrella Polar) desde 1990; el Grupo de Escenarios Globales (1995-2002); los varios centenares de personas que han formado parte de la Red de la Gran Transición desde 2003; las que participaron en el taller de 2014 que contribuyó a dar forma a la presente secuela; y finalmente, pero desde luego no menos importantes, los colegas y el personal, pasados y presentes, del Tellus Institute.

Quiero manifestar nominalmente mi agradecimiento a varios compañeros. Gordon Goodman, ahora ya difunto, en los años 1980, cuando él estaba trabajando (como en menor medida también hacía yo) en el informe de la Comisión Brundtland sobre *Nuestro futuro*

común, me animó a mirar más allá de sus parámetros restringidos y contemplar una crítica y una perspectiva sistémicas. También merecen una mención especial otros dos viejos amigos y colaboradores, ¡y también neólogos!. Gilberto Gallopín, un pensador en términos de grandes sistemas donde los haya, propuso muy acertadamente designar nuestra época histórica sui generis como Fase Planetaria de la Civilización. Tariq Banuri, pensador y visionario, acuñó con el estilo lírico que le es propio el término Tierralandia para designar un mundo que comienza a asemejarse a un solo país. «La pluma del poeta…les asigna una morada etérea y un nombre,» escribió el Bardo.

Gilberto y Tariq, junto con Pablo Gutman, Al Hammond, Robert Kates y Rob Swart, fueron mis coautores en la redacción de *Great Transition: The Promise and Lure of the Times Ahead,* publicada en 2002, que es el precedente del presente texto. Una obra que ha tenido una amplia acogida y que sigue siendo un referente.

También quiero expresar mi gratitud a las numerosas personas que han leído las versiones anteriores del manuscrito y, en particular, a Jonathan Cohn, Steve Kern, Pamela Pezzati y Gus Speth por su atenta revisión y esclarecedores comentarios.

Si he conseguido hacer justicia a la historia de la travesía, buena parte del mérito corresponde a estos compañeros de viaje, toda una aldea global. Solo el autor es responsable, huelga decirlo, de cualquier deficiencia del análisis u ofuscación de la visión. Mis palabras finales son para vosotros, todos cuantos viajáis siguiendo una ruta paralela, con la esperanza de que nuestros caminos confluyan en la senda más amplia que nos aguarda.

◇◇◇◇◇◇◇

SOBRE EL AUTOR

Paul Raskin es presidente fundador del Tellus Institute y director y fundador de la Iniciativa para una Gran Transición (Great Transition Initiative, GTI). Desde 1976, el Tellus Institute ha llevado a cabo miles de proyectos en todo el mundo, con el fin de promover la justicia y la sostenibilidad a través del trabajo académico, la investigación y la colaboración. La Iniciativa para una Gran Transición, creada en 2003, publica una revista on-line y promueve la exploración de perspectivas y estrategias con vistas a un futuro civilizado en el marco de una prestigiosa red internacional. En 1995, el doctor Raskin coorganizó el Grupo de Escenarios Globales, predecesor de la Iniciativa para una Gran Transición, y fue el autor principal de su influyente ensayo, La Gran Transición: la promesa y la atracción del futuro, publicado en 2002. Como aportación a estos proyectos, ha realizado investigaciones pioneras en el campo del análisis de escenarios socioecológicos integrados, ha creado modelos ampliamente utilizados (LEAP, WEAP y PoleStar), ha sido el autor principal de destacadas evaluaciones de sostenibilidad y ha publicado numerosos trabajos. En una etapa anterior de su carrera, formó parte del cuerpo docente de la Universidad del Estado de Nueva York en Albany y del City College de Nueva York. Paul Raskin es doctor en Física Teórica por la Universidad de Columbia.